

Fray Mocho

Sumario

WHEN YOU NAD GONE (Cuando tú te habías ido) — EL CABALLERO DE LA CABEZA DE CERA — LA LUNA, EL ALMA Y LA AMADA — SOMNOLENCIA — PASAD... PASAD... —MADRE — SOMBRAS DEL PASADO — LA DOMA — NOCTURNO — CISNES BLANCOS Y NEGROS — EL OBSTACULO — LOS OJOS DE BEETHOVEN — ¿POR QUE ME LLAMAS? — LOS POTROS — FALLECIMIENTO DEL COM. PEDRO BIGNOLI — PRIMAVERA — WELCOME — UN MENSAJE DEL PRINCIPE EDUARDO — REPORTAJE A Mr. CHALKLEY — LA EXPOSICION DE ARTES E INDUSTRIAS BRITANICAS, — MAR DEL PLATA F. C. S. — SIERRAS DE CORDOBA F. C. CENTRAL ARGENTINO — CORDILLERA DE LOS ANDES F. C. P. EPECUEN F. C. O. — JUJUY FF. CC. del ESTADO — EXPOSITORES INGLESES — LOS ORIGENES DEL CARNAVAL — LA MASCARA EN EL DESIERTO — LA COYUNDA DEL NOMBRE — HISTORIA DE UNA OBRA FAMOSA — REGALOS DE BODA — LA APERTURA DEL PERIODO DE CAZA — GAUCHAS, LA POSTRERA VOLUNTAD DEL PAYADOR, A MI CABALLO — UNA CIUDAD PROVINCIANA — JUEGAN LOS NIÑOS — LOS FUNERALES DE PIERROT — EL VERTIGO — PARA SER ACTOR CINEMATOGRAFICO — UN COCHE DE SEGUNDA MANO — COMENTARIOS LITERARIOS.

S. PEREZ

No. 924

Fundado el 3 de mayo de 1912

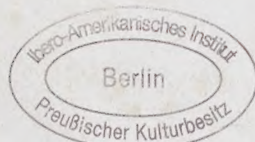
Año XIX

Dirección, Redacción y Administración
CERRITO 607

U. T. Libertad (35) 3899

Número suelto Un peso

Buenos Aires, Marzo de 1931



When you had gone

This dawn, on drifting from a void of sleep
Most deathly dreamless, was my first vague thought
Distressed with ache of loss to anguish deep.

And for dull moments this in vain I sought
To understand; till suddenly I knew,
As memory last night's bitter—sweetness brought

In spate to being, that the loss was you!
But then did grief hope's consolation find
In cherished, sweet assurance that a few

Fleet hours would bring you back; and I resigned
My consciousness to these blank, waiting days.
But, love, you so engross the hidden mind

That as today I walked the city's ways,
(Though, ah! too well, I knew you far from here),
My heart leaped up if, in the fair displays

Of passers feminine, by chance appear
Apparelling in aught resemblant to
Your own remembered ones; or she come near

With form or movement, to my eager view,
Like unto yours — for one delicious, dear,
Delusive moment would I dream her you!

F. BRYDON SMITH

El caballero de la cabeza de cera



EN aquel pequeño y correcto hotel inglés de la Rivera, perdió entre las flores, junto al romanticismo azul del Mediterráneo que se confunde en el horizonte con el más dulce cielo de la tierra, a paso del arroyito se deslizaba la vida, ingenua y asombrada de todo, como la de los niños. Una insaciable y sensitiva curiosidad nos acercaba los unos a los otros, con ese desbordamiento propio de toda plenitud afectuosa. Porque la felicidad se suele contagiar del mismo modo que la melancolía.

Venidos de todos los puntos de la tierra, los viajeros que el azar había congregado en aquel rinconcito florido y amable formábamos, como se dice vulgarmente, una sola familia, propensa a la alegría y dócil, en extremo, al sueño. En tal impresionable trance, ¿cómo no había de intrigarnos sobremanera la presencia de aquel enigmático caballero que, conviviendo desde hacía tiempo con nosotros, manteníase reservado y solitario, si bien dentro de los límites de una corrección exquisita?

El incentivo más original era que siempre, a todas horas, ya en la mesa como en sus paseos, el extraño personaje llevaba consigo una maravillosa caja labrada, con incrustaciones de nácar, que formaban un delicadísimo arabesco lleno de pájaros y flores.

Aquel hombre y aquella caja fueron para nuestra infantil curiosidad alimento perpetuo. En vano inquiríamos de mozos y camareras el esclarecimiento del misterio; en vano con exageradas cortesías intentamos romper el pulido hielo que recelaba la intimidad del caballero. A tales indiscretos avances contestaba éste con perfecta galanura, envolviendo sus respuestas en la seda transparente de una sonrisa enigmática, y en la primera oportunidad se eclipsaba con un fútil pretexto, portador de la caja misteriosa.

No se habló de otra cosa en el hotel, hicimos sobre el tema las más extravagantes conjeturas y hasta hubo americanos que hizo apuesta conmigo sobre la incógnita que encerraba el cofre — apuesta que, como veremos más adelante, tuve ocasión de ganar.

Mi contrincante hablaba de un tesoro material en donde, naturalmente, dado el tipo miliunanochesco de nuestro héroe, no faltaban ni sensitivas perlas ni orgullosos diamantes.

Yo, por el contrario, llenaba el cofre de reliquias sentimentales, poblando aquel delicado recinto de un inquietante idilio entre arrozales y lotos.

Por estos romances y aquellas imaginaciones dialogaba nuestra fantasía, hasta que una noche complaciente el destino puso en mis manos el hilo del enigma.

Me había retirado tarde, con el desganado propósito de acostarme, pero el noctámbulo rayo de luna que entró conmigo desde la terraza puso obstáculo a mi corporal apremio, y con dulces e íntimas razones consiguió fácilmente llevarme de nuevo al jardín, prometiéndome el espectáculo magnífico de la Serenidad paseándose en lunática góndola sobre las tranquilas aguas.

Acodado frente al rumoroso silencio de la noche, hecho de voces extinguidas y suspiros que se inician, sentía ya titilar en el corazón la estrellita milagrera que anuncia el verso, cuando una voz intempestiva me sacó de mi ensimismamiento. Era como una exótica melopea, como un quejumbroso llamado que culminaba en esta única inteligible palabra, modulada con precisión y con alma:

—¡Dinah! ¡Dinah!

Presintiendo algún romántico secreto, volvíme hacia el cercano bosquecillo de laureles de donde la voz partía y cautelosamente me allegué a él.

Sentado a la oriental, sobre el césped brillante de luna, estaba el caballero del cofre. Frente a él, irguiéndose sobre el labrado leño como sobre un místico pedestal, había una admirable cabeza de mujer, pálida hasta lo imposible. Sus largas pestañas, bajas sobre el misterio de sus ojos, sus largas trenzas negras rozando la hierba fresca, los labios entreabiéndose en un tibio amago de sonrisa o de beso.

—¡Dinah! ¡Dinah!— clamaba el caballero, levantando hacia el cielo estrellado sus manos afiladas y cobrizas donde brillaba como una lágrima una perla solitaria. Había en su acento tanto dolor y tanto amor, que en la discreción de mi conciencia pensé en retirarme respetuosamente, pero mi humana curiosidad pudo más, y a ella cediendo me adelanté como al azar. Al ruido de mis pasos levantó el extranjero la cabeza y al verme se apresuró a encerrar en el cofre su delicado ídolo.

Yo atiné a decir tontamente: Disculpe caballero, veo que le he incomodado. No me contestó en un principio, pero viendo que yo permanecía de pie frente a él, dijo por fin con enigmática sonrisa señalándome el cofre:

—Es una cabeza de cera, sencillamente una cabeza de cera, y desapareció en la noche.

Guardé silencio sobre la extraña aventura, temiendo que su divulgación me malquistase definitivamente con el caballero, rompiendo así toda posibilidad de conocer el bien guardado secreto. Me limité tan sólo a sonreir con sutileza de cómplice al encontrarme con él al día siguiente en la **table d'hôte**.

Continúa en la página 60

La luna, El alma y la Amada



I.

¡Calla!. . . Una estrella suspi-
(ra. . .
Detén tus palabras, calla. . .
Eleva tu vista al cielo
y rinde al portento tu alma,
¡que en esta noche, una estrella
suspira a la luna blanca!. . . .
(¿No lloras de amor, Amada?)

II.

¡Querías poseer la luna!. . .
—delirio de fiebre santa—
querías poseer la luna. . .
¡la luna estaba tan alta!. . .
Asciende amor—me decías—,
y traeme la luna blanca. . .
Asciende amor—me decías—,
¡la luna estaba tan alta!
Y era una locura lírica
la que tu mente cegaba:
Asciende amor hasta el cielo
y traeme la luna pálida. . .
Yo te escuchaba en silencio
y hacia la luna miraba. . .
¡Por tu divino imposible
mis hondos ojos, lloraban!. . .

X A V I E R B O V E D A



Somnolencia

El viento se acunaba levemente
en los vellones blancos de las rosas,
mullidos de fragancia e indolencia,
adormecidos en la misma copla.
¡Canción del agua limpia,
que discurre a la sombra
de los álamos blancos
y de las zarzamoras!...
Rebrillan de improviso,
como piedras preciosas
o como lentejuelas,
los corazones de las hojas.
Y unos cipreses en la plazoleta
—sombra morada y mármol de una diosa—,
alargan sus capuchas, que han perdido,
bajo este sol, su austeridad teológica.
De lejos llega un grito y un silbido.
Luego un cantar... Modorra...
El pensamiento duerme;
se acuna, como el viento entre las rosas,
a la canción del agua que discurre
entre los álamos y las zarzamoras.
He vuelto a ver, en sueños,
tu faz blanca y redonda,
como una luna triste,
sólo mía, recóndita,
¡tu cabeza cortada
como una rosa!...
¿Quién eres? ¿Por qué vagas,
pálida y melancólica,
como un cantar gitano,
como una lenta copla
de camino en llanura,
como una sombra?
¡Oh, luna de los sueños,
que eres como una novia
viuda, como una SOLEDAD
que busca y que se asoma
a todas partes! ¿Soy yo, acaso?
¿Es tu voz quien me nombra,
quien me llama cuando yo abro los ojos
sin ver a nadie? Alma ignota,
viajera de mis sueños:
dile a mi corazón
esa palabra cumbre y misteriosa,
que le haga arder, inextinguiblemente,
como una lámpara devota.
El jardín está lleno del oro de la tarde,
y entre los álamos y entre las zarzamoras
va la canción del agua
y la fragancia ingenua de las rosas.

F. MARTINEZ CORBALAN







La dirección, redacción y administración de "Fray Mocho" reunidas fraternalmente en su tradicional sesión de fin de año, con el propósito de estrechar vínculos de compañerismo y concertar su acción periodística en lo venidero, escucharon, con honda satisfacción, el informe de su director Sr. Juan B. Coltella acerca de su último viaje por algunos países de América y Europa y de las múltiples atenciones y distinciones de que fué objeto en su carácter de director y animador de esta vieja y prestigiosa publicación argentina.

De entre todas ellas, por lo singularmente honrosas, así como por lo eminente de la personalidad de que emanaron, el personal de "Fray Mocho" ha destacado muy especialmente las dispensadas por el Exmo. Sr. Marqués de Foronda Conde de Torre Nueva, acordando unánimemente por vía de modesta retribución y honda gratitud, testimoniar y documentarle tales sentimientos, como lo hacen, hacia uno de los más genuinos representantes de la hidalguía y caballerosidad española, unidas por feliz acierto de la Providencia en su caso, a un título nobiliario que honró durante tantas generaciones la gloriosa historia de la Madre Patria.

En este concepto, Exmo. Sr. Marqués, el director y los que subscriben, ruegan a V. E. acepte el homenaje de su sincero aprecio y alta admiración, conjuntamente con los fervientes votos que formulan, por su ventura personal y el de la ilustre casa que preside.

Bs. Aires, Enero 1 de 1931

Juan B. Coltella

Antonio De Bartolomeis

Vicente Bove

Sebastián Pérez

J. B. Lombardo

Foto del pergamino con que el personal de FRAY MOCHO, ha obsequiado al Señor Marqués de Foronda Conde de Torre Nueva.

Pasad... Pasad...

Por EDUARDO ZAMACOIS

FLACO — más flaco que nunca — metido en un gabán de pieles y convaleciente de una pulmonía, acabo de ver en una calle de Madrid al poeta y diplomático brasileño Jarbas Loretti da Silva Lima, a quien conocí en Quito.

Alto, seco y cetrino, siempre algo inclinado hacia adelante en un gesto distinguido y cordial, Jarbas Loretti me explica las razones de su viaje a España, donde querría establecerse. Tendrá cincuenta años. Su palabra es vivaz, sus manos huesudas practican la elegancia envolvente de los ademanes pausados, y tras sus espejuelos de oro, sus ojos verdosos nos observan con esa dulzura que infunde a la mirada la miopia. Viste sombrero blando, de color gris, botas de charol, pantalón obscuro a rayas, y un momento en que su gabán se ha entreabierto, vimos bajo el chaquet, bien ceñido al talle elástico, un chaleco de terciopelo negro, con flores rojas, que trajo a mi memoria los chalecos — tantas veces recordados — de Gautier y de Barbey d'Aurevily.

Durante mi permanencia en Quito, Jarbas Loretti, a la sazón ministro del Brasil en la República del Ecuador, iba a visitarme al hotel casi todos los días, y su amable charlar, y aquel énfasis con que solía recitarme versos de los grandes poetas clásicos portugueses, proporcionábanme ratos muy agradables. ¡Bien se echaba de ver que anduvo mucho por el mundo! Era distinguido, era afectuoso, con ese deseo de sociabilidad que caracteriza a los solterones, y había en su voz una tristeza persuasiva de súplica.

A Jarbas Loretti le sorprendía hallarme siempre rodeado de amigos. Una tarde en que, por casualidad rarísima, no había nadie me lo dijo:

—¿Cómo se las arregla usted para no estar nunca solo?...

No supe qué contestarle; yo, verdaderamente no hacía nada. El insistió:

—¿Realmente no hace usted nada?

—No — repuse — como no sea recibir amablemente a cuantos camaradas se acercan a mí.

El exclamó con expresión distraída y mirando a su alrededor, como dialogando consigo mismo:

—La amabilidad es buena, pero no basta! Amable soy yo y vivo aislado...

Abismóse en una rememoración que le tuvo callado larguísimo rato. Después prendió un cigarrillo y continuó:

—No puede usted imaginarse cuántos esfuerzos he hecho para rodearme de afectos que me ayudasen a olvidar un poco el fastidio de los días. A poco de llegar aquí, intenté convertir mi casa, que es grande y alegre, en una especie de club. Para conseguirlo estaba resuelto a gastarme el dinero que fuese preciso: además disponía de un cocinero excelente. Organicé algunos bailes a los que asistieron las familias de mayor viso de la ciudad, y empecé a dar comidas. Aquellas reuniones al principio fueron muy animadas; luego, sin motivo ninguno, poco a poco decayeron, y volví a quedar solo. La ciencia de mi cocinero no me sirvió de nada. Yo le aseguro a usted que en mi casa reinaba la mejor libertad; el piano era bueno, los muebles

Continúa en la página 58

MA DRE



¡Madre! Nombre sublime y bendito, tierno cual el suspiro del aura, dulce como la felicidad. Nombre que llevamos escrito en el alma con caracteres indelebles; nombre que no disipa la distancia, que no se pierde en la ventura, que no desaparece en las fuertes conmociones del dolor o del placer.

¡Madre! Palabra mágica, que penetra en todos los corazones, palabra que encierra todo un poema de ternura, sacrificios y amor. Por eso se ha dicho con tanta verdad como elocuencia: "Nada hay en el mundo superior a una mujer como no sea una madre".

La madre es el faro que nos ilumina en las densas nebulosidades de la vida.

La madre es el eslabón primero de esa interminable cadena, llamada sociedad; el ángel que vela nuestros sueños infantiles, la que recoge nuestro primer aliento, la que absorbe nuestro primer suspiro y la que imprime en nuestros labios el primer beso de amor.

La madre es una brillante perla que se alza sobre el inmundo lodazal de esta vida; un néctar delicioso, una esencia que nos endulza nuestro cáliz de amargura.

La madre cifra toda su ventura en la dicha de sus hijos; la madre corre un tupido velo sobre su pasado, y no tiene más porvenir que el de sus hijos, con los cuales ríe si gozan, padece dolores acerbos, si los sufren ellos.

La madre ejerce dignamente su augusto sacerdocio; ella desde el momento en que enseña a su hijo a balbucear el nombre de su padre, procura introducir en su alma la semilla del bien y la virtud.

El corazón de la madre es la pira inextinguible del amor, el manantial de los sentimientos elevados, el raudal de la ternura y el foco de las grandes ideas.

¡Sacrificio y abnegación! He aquí sintetizada la historia de la buena madre.

La madre expresa el ideal del amor divino, descendido al corazón de la mujer

Toda la poesía del hogar está reconcentrada en la madre!

¡Cuán dulces son los acentos de una madre, cuando éstos salen de su alma, lira hermosa que parece pulsada por ángeles y serafines!

Al lado de una madre virtuosa se aspira un perfume de santidad que purifica

La madre es nuestro genio tutelar, nuestro mentor, y el ángel que cierne sus invisibles alas sobre nuestras frentes.

La madre es en la tierra una enviada del cielo, una mensajera del paraíso para elevarnos a él.

La madre es la gran influencia del Universo, porque sobre sus rodillas se forma la sociedad.

Las épocas en que más genios han florecido, han sido las épocas en que han brillado mejores madres.

La importancia de la madre en nuestra vida moral, y en nuestra vida física, es grande, inconmensurable.

No hay misión más elevada para una mujer que la de madre, si la llena cumplidamente.

La aureola de la maternidad es la mejor diadema. No existe vejez para la buena madre: deja de ser bella sin pesar, al ver que su hija comienza a serlo; la abnegación de su amor le ofrece más goces por los triunfos de su hija que por los suyos. Una mujer coqueta deja de serlo al estrechar en sus brazos al sér que vive de su vida: se desprende de todas las frivolidades mundanas, y sólo piensa en adornar al ángel que llena completamente su alma.

Una buena madre hace más en provecho de la moral que los libros de los filósofos; pues las ideas que inocula en la mente de su hijo no las olvida éste jamás.

Las lecciones que se reciben en la cuna, son para el hombre la imagen de la madre que se las dió.

El porvenir de las naciones está en las manos de la madre.

La madre es la gran palanca social.

La madre no debe fiar a nadie la educación de sus hijos; y si renuncia a este derecho, faltará a un sagrado deber: la madre no debe separarse nunca de su tierno niño; él es su salvaguardia y su escudo, como ella su amparo, su protección y su sostén.

Ante el sublime espectáculo de una madre acariciando a su hijo retrocede el más atrevido libertino.

¡Qué dulce paz, qué serenidad de alma refleja el semblante de la cariñosa madre que nos presenta el grabado de las páginas 20 y 21, cuadro de Pablo Martín, perteneciente a la bella galería formada por el reputado alemán Hansstangl. En el rostro de la madre a que nos referimos, se ve brillar la satisfacción que todas las madres experimentan al estrechar al hijo de sus entrañas entre sus brazos.

¡Qué alegre sonrisa asoma a sus labios! ¡Cuántas risueñas esperanzas, cuántas bellas ilusiones debían palpitar en la frente de aquella madre que fué el original de este retrato!

No hay sér más ambicioso que una madre: una corona imperial le parece siempre muy poco para su hijo.

El amor maternal es el más puro, el más desinteresado, el más espontáneo, el más perfecto y el más constante de todos los amores.

Sombras del pasado



Por

Eduardo Miranda

Llega la mañana ataviada con sus galas más puras y la ciudad despierta lentamente.

En el campanario del vetusto convento colonial, los bronces modulan sus alegres voces, llamando a los fieles a la misa del alba.

En las casas de antaño, que se han salvado del derrumbe que imponen los tiempos, se abren los grandes ventanales de vigorosas rejas de hierro forjado. Vagas figuras, con mucho de sombras, se mueven en los amplios aposentos. En los viejos candelabros arden bujías que nunca se apagan porque son ofrendas a la Virgen, atraída a la casa por la devoción de los tatarabuelos.

No han aparecido aún los rayos del sol, cuando se abren perezosamente los pesados portones y gimen sus goznes el dolor de la herrumbe que le dieron los años. Salen las sombras encorvadas bajo largos mantones negros, con sus rostros surcados por cientos de arrugas, que cada año se ha empeñado en dejar como señal de su paso. Cruzan la plaza que ya no tiene los encantos de otrora: ni los árboles corpulentos, ni los naranjos en flor, ni la vieja pirámide blanca.

Con isócrono paso, tardo y cansado, apoyadas en sus bastones, llegan a la iglesia; a la vieja iglesia que no ha sacudido su polvo centenario; donde todo está igual, desde el manto que cubre a la Virgen de las Mercedes, hasta los ciriales de plata, negruzcos de sucios y deformados por las abolladuras. El sacerdote, con cabellos de plata, eternizado en el rito, rumia los santos latines que lee en un misal de hojas picadas y amarillentas.

Terminada la misa, cuando ya el sol enciende sus ascuas, tornan a sus casas las viejas matronas; al cruzr la plaza van como sonámbulas... Aquello no es lo que ellas vivieron: los añosos árboles fueron destroncados, el Cabildo con sus almenares cayó bajo el rudo golpear de los picos y el nieto limpio destruyó la casa de la amiga muerta para levantar otra que fuera moderna.

Llegan a sus casas las viejas matronas. Se cierran de nuevo las pesadas puertas y ya nada turba la paz monacal de aquellos hogares. Así pasa el día y llega la noche con su manto negro.

Alumbra de nuevo la bujía, sostenida por el viejo candelabro, y su luz mortecina llena la estancia de sombras misteriosas y vagas... Suena el aldabón con eco de tumba. Se abre la puerta.

—Ave María Purísima — dice una voz apagada y vacilante.

—Sin pecado concebida — responde la voz de la dueña de casa.

Toma asiento la recién llegada. Se cambian dos frases; luego se arrodillan en torno todos los criados, y a poco se eleva el rumor del santo rosario, cuyas cuentas pasan lentamente, entre las temblorosas manos de la vieja matrona, secas como los sarmientos y los pergaminos...



SEÑORITA ANGELICA GUIXE

LA DOMA

Muy preocupado estaba el viejo estanciero don Nicomedes Benites, por el "presente" que al morir, le había hecho su compadre don Calixto, el buen compañero de andanzas juveniles, el leal amigo de todos los tiempos, designándole en su testamento, tutor de su única hija, — una criatura casi cerril, casi chúcara, voluntariosa, criada en la libertd de los campos, ni más ni menos que un animalito silvestre. Porque la niña era linda en sus quince años, florecidos al sol y al aire puro, como esas plantas que brotan exhuberantes en laderas y ribazos sin que nadie las riegue ni las cuide; pero, ¿de qué le servía la belleza, si su carácter uraño la hacía insociable y antipática?

Al ser notificado de la tutoría y y administración de los cuantiosos bienes de la huérfana, don Nicomedes le hizo una visita, con el objeto de llevársela a vivir con su familia. La estancia de la heredera estaba situada junto a la suya, "alumbrado" por medio, y desde la puerta de su rancho, se veía la casa ennegrecida por el tiempo y el coposo ombú que llenaba el patio con su sombra y sus ramajes. El, podía, pues, vigilarla desde allí, sin mayor trabajo, pero no era propio, ni correcto dejarla sola, entre los peones, sin otra persona a su lado que una anciana, achacosa y casi irresponsable.

—Vengo a buscarte, Laurencia, — la dijo —pa que vivas con nosotros. Mi mujer y mis hijas ya te han arreglao el cuarto...

Ella no le dejó concluir. Se expresó sin reatos, como quien sabe imponer su voluntad.

—Yo no salgo di aquí, ni a la juerza...

—Pero mirá que eso no puede ser. Soy tu tutor, que es lo mesmo que si juera tu padre y yo mando, ¿sabés? La ley me autoriza y el finao ha de aprobar, desde el cielo, mi conduta...

—Y yo respondo a todo eso que no quiero salir de mi casa.

—¿Quién te va a cuidar ,entonces?

Ña Casilda.

—Pero ña Casilda está bichoca de vieja y siempre en cama...

—No importa, le digo. Mande en todo, pero en mí, mando yo.

Y se puso a llorar, con las mejillas enrojecidas por el arrebato y brillantes los ojos por las copiosas lágrimas.

No hubo forma de reducirla. El viejo sabía, que cuando aquella preciosa "gatita montés" decía que no, no existía razonamiento criollo que venciera su empecinamiento. No quiso insistir y se fué, malhumorado, maldiciendo del "regalo" de su compadre.

La preocupación de don Nicomedes tenía, pues, motivos fundados. ¡Qué conflicto, especialmente para un hombre como él, acostumbrado a la vida tranquila y a que todos, en su casa, le obedecieran y le respetaran, sin alzar la vista! Entonces pensó en su hijo mayor, recién egresado de la Escuela de Veterinaria, que iba a llegar de un momento a otro, y se dijo:

—Puede que a Ramón le haga más caso.

Y Ramón llegó, por fin, y con él, de nuevo, la alegría para la buena gente.

Enterado del asunto, el mozo se echó a reír, pues ya conocía el carácter de Laurencia.

—Eso no tiene importancia, — dijo. — La muchacha es mañera desde chiquita, porque se ha criado libre y sin madre, pero, todavía es charabona y con un poco de educación, entrará por la senda, dócil al freno...

—¿Charabona? — exclamó don Nicomedes — ¡Si es una mujer hecha y derecha, güena moza y juerte y con más orgullo que una reina!...

—La reina del campo... ¿Y no la han invitado a venir, aunque más no fuera, de vista?

—Jué tu madre, juí yo y jueron tus tres hermanas a convidarla y ¿sabés lo que contestó? Que ella no hacía visitas, hasta que no se aliviara el luto, como si tratara con extraños, lo que no quita qui ande tuito el día a caballo, porque eso sí, es más jinete que un domador de potros. Por esos caminos no se ve más que la polvareda, porque corre echando diablos.

—Bueno, — dijo el mozo, — ya veremos como se compone eso. — Y agregó: Me ha dicho el capataz que mañana van a domar unos potros. Me parece que Laurencia no desperdiciará la ocasión de presenciar un espectáculo, que parece estar en armonía con sus aficiones. Yo voy a invitarla...

—Te vas a chasquiar de lo lindo.

—No le hace. Probaremos. Nada se pierde con intentarlo.

Y el mozo, esa misma tarde, muy arrogante con su traje color kaki, sus polainas de cuero y montado en el mejor caballo de la estancia, se presentó en la vivienda de la joven, la cual recién llegaba de una de sus excursiones hípicas, con el pelo en desorden y la cara llena de arreboles... Ella se sorprendió al verle, admirándose de la gallardía y elegancia del joven. Al principio no le reconoció, porque hacía más de seis años que él estaba ausente; pero, pronto comprendió que se trataba del hijo de don Nicomedes, — "el dotor", — como le llamaban. — No podía retroceder ya, y se quedó esperando, mientras el mozo se apeaba, diciéndola con familiaridad:

—¡Qué crecida estás, Laurencia, y linda como el sol de los campos!

Y ella, un tanto humanizada por la galantería, como mujer, al fin:

— No diga mentiras de pueblero, don Ramón.

Y el mozo, dispuesto a suprimir trascendentalismos:

—Dime, Laurencia, ¿por qué no me tuteas, como en aquellos tiempos en que los dos juntábamos huevos de teru-tero y agarrábamos pichones de perdices y torcazas?

—Es que aura es diferente...

—¡Qué va a ser diferente! Yo soy el mismo. ¿Qué tenemos algunos años más? ¿Y eso qué importa? Para mí, tú eres la niña traviesa de los diez años y así debo ser yo, para mi compañera de correrías infantiles...

—Güeno, será, así, si a usté le parece.

—**Si a tí te parece**, — repitió él, con retintín...

—Güeno, — dijo ella, — no vamos a peliar por eso.

Y agregó, con cierto mohín espontáneo, que la sentaba muy bien.

—Dentre, don Ramón, si quiere descansar y tomar un mate.

Y él entró, admirado de aquella belleza criolla, sin aliño, de piel trigueña, cuya tersura, ni el aire, ni la luz habían alterado; de aquellos ojos profundamente obscuros, como el misterio de sus alma rebelde y de aquella arquitectura femenina, que se columbraba bajo el amplio ropaje, como la fruta dorada bajo las hojas excitando con la hermosura promisora de su dulce carne... y se dijo:

—¡Si no es como la pintan! Yo la encuentro un poco silvestre, nada más, como el ambiente en que vive.

Ya sentados, ella promovió la conversación:

—¿Qué le ha dicho de mí don Nicomedes? Ha de estar enojao, porque no quise dirme con él. ¡Qué se le va a hacer! Yo quiero a mi casa, tanto, que si la dejara me moriría. Es la querencia, don Ramón...

El se rió campechanamente y mirándola a los ojos, hasta hacerla bajar la cabeza, díjole:

Dejemos eso para otro día. Ahora, te vengo a pedir que renovemos nuestra antigua amistad y que vayas mañana a visitarnos, aunque sea por un ratito. Hay doma de potros, solemnizando, mi llegada y ¡como a ti te gusta tanto ver esas cosas!...

Ella interrumpióle:

—Gracias, don Ramón, pero no puedo. Ya dije que no saldría de aquí y no pondré un pie más allá del alambrao.

El "dotor" se despidió algo despechado, no sin antes pedirle permiso para visitarla.

En el camino, de regreso, el mozo ensaba:

¡Diablo de chica! ¡Qué carácter original, a fuerza de ser nativo! ¡Y es atrayente y sugestiva, a pesar de sus imperfecciones morales! Lo que hay es, que la Naturaleza la hizo hermosa, como ha hecho las grutas y los bosques, con flores y espinas, zarzas y aromas, lo que no impide que sean creaciones encantadoras.

En su casa, contó lo que le había sucedido. Don Nicomedes se puso de mal humor, otra vez, exclamando:

—Ese es un potro que no doma naide.

El joven contestó:

Tata, científicamente, no hay potros indomables. Todo consiste en saber amansarlos.

Güeno ,a ver si domás a ese... sin castigo...

Entonces el cuidador de caballos, que había oído el diálogo, mientras desensillaba, dijo, tomándose, como siempre, más confianza de la que le consentían:

Si me la dejaran a mí, pronto iba a sentir el freno...

Ramón, indignado, le gritó:

Usted vaya a cumplir sus deberes. Nadie lo ha autorizado a meterse en las conversaciones de la familia.

El aludido bajó la cabeza y se fué, rezongando, bajo las severas miradas del joven diciendo a media voz:

—Es que esa no es de la familia... por aura, al menos...

La doma había empezado, desde el amanecer, en la forma brutal de otros tiempos. Los animales, empapados en sudor, echando sangre por la boca y las heridas que en sus ijares hicieran los "taleros" y "nazarenas", disparaban, al sentirse libres, arrastrando las patas, temblorosos y enfurecidos, cuando Ramón apareció, en el preciso momento en que el cuidador de caballos parecía que iba a quebrar el espinazo a un hermoso alazán, tierno todavía, tales eran los "sofrenazos" y los azotes que le daba. El pobre animal arqueaba el cuerpo hasta tocar la cabeza en los corvejones y de pronto se abalanzaba, de manos, como para bolearse, arrojando espuma sanguinolenta que iba a posarse en copos sobre las ancas lustrosas.

—Bájese, — gritóle Ramón. — Eso no es domar es martirizar a los animales.

El cuidador se desmontó de mala gana, interrogándole con desplante.

—¿Y cómo va a domarlo, entonces, dándole besos?

—Usted es un atrevido; pero yo voy a enseñarle como se procede. Sáquele pronto el recado y póngale otro freno más fino.

El cuidador obedeció, riéndose estentóreamente.

Entonces, el joven, sin hacer caso, tomó de las riendas al caballo, le pasó varias veces la mano por el húmedo cuello, que se estremecía al sentir el contacto, y lo paseó, tirando suavemente de las riendas. Luego, lo dejó descansar, atándolo al palenque, repitiendo más tarde la tarea.

—Ahora, póngale una montura inglesa, y guarde esos trastos ordinarios en el galpón.

Le apretó la chincha él mismo y volvió a pasearlo durante una hora.

—Colóquelo en el pesebre sin sacarle la silla, asegúrelo bien y esta tarde me lo trae, otra vez, cuidando de que no se alborote.

Los peones no se atrevían a sonreír, pero pensaban que aquello era cosa de risa, y cuando volvió el cuidador y le vieron la cara, casi explosionaron, teniendo que darse vuelta, pára que el joven no advirtiera sus gestos de burla. Pero la burla se trocó en asombro, cuando, algunos días después, vieron al "dotor" montado en el alazán, sin que éste hiciera ninguna manifestación bravía, obediente a la rienda, manso, tan manso, como el más viejo de los caballos de la estancia.



Ramón visitaba asiduamente a la huérfana. La última vez que la vió, estuvo tan amable y atenta con él, que quedó sorprendido. Ese día, por supuesto, la encontró más bella — si era posible, — más bien arreglada, y sobre todo, más femenina. Parece que lo esperaba, porque salió a la puerta a recibirle, sencilla y afable, con la naturalidad de los seres que no ocultan sus sentimientos. El, impelido por extraño impulso, la tomó de las manos y la miró en los ojos. Ello lo miró, también, sonriente, sin malicia, como si toda su alma se asomase por sus pupilas negras.

¿Qué pasó, en ese momento, por el espíritu del joven? Algo inexplicable, porque la atrajo, con ímpetu hacia sí, diciéndola:

—Si yo tuviese, Laurencia, una mujercita como tú, ¡qué feliz sería!

Como ella guardara silencio, sin hacer esfuerzo alguno para desprenderse de sus brazos, agregó, con anhelo:

—Dime, preciosa, que me quieres un poco, un poco no más, pero dímelo, si lo sientes así, como hace la Naturaleza, que no miente nunca.

—Sí, — dijo ella, — lo quiero, no un poquito, sino ¡mucho! ¡mucho!, porque lo quería desde antes de irse.

Y se dejó besar, como una flor se deja aspirar el perfume.

—Bueno, — dijo, de pronto, Ramón, — ahora no tendrás inconveniente en ir a casa, ¿Quieres que vayamos juntos?

Y sin darla tiempo a reflexionar, la tomó del brazo, apretándoselo, por temor de que se le escapara y se la llevó casi corriendo. No había llegado aun a las casas, cuando él empezó a gritar.

—¡Tata, mama, muchachas! ¡Aquí viene Laurencia!

Todos salieron al patio y al verla del brazo del joven, tan tranquila y satisfecha, y aunque intrigados, la colmaron de atenciones.

—¿Qué ha ocurrido? — interrogó don Nicomedes.

—Ha ocurrido, — contestó el mozo, — que Laurencia y yo nos queremos y vamos a casarnos, si usted nos da el consentimiento.

Y agregó, bromeando, mientras la acariciaba enternecido:

—Yo la domé para mí.

—No, nó juistes vos, — dijo, riéndose, don Nicomedes. — Tu cencia esta vez no ha servido pa nada.

—¿Y quién fué entonces?

—El amor, ¡ay juna!, que es el domador más baquiano del mundo.

SANTIAGO MACIEL

Nocturno



Silencio de la noche, doloroso silencio
nocturno... ¿Por qué el alma tiembla de tal manera?
Oigo el zumbido de mi sangre,
dentro de mi cráneo pasa una suave tormenta
¡Insomnio! No poder dormir, y, sin embargo,
soñar. Ser la auto-pieza
de disección espiritual, ¡el auto-Hamlet!
Diluir mi tristeza
en un vino de noche
en el maravilloso cristal de las tinieblas...
Y me digo: ¿a qué hora vendrá el alba?
Se ha cerrado una puerta...
Ha pasado un transeunte...
Ha dado el reloj tres horas... ¡Si será Ella!...

R U B E N D A R I O

CISNES BLANCOS Y NEGROS

por

EUGENIO DIAZ ROMERO

¡Oh! lago de mi amor, lago de ensueño,
De profundas riberas,
De perezosas ondas siempre azules.
Tu aspecto me sonríe, como otrora,
Cuando eras para mí dulce y sedeño
Como una anunciación de primaveras.
En tu margen, pacífica y sonora,
El céfiro estremece
La copa de los altos abedules
Con rumor semejante al de mi infancia.
Del fondo del boscaje
Que una aura tibia mece,
Se escapa una fragancia
Que llena suavemente mis sentidos
Trayéndome recuerdos de un pasado
En que promesas mágicas veía.
Hoy, como ayer, festonan tus orillas
Los sauces musicales
De que se alza el supremo ritmo alado,
La trémula armonía
De una alma palpitante entre la sombra;
Surcan tus aguas mansas las barquillas
Llevando como siempre sus amores;
Blando lecho de perlas y corales
Ofreces a la virgen como alfombra;
Brindas al caminante fatigado
Lenitivo cordial a sus dolores;
Estallas por doquier en embeleso
Como boca fragante
Ansiosa de sentir el primer beso,
Y sin embargo, ¡oh, lago bien amado!
El alma que te mira en este instante
No es el alma de ayer, el alma clara,
Intrépida vibrante,
Que supo comprender tu voz preclara,
Sino el alma de un viejo peregrino
Que tras largo viajar, tras duras penas,
Se sienta, vacilante, en el camino,
Esperando que Dios, el Dios amante,
Ablande sus cadenas
Y se apiade por fin de su destino.
¡Oh, lago silencioso!
Te contemplo en la gloria de este día
Bañado por el sol maravilloso
De mayo sobre aureolas de jazmines.
Al ver resplandecer tus quietas ondas
Bajo el azul magnífico del cielo,
Mi errante fantasía
Que exulta el esplendor de tus jardines,
Me parece prestar para arrobarme
En el misterio amable de tus frondas,
El alma juvenil con que solía
Hundirme en tu espesura,
Sorprender de tus pájaros el vuelo
Y cruzar tu corriente,
Del alba en la hora pura,
Con tu visión de paz sobre la frente.
Pero es una ilusión ¡oh dulce lago!
El alma no es la misma
De la lejana, ardiente adolescencia.
El corazón de entonces, combatido
Por el ábrego aciago
De una cruel existencia,
Al dolor implacable siempre unido,
Fué perdiendo sus galas,
Desmayando en ardor y valentía,
Cayendo en la tristeza,
Como un ave que prueba mal sus alas
Cae en las zargas ásperas del nido.
Y aunque mi pecho sienta tu belleza
Como antes la sintiera conmovido,
Ya no imprimes en él la misma huella,
Ni mueves mis potencias como antaño,
Ni como antaño, amor, quietud, olvido,
Luz tranquila de estrellas
Das a mi corazón, porque ha sufrido
Del mundo el incurable desengaño.

Mas he aquí que los cisnes se adelantan
Surcando de tus aguas el espejo.
¡Alada majestad, copos de nieve!
¡De la luna más cándida reflejo!
¡Delicadeza astral que ora se esfuma,
Ora brota radiante y siempre leve
De la diáfana espuma!
¡Mirífico cortejo
En que la gracia triunfa soberana
Destacando su nítido tesoro
En la riente mañana!
¡Helos ahí, tan blancos, tan sutiles
Y tan llenos de ensueño
Como la vez primera que mirara
Su plumaje sedeño!
En la hora solar, en la hora clara,
Se dirían heraldos de ventura.
Así los presentía antiguamente
Al mirarlos flotar en un derroche
De inaudita blancura.
Venían del Oriente,
Anunciaban amor en los destellos
De sus alas abiertas,
En el ritmo divino de sus cuellos
Tendidos en las yertas
Corrientes cristalinas.
Predecían la gloria y la esperanza
Como todo lo blanco. Eran mis sueños,
Mis sueños juveniles, recamados
De albor inmarcesible, de divinas
Radiaciones de luz y de bonanza.
¡Visión encantadora, no me engañas!
¡Mira sino la tarde
Alzando su caudal tras las colinas!
¡La tarde resonante de zozobra,
Que avanza con sigilo por los prados
Y puebla el vago ambiente de canciones
Terriblemente extrañas!
El crepúsculo llega, como un monje,
Envuelto en sus fatídicos crespones.
¡Es la hora en que el mal se yergue y obra!
Los cisnes eucarísticos han huído
De las ondas azules. Ahora llena
El espacio dormido
Donde el lago se extiende como un denso
Tenebroso sudario,
Un cortejo de cisnes funerarios.
Son los cisnes que llegan
A anunciar la derrota de mis sueños,
A gemir el inmenso
Poema secular de mi delirio.
Miradlos cual navegan
Dentro el piélago obscuro; cuánto duelo
Desprende su plumaje.
Cuánta angustia y martirio
Revelan bajo el cielo
Espectral y severo ante su paso.
¡Dejadlos avanzar, perderse acaso
En la noche salvaje,
En las riberas solas,
Hundirse en el cristal, entre el murmurio
De las frígidas olas!
¡Oh! dejad confundirse en la espesura
De las sombras compactas ese augurio
Fatal y pertinaz de mi esperanza,
Esa tropa agorera
Que con ansias espera
La ocasión de elevar su voz inerte,
Para cantar mi marcha lastimera
Hacia el supremo reino de la muerte.

El obstáculo

POEMA EN PROSA



Por el sendero misterioso recamado, en sus bordes, de exquisitas plantas en flor y alumbrado blandamente por los fulgores de la tarde, iba Ella, vestida de verde pálido, verde caña, con suaves reflejos de plata, que sentaba incomparablemente a su delicada y extraña belleza rubia.

Volvió los ojos, me miró larga y hondamente y me hizo con la diestra signo de que la siguiera.

Eché a andar con paso anheloso, pero de entre los árboles de un soto espeso, surgió un hombre, joven, de facciones duras, de ojos acerados, de labios imperiosos.

—No pasarás, — me dijo, — y puesto en medio del sendero abrió los brazos en cruz.

—Sí pasaré, — respondíle resueltamente; — y avancé; pero al llegar a él, ví que permanecía inmóvil y torvo.

—¡Abre camino!, — exclamé.

No respondió.

Entonces, impaciente, le empujé con fuerza.

No se movió.

Lleno de cólera al pensar que la Amada se alejaba, agachando la cabeza embestí a aquel hombre con vigor acrecido por la desesperación; más él se puso en guardia y con un golpe certero me echó a rodar a tres metros de distancia.

Me levanté maltrecho y con más furia aún, volví al ataque, dos, tres, cuatro veces; pero el hombre aquel, cuya apariencia no era de Hércules, pero cuya fuerza sí era brutal, arrojóme siempre por tierra, hasta que al fin, molido, deshecho, no pude levantarme...

¡Ella, en tanto, se perdía para siempre!

De muy lejos me envió una postrer mirada de reproche:

—¿Me dejas partir? — parecía decirme.

Aquella mirada reanimó mi esfuerzo e intenté aún agredir a aquel hombre obstinado e impasible, de ojos de acero; pero él me miró a su vez de tal suerte que me sentí desarmado e impotente.

Entonces, una voz interior me dijo:

—¡Todo es inútil: nunca podrás vencerle!

Y comprendí que aquel hombre era mi Destino.

AMADO NERVO

Los ojos de Beethoven



Visiones fantásticas



ETERNAMENTE **tuyo**; **eternamente mía; eternamente el uno para el otro!** Esto leía en las cartas amorosas de Beethoven, y al percibir su armonioso ritmo, sentía como si mi espíritu, rebelándose a toda influencia material, quisiese romper sus ligaduras y volar a las regiones ideales en donde el arte tiene su más absoluta expresión. De pronto, queda la estancia en tinieblas; un dulcísimo aroma de mirtos y crisantemos satura el ambiente, hundiéndome en un éxtasis maravilloso; dos rayos de luz azulada, que brotan de las inmóviles pupilas de un busto de Beethoven, van a romperse sobre el marfilino teclado de un clave negro, produciendo un acorde fabuloso; en un estremecimiento de terror, dirijo mi vista hacia los espléndidos zafiros magnéticos, y sus vaporosos flúidos van intensificándose hasta modular en radiante azul de cielo. Los ojos de Beethoven se pierden en el Infinito, y como en mágico ensueño, comienzo a escuchar el soberano **Adagio de la Sinfonía Heroica**.

—He aquí el alma de un hombre que se colocó tres veces bajo la sombra de la luna—oigo—. Soy la luz inmortal. La que vió Tobías cuando, cerrados los ojos corporales, enseñaba a sus hijos el verdadero camino de la vida; aquella por la que Isaac, aun con los ojos obscurecidos por la vejez, supo conocer a sus hijos y distinguirlos en singulares bendiciones; la que

Dios internó en mi alma para que pudiese comunicar forma sensible a los infinitos encantos de la Naturaleza y a las complejas pasiones en que los hombres se desenvuelven. Con esta luz que te circunda, iluminé los más recónditos abismos del arte.

Poco a poco fué disipándose la celeste claridad, y se cubrió de un magnífico y aterciopelado tono esmeralda. Las pupilas del gran músico adquirieron un aspecto sereno, apacible, y a su poderoso influjo germinó el cristalino **Andante de la Sinfonía pastoral**.

—¡Oh, mago de los sonidos!—clamé en irresistible impulso—. ¿Qué poder es el tuyo para que llegues a expresar y delinear con tan acabada precisión lo que de por sí es vago y refractario a todo contorno? Si algunos creyeron que en el hombre no podría verificarse este prodigio, tu genio musical lo realizó, para asombro de generaciones.

—Sólo Dios, ¡oh artista!, es indefinible—exclamó, al propio tiempo que sellaba su rostro con una vaga sonrisa—; pero si existe **algo** en la tierra por lo que se le pueda adivinar, ese **algo** reposa en el eterno lenguaje de los sonidos, en esos misteriosos efluvios que de manera tan precisa nos colocan ante la más inconvertible de las verdades. Escucha, en un majestuoso amanecer estival, los perlados gorjeos de las aves que elevan al Creador sus cantos de vida y esperanza; los suspiros del mar en noche tranquila, o el suave rumor del viento en la campiña, y tu espíritu se sentirá transportado a regiones ignoradas. Siempre vigilante, como el hijo de Agenor, a estos sublimes espectáculos, llegó a ser mi alma como edificio panóptico en el que todos leyeron.

Los ojos de Beethoven adquirían un extraordinario poder fascinador, permaneciendo fijos, brillantes y escrutadores de mis profundos pensamientos. Una intensa coloración amarilla, en la que la luz parecía filtrarse por entre mil espléndidos topacios, anuló el espectro esmeralda; se hizo un silencio de eternidad, una absoluta quietud, y los mundos detuvieron su marcha para asistir al grandioso **Primer Allegro de la Novena Sinfonía**. El Miguel Angel de la música sonreía, poniendo en su mirada toda la exaltación de un divinizado. Sus palabras caían sobre mi adormecido corazón como lluvia menuda, y mi alma iba desprendiéndose del cuerpo, al operarse estas mágicas transformaciones lumínicas.

—No temas—inquirió nuevamente—. Quiero confortar tu espíritu de niño y mostrarte ese mundo de ideas e imágenes esencialmente bellas, de ensueños blancos como las rosas, donde todo es realidad inmutable y perfección eterna; y así como Romain Rolland supo encarnar mi vida en su **Juan Cristóbal**, quiero que tú encarnes en mi obra, a través de mis ojos. ¡Oh, ven a mí, pobre artista! Tú no perteneces a ese mundo miserable y envilecido que tantos ejemplares da de negras ingratitudes, y en donde existen tantas conciencias dispuestas para el mal. Acógete a mi luz; ante tu vista pasarán los siete colores del iris, fundidos en sonoras vibraciones.

La amarillenta luz de topacio se obscurece, esfumándose poco a poco; surge un poderoso azul índigo, y estalla magnificente el divino **Larghetto de la Segunda Sinfonía**, que comunica a los relampagueantes ojos del genio de Bonn una expresión de inefable gozo. Mis sentidos parecen abismarse en la inconsciencia; pero él, dirigiéndome una mirada amorosa, me devuelve al ensueño magnífico. Entonces, la enrojecida luz del amor surgió brillante, envolviéndome en su llama eterna; percibo una lejana melodía, y cruza en vaporosa ráfaga el fantasma de la condesita Guicciardi, que, besando la espaciosa frente del músico, hace moldear la afiligranada sonata **Claro de luna**. En tanto, una voz celestial musitaba: **el amor tiene la fortaleza de la muerte**.

Pasando del rojo al anaranjado, que engendró la cincelada **Sonata a Kreutzer**, el enérgico mirar de Beethoven fué apagándose, hasta hundirse en las regiones donde la tristeza y el dolor forjan su obra. El violado amatista prodújose instantáneamente, y, como fundido en troqueles prodigiosos, tomó cuerpo el conmovedor **Adagio del Primer Cuarteto**.

El gigante de la imaginación miróme; sus gruesos labios pronunciaron unas palabras imperceptibles, y por sus pómulos resbalaban dos lágrimas, que al caer hiciéronse coágulos de sangre. Los nombres de Hoffman, Schemil y Lamotte-Fouquet se dibujaron en el espacio. El encanto estaba roto.

Este fué el supremo lenguaje de los ojos de Beethoven.

Y ésta la sublime música que escuché; música de todos los tiempos; música sin pasado, presente, ni futuro.

¡Oh, maestro de genios! ¡Fáquir de los sonidos!

¡Oh, maestro de genios! ¡Faquir de los sonidos!

¡Cuánto diera por ser poeta y cantar en sutiles estrofas tus mágicos ensueños de luz!

¡Oh, gran Beethoven!



¿Por qué me llamas?

¿Dime, paloma mía,
por qué me engañas?
¿Dime, si no me quieres,
por qué me llamas?

Borlas de lana verde,
por agradarte,
puse a tus llamas;
y tú, por contrariarme,
se las cambiaste
por coloradas.

Y hoy, para colmo'e males,
al ir a verte,
por mi desgracia,
vide un sombrero blanco
que no era el mío
sobre tu cama.

Quise tocar la quena
y un gran sollozo
dió mi garganta,
porque la pobre quena
de dolorida,
también lloraba.

¿Dime, paloma mía,
por qué me engañas?
¿Dime, si no me quieres,
por qué me llamas?

MIGUEL A. CAMINO

Arriesgue su dinero si le place, pero no arriesgue su salud



EL bienestar suyo y el de su familia no es una cosa que puede confiarse a lo incierto como se confía una ficha al azar de la ruleta
Quien juega dinero contra dinero lleva la probabilidad de perder, pero lleva tambien la de ganar.
Quien juega su salud contra un producto inseguro, lleva la de perder, únicamente.

EXISTIENDO para el alivio de los dolores un producto tan noble, tan eficaz y tan seguro como la

Cafiaspirina

¿para qué aventurarse y aventurar a los suyos en experimentos que pueden pagarse may caro...? No tome ni deje que su familia tome ninguna otra cosa. CAFIASPIRINA, además de que alivia el dolor y levanta las fuerzas como por encanto, tiene la suprema ventaja de que es completamente inofensiva.

Por eso aquí y en todo el mundo, se la proclama como



El producto de confianza

LOS POTROS



A Rebeca era fiera, obscura y flaca como garra. En aquella naturaleza agreste de la sierra vivía bajo el rigor, como los potros en doma.

No vestido, sino envuelto por un chusi, andaba de aquí para allá su cuerpo desairado. En la cara, apenas deslavazada, caía el sol de la siesta como puntas de chuzo, percudiendo la tez. Y los aires, ya fuesen de los hielos, ya de las vívidas reverberaciones astrales, le aventaban el pelo lacio y retinto, como en una flagelación. En los senos exiguos y flácidos, cubiertos por el chusi caluroso en verano, había una ausencia irreparable de afecto y un rescoldo riguroso de estío. Nadie sabía qué psicología moraba en ese desamparo humano. Su rostro con ojos de constante ripoema tenía la ceguera resplandeciente del páramo, y no expresaba más que la resolana de un destino rudo, bajo el cual la armazón de la Rebeca, si ajena a toda suavidad, fué también impenetrable a la desgracia.

Y fué la Rebeca así, con aceptación inexpresada de todo, como la piedra entre el fuego donde asentaba todos los días la olla renga de hierro. ¡Vivió quemada por el rigor hasta la íntima entraña!

La vez que bajo el sol de la siesta llegaba la Rebeca a la rueda del mate en el sombreado galpón, levantábase la voz de la mediera: —"¡Andá, chinita, volvé las cabras de aquel filo!" — Y ella se iba al refunfuñar de la propia ushuta sobre las caldeadas piedras, barbotando apenas palabras que ella misma echaba al saco vacío del alma. Sólo allá, entre los cardones espinudos, en los agrios y pedregosos peladares, donde no había más retozo que el de las cabras, tenía, no más, su zafia gracia, apenas concebible, la Rebeca.

Pero un día, un estanciero zamarro reparó en ella por el beneficio que podía prestarle mientras holgara él. Pronto arregló con los medieros el caso, y sin requerimiento alguno a ella, casóse con la Rebeca, y se la llevó a lo alto del cerro, donde cuidaba vacas y yeguarizos.

Quince días duró el baile, mojado con vino, aloja y aguardiente. Comenzó en la casa de la Rebeca y siguió con la misma concurrencia trasladada a pie o a caballo, según se pudo, en la vivienda de Eladio, marido brutal ya de la Rebeca. Para ésta su nuevo estado no fué más que una variación del rigor.

Panza arriba vivía Eladio, a todo gusto. Comer, dormir, beber la vez que había vino, fué su pasar cotidiano; mientras que la Rebeca salía al campo con lazo al recado, montada a veces, no sin peligro, en el sillero redomón del indio Eladio. ¡Guay si un animal se derrumbaba; guay si un ternero era arrebatado por el cóndor, cuatrero para el que no había más policía que la bala silbadora en los diáfanos y elásticos aires; guay si la vaquillona se perdía en la vestedad de los campos! La Rebeca pagaba el latrocinio del cóndor, la aspereza de la loma derrumbadiza, la apertura de los campos comuneros... Los puntapiés y los latigazos de Eladio caían en su cuerpo aguantador, hecho al rigor de la naturaleza, con categórica afirmación de amo, en los lomos redivivos de la secular esclavitud. Los golpes de Eladio resonaban en el tiempo, daban en el pasado colonial; y sus incultos de "¡perra!", "¡sinvergüenza!", "¡roñosa!", y otros por el paez, repercutían en chasquidos bárbaros, como los ecos en la montaña allá en la época no lejana del capataz de cuadrilla que dirigía la peonada sudorienta y humilde.

La Rebeca no extrañó su nuevo estado. El amor fué para ella como las trompada, los puntapiés y las injurias; rigor del cuerpo y del alma.

No le pareció bien ni mal su nuevo estado. Ni lo lamentaba, ni lo razonaba, ni le placía. Podía decirse, extremando la situación de su espíritu, que pasaba el vivir siempre **virgen de psicología**. Algo adiviné, sin embargo, una vez, en su voz, y en un ligerísimo resplandor de alma que cruzó por la ceguera de páramo bajo el sol, de su rostro requemado por los soles de su tierra y de su vida; y ello fué una noche en que la oí decir en rueda de pasajeras conocidas por la Rebeca: — "Ahora ando a mula, y subo también el potro redomón de Eladio". — Sendas azotainas recibió por cada golpe del potro abajo; pero, en fin, ella hizo memoria para olvidar las zurras... Y todavía, un poco animada, contó a las mujeres esta cosa maravillosa: — "Cuando yo me casé con Eladio, y Eladio se casó conmigo, bailamos quince días, cuasi un mes!".

Pero el rigor iba en aumento. Eladio, fastidiado en la ruin y sucia opulencia de su haraganería, variaba el holocausto a su mal humor, de la Rebeca, obligándola a montar "como hombre" y en pelo los potros chúcaros, en el amplio corral de la estancia. El mismo (o los peones) tomaba con mano robusta a los potros, por las orejas, y hacía sentar a horcajadas a la Rebeca, en el lomo nervioso y virgen de toda monta, de los chúcaros... Al grito de "¡agarrate, roñosa!" — soltaba a los chúcaros que, alzados en nerviosa energía con la boca abierta y el grito furioso en los sorprendidos aires, sacudían la carga, en tremendo golpe de la Rebeca contra el suelo. Las patadas de Eladio llevaban hacia la tranquera, después, la ridícula basofia de la Rebeca hecha un barro de sangre: — "¡Ah, flojonaza — le decía, cuando la desgraciada podía ponerse de pie: — no aprendás a jinetiar, no más!".

Y la Rebeca tuvo que aprender. Día llegó en que no la volteaba sino rarísimo chúcaro. El temor del golpe y un salvaje deleite de vencer ganaron el alma de la Rebeca; y ésta resistía con pertinacia de raíz serrana entre las grietas de la peña estéril. No se desasía, clavada con uñas y dientes, del lomo rebotador de los potros. El hecho es que la Rebeca iba descubriendo, para ella y para los demás, que tenía un alma.

El recuerdo de sus bodas entre el rigor de su suerte y un zumo de deleite entre el mal trato y el redículo de la doma en pelo, brotaron del paladar agrio de su vida como un retoño de incipiente espiritualidad. A veces se creería que su alma iba a derramarse como un recial, pecho afuera; otras que seguiría impasible el bárbaro desfile de los sucesos trágicos de sus días de aceptación estoica de las cosas.

Moraban en las estancias dos familias de cabalgares indomables y magistralmente forjados por la naturaleza bravía de las cumbres. Nunca dió el cerro potros más hermosos, más fuertes e indomables que los bayos y los rosillos. Hasta en la vejez, hasta en el último día de monta se mostraban rebeldes y bellacos. Encarnaban la potencia de la naturaleza serrana; y el espíritu indomable del monte dilataba la nariz nerviosa, hacía temblar el belfo en intraducibles rebeldías, ponía en los cascos ansiedad de carrera y alevosía en las coces mortales, y lanzaba el relincho como latigazos contra la aspereza de las resonantes cuchillas.

El tozudo de Eladio pensaba y repensaba en amansar él el más hermoso de esos potros. Tres años tenía el bruto, vividos en la bárbara integridad de su belleza y de su libertad sobre los campos propicios a la ostentación soberbia de su figura. Por fin un día púsole su apero de domar. La Rebeca experimentó por

primera vez en su vida un ligero temblor de su alma brutal; y hasta se la sintió decir con voz apenas tremulenta, donde había quizás alguna influencia de amor y de orgullo: — "¡Eladio va a amansar el rosillo!". — No hubiera llamado la atención el caso si el indio hubiese sido domador; pero simple hombre de a caballo, no rezaba con sus prácticas y su oficio el repentino antojo. ¿Depuntó en su egoísmo salvaje alguna rivalidad con el triunfo de la Rebeca sobre los potros, en pelo? Lo cierto es que pasaba días enteros sin maltratar de hecho a su mujer y sin obligarla a la doma y a ningún sacrificio, que ya no le había para la naturaleza sufrida y vencedora de la hembra bárbara. Lo cierto es que Eladio supo que la Rebeca saltaba sobre los potros, en pelo, para satisfacer su naciente deleite de dominio de aquella naturaleza salvaje. Bajo el rigor de su destino, salvó la cumbre con su pie barroso y flaco, sufrió sin quebranto el azote del sol canicular, holló las nieves y anduvo más de una vez por las fronteras de la muerte... ¡Ahora vencía a los potros chúcaros!

Eladio no montaba el rosillo ensillado desde la mañana. Fué el primer día que se le vió trabajar en faenas de poco momento, como para disimular su tardanza...

Como se avecinase la hora en que la hacienda retenida en el corral volvía a los profundos campos mugidores, comprendieron los peones y también la Rebeca, ella con cierta vergüenza, que Eladio dejaba transcurrir la hora de amansar, de miedo de montar el rosillo. Pero de repente, mientras las sonrisas burlonas cruzaban el ambiente recargado de ironía y de una nerviosidad de expectativa, avanzó la Rebeca llena de resolución hacia el temido bruto; recogióse la falda a modo de chiripá, cruzándosela entre las piernas obscuras que, flacas y nervudas, quedaron descubiertas hasta algo más arriba del nudo descarnado de la rodilla; desató del palenque al potro cerril, que bufaba de impaciencia, le cubrió los ojos con un poncho que encontró a mano, y saltó sobre el lomo al propio tiempo que destapaba los ojos ignifluentes del bruto y le asestaba un ponchazo en la cabeza alzada tan bravíamente como si hubiese querido imponer en los aires y en toda la naturaleza serrana el instintivo gesto de su rebeldía.

No un bufido, no un relincho, sino grito agudo y de vasta repercución lanzó el chúcaro cuando se sacudió en los aires para arrojar de sí la audacia mujeril, incrustada ya, con sutil penetración, en el nervio levantisco del bruto. Inútil fué el bellaquear inútil el sacudirse como un demonio enfurecido en la próxima ladera rocosa, donde parecía el ánima de la asperaza bravía de los cerros poseída por las furias; inútil el corcoveo quebradizo en los aires; inútil el resbalar de los dientes en el cuero reseco de los guardamontes, donde los ponchazos de la Rebeca producían hoscas resonancias; inútil el salto de larga curva después de apoyado el potro en los solos miembros traseros; todo inútil: ¡la determinación de domar de la Rebeca había penetrado, hiriendo como un clavo los centros nerviosos de la bestia de antemano vencida!

¡La Rebeca parecía una reina bárbara y fiera sobre la áspera desenvoltura de la serranía dominada! ¡A veces era un crestón bravía que coronase toda la vasta naturaleza vencida!

¡El alma forjada en el rigor, de la Rebeca, salió venciendo del pecho!

No transcurrieron tres cuatros de hora cuando volvió de los campos ásperos, a ponchazos, al bruto completamente domado. En vano ella había excitado su furia con la voz mujeril, alzada y vibrante. La energía de la Rebeca había sobrado con mucho a la rebeldía del rosillo, y no sabía dónde aplacarse.

Cuando se bajó de la bestia tremulenta entre el asombro de los que la burlaron en ocasión de la doma en pelo, llevaba el signo de una determinación aun inconcreta en el rostro ahora expresivo y fosforescente de alma. Y avanzó sin saber lo que haría necesitaba de dar pasto al volcán abierto de su espíritu inmensamente enérgico. Chocó la chispa de su mirada con el rostro del zafio de Eladio, confundido; y desde ese momento cuajó en el espíritu de la Rebeca la final concreción de su voluntad en ascuas. Tomó de paso un rebenque, se encaró con el dueño de la estancia y su antes propio dueño y tirano, y azotó los robustos y carnosos lomos del bárbaro, que no osó defenderse ni protestar siquiera. — "¡Eladio — díjole — gaucho flojazo! ¡Fullero!"

Sólo así quedó serenada aquella reina flaca, obscura y fiera como yarra. Todos guardaron respetuoso silencio; y hasta la serranía — dijérase — rindió adhesión completa a su imponencia de macho envuelta en desairadas faldas.

Ella expresó el dolor y el triunfo de la naturaleza Forjó su espíritu en el rigor de la vida y de la intemerancia del miedo natural, como la propia serranía forjó también su alma en el rigor geológico correspondiente a las transformaciones cosmogólnicas.

Y la Rebeca fué, acaso, el alma bravía de las asperezas de la sierra, que reinó sobre la ruda naturaleza, sobre los hombres y los brutos!

El Com. Pedro Bignoli

Su fallecimiento, constituye una pérdida irreparable para el progreso económico y financiero del país.

Una noble existencia, de honradez, laboriosidad e inteligencia

En Milán, donde desde hace años residía gozando de un merecido descanso a su intensa actividad comercial, falleció en los primeros días de este mes el Comendador don Pedro Bignoli fundador de la prestigiosa entidad comercial de esta plaza que lleva su nombre, y uno de los más destacados miembros de la colectividad italiana que entre nosotros, por su esfuerzo, por su inteligencia, por su perseverancia y su dedicación, lograran conquistar no sólo el bienestar y la fortuna para sí y para los suyos, sino también colaborar eficazmente en el progreso económico del país al que honraran con su vida ejemplar y laboriosa, sus condiciones de caballero sin tacha y sus singulares sentimientos filantrópicos. Don Pedro Bignoli, en este sentido ha sido un brillante ejemplo, y una demostración palpable de las extraordinarias virtudes de que es dueña, la nacionalidad que entre nosotros ha sabido granjearse tantos afectos y tantas simpatías.

Nacido en Novara (Italia) en el año 1868, don Pedro Bignoli, un adolescente casi, llegó a nuestras playas a los 22 años de edad, iniciando en el país sus primeros actos de comercio, actividad en la que bien pronto destacóse, merced, como hemos dicho, a su tenacidad, a su talento, y a su claravisión en los negocios.

En el año 1895, después de una labor tesonera en el difícil mundo de los negocios, don Pedro Bignoli fundó la entidad comercial que lleva su nombre, que instaló en la calle De las Artes al 300 (hoy Carlos Pellegrini) y que adquirió mediante su hábil e inteligente dirección personal un singularísimo desarrollo, hasta convertirse en 1922, en una de las sociedades anónimas más importantes de la plaza, a la que llegó puede decirse, a dominar en el ramo de la especialidad a la que dedicó el cúmulo extraordinario de sus energías

Pero no solamente en el mundo de los negocios, fué donde don Pedro Bignoli pudo destacarse entre las principales figuras de la colectividad. Patriota sincero, amante desinteresado y apasionado de su tierra nativa, sus éxitos comerciales y su permanencia entre nosotros, no le hicieron olvidar jamás sus obligaciones de ciudadano de Italia, a pesar del hondo cariño que sintió siempre por nuestro hospitalario país. Así, durante la conflagración europea, tomó parte activísima en la obra desarrollada en este país por el Comité de Guerra, realizando una propaganda intensísima en favor de su patria y de los derechos indiscutibles que le asistían en la espantosa emergencia. Fué, con otros connacionales, el "alma mater" de la campaña tan valientemente desarrollada durante ese tiempo por el Comité de Guerra, al que efectuó importantes donaciones, y a cuya obra contribuyó eficazmente, con su dinamismo inigualable y su patriotismo noble, sincero y desinteresado. Miembro fundador del Hospital Italiano y de gran número de instituciones benéficas organizadas en favor de sus connacionales, don Pedro Bignoli rodeóse de una verdadera aureola de simpatías y afectos, que premió el Gobierno de su patria concediéndole la dignidad de Comendador, por un decreto honrosísimo en el que se testimonian las brillantes virtudes que adornaran en vida, la existencia privilegiada del extinto.

En el año 1922, cumplida ya la misión del "Self Made Man", dejó sus negocios a cargo de sus hijos y fué nuevamente a radicarse en su patria, donde acaba de sorprenderlo la muerte, que tan hondamente, ha impresionado nuestros círculos comerciales, sociales y financieros. Vinculado estrechamente a lo más granado y distinguido de Buenos Aires, el fallecimiento de don Pedro Bignoli, ha constituído para propios y extraños, una pérdida sentida e irreparable. Su muerte, enluta a gran número de familias de la colectividad, y promueve un sentimiento general de pesar ante la desaparición del extinto, acaecida cuando todavía, podía esperar largos y merecidos años de descanso.

Primavera ...

¡Primavera, primavera,
milagrosa hada del cielo
que transforman la ciudad en una fiesta
de verdores y perfumes, que desbordan
en los patios de las casas y en los hierros
(de las verjas!

¡Primavera que sonríes
donde quiera,
que se besa con un átomo de sol
un átomo de tierra!...

La que hace de Palermo
el fantástico pensil de la quimera,
donde ponen sus sílfides, sus náyades, sus
(ninfas...
amantes y poetas.

¡Oh, ese Patio de Sevilla!,
rinconcito de leyenda,
que parece que le trajo a su hermana, la
(ciudad de Buenos Aires
—con la luz de aquellos cielos y el sabor
(de aquellas rejas...
los claveles reventones, como bocas
amorosas, bocas frescas...
de mujeres de pañuelo de manila,
¡de mujeres de pasión y de verbena!

Primavera que te prendes
a los cuerpos de las nenas,
y metiéndote muy adentro, las enciendes
(las pupilas
con la lumbre alucinante de la estrella,
con los pálidos reflejos de la luna...
¡con la luz de la luciérnaga!:

¿Qué adelanto con que rías?
¿Qué adelanto con que quieras
embriagar al mundo todo, con tu aliento
(poderoso.
que enardece y que me quema?...
Mientras tú lo encantas todo,
yo ando triste, sin un alma que me en-
(tienda...;
con la mente atormentada de mujeres que
(están lejos,
¡llena el alma de añoranzas de otro tiem-
(po y de otras tierras!

Primavera, primavera...
¿Qué adelanto que en mi pecho
ya no quepan,
los anhelos amorosos que tú inspiras?
los raudales de ternura que tú engendras?
Las mujeres, mientras tanto,
pasan cerca,
con el busto estremecido de temblores
y en los ojos una llama, que flamea;
con los labios inquietantes, que se vuelven
hacia el cielo en que los pájaros se be-
(san...

Primavera que te prendes
a los cuerpos de las nenas,
y metiéndote muy adentro, las enciendes
(las pupilas
con la lumbre alucinante de la estrella,
con el brillo desmayado de la luna,
con la luz de la luciérnaga...

Mientras, tú, lo alegras todo,
mientras tú todo lo vistes de gran fiesta,
yo ando solo por el parque florecido...
¡yo ando solo sin un alma femenina que
(entienda!

Hermenegildo Martín.



Llegada de los augustos visitantes



El Príncipe de Gales, llegando al Hipódromo Argentino.



Los príncipes británicos en la puerta de la embajada de Gran Bretaña, acompañados por el presidente provisional de la República Tte. General Uriburu.





Eduardo de Windsor entrando a la Iglesia Escocesa.

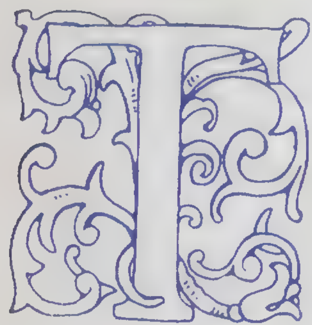


Durante la visita a la Escuela Militar de San Martín.



Welcome!

The visit of Princes Edward and George will strengthen cultural and commercial relations between Great Britain and our country



HERE has recently arrived in Buenos Aires H. R. H. the Prince of Wales, illustrious and tireless traveller, who not long ago made a brief visit to our country — a visit which, though short, was quite sufficient to stamp him definitely as one of Argentina's greatest and best friends.

Equipped with a profound culture, and possessed of an enviable wealth of knowledge acquired by study in the most famous institutions of his country, his pleasing manner, both simple and exquisite, has made him one of the most popular Princes of the Old World, in whom are providentially united the most conspicuous characteristics of his noble House, and the very personal endowments which at all times have won for him the sympathy, affection and esteem of

S. A. R. El Principe de Gales





S. A. R. El Príncipe Jorge





S. E. EL EMBAJADOR DE GRAN BRETAÑA

D. RONALD MACLEAY





all who have had the opportunity of closely appreciating the singular gifts of his high and unmistakeable genius.

But apart from the undeniable pleasure with which the arrival of our distinguished guest — accompanied this time by Prince George — was witnessed, there is no doubt but that the visit of the Prince of Wales will have this time a deeper significance than that of a fresh international courtesy, since it coincides with the policy of commercial approximation initiated again by the British Government with reference to the markets of the Plate, than which nothing could be more acceptable and propitious to Argentine economic interests, united as they are by historic and traditional ties to the industry, production and commerce of Old Albion.

Once again, then, the Prince of Wales is here, august Ambassador of his people and of his country, to acquaint himself at first hand with the actual sources of our agricultural and stock-raising riches; to gather an accurate personal understanding of our economic capacity; and to seek a tightening, if that is possible, of the bonds now ruling the daily increasing interchange between his country and ours. Prince Edward is therefore making a timely visit, to confirm the auspicious opinions, brought recently by telegraph, expressed by the British ex-Ambassador, in regard to our productive capacity and to the confidence our market should inspire in British Governments: and he is here, finally, as a high interpreter of the consideration we merit from British Banking and Capital, definitely to seal with his august presence their impressive development throughout the successive stages of Argentine economic expansion.

Welcome be the Princes, and may their stay in our country be most pleasant to them! Fortunate and privileged sons of a nation, the first to open its liberal ports to the commerce of the South American Colonies, the Argentine Republic owes to her an eternal debt of gratitude, and has more than sufficient motive to extend to this happy embassy the best and noblest hospitality a foreign visitor can receive. Let the Argentine people and government offer to the august Princes the great reception they merit, and may this visit, which we all hope will be profitable in its spiritual and material aspects, be yet another event that strengthens and ratifies the ties, already described as powerful and traditional, uniting our young and vigorous country to the noble and liberal Old England!

Trad. pág. 28 - 29

La visita de los principes Eduardo y Jorge, afianzará el intercambio y las relaciones comerciales inglesas con nuestro pais

Desde hace poco tiempo hállase en Buenos Aires, S.A.R. el Príncipe de Gales, ilustre e incansable viajero que no hace mucho tiempo todavía, visitó nuestro país en una rápida gira, pero que no por breve, dejó de consagrarlo definitivamente como uno de los más grandes y decididos amigos de la Argentina.

Dueño de una vastísima cultura poseedor de un envidiable caudal de conocimientos adquiridos por el estudio en los más prestigiosos establecimientos de su patria, su trato amable, sencillo y exquisito ha hecho de él uno de los más populares príncipes de la vieja Europa, que une en comunión estrecha y por feliz designio de la Providencia a los más sobresalientes rasgos de su noble estirpe, condiciones personalisímas que en todo momento le supieron granjear la simpatía, el cariño y la estimación de todos cuantos han tenido oportunidad de apreciar de cerca, los singulares dotes de su alta e inconfundible jerarquía espiritual.

Pero fuera ya del mismo innegable agrado conque pueda verse la llegada del ilustre huesped, a quien esta vez acompaña el príncipe Jorge, no cabe duda de que la visita del príncipe de Gales ha de tener esta vez un significado más hondo que el de una mera cortesía internacional, ya que ella viene a coincidir con la política de acercamiento comercial que ha reiniciado el gobierno inglés con respecto a los mercados del Plata, y que no puede ser más grato y auspicioso para los intereses económicos argentinos, unidos por histórico y tradicionales lazos a la industria, a la producción y al comercio de la grande Albión.

Viene pues nuevamente el príncipe de Gales, augusto embajador del gobierno y del pueblo de su patria, a conocer de "visu" las fuentes mismas de nuestra riqueza agrícola y ganadera, a darse exacta cuenta personal de nuestra capacidad económica, a buscar un mayor acercamiento si ello es posible en las vinculaciones que actualmente rigen el intercambio cada día más poderoso de su país con el nuestro. Vendrá pues y en buena hora el príncipe Eduardo, a consagrar los auspiciosos juicios que estos días ha trasmitido el telégrafo, vertidos por el ex embajador de Inglaterra, acerca de nuestra capacidad productiva y de la confianza que nuestro mercado debe inspirar a los gobiernos británicos, y vendrá en fin, como alto exponente de la consideración que merecemos a la banca y a los capitales ingleses, a sellar con su augusta presencia y definitivamente, el desenvolvimiento asombroso adquirido por ellos, a través de todas las etapas del desarrollo económico argentino.

Bienvenidos sean los príncipes, y que su estada en nuestro país, pueda serles lo más grata posible. Hijos venturosos y privilegiados de una nación, la primera que abrió sus liberales puertos al comercio de las colonias de América, tiene la República Argentina con ella, una deuda eterna de gratitud y un motivo más que suficiente para brindar a esta auspiciosa embajada, una hospitalidad, la mejor y la más noble que pueda merecer un visitante extrangero. Que el pueblo y el gobierno argentinos tributen a los augustos príncipes el magno recibimiento a que son acreedores, y que esta visita, que todos deseamos sea proficua en su aspecto espiritual y material, sea un hecho más que al consumarse, afiance y ratifique los vínculos que ya dijimos poderosos y tradicionales que unen nuestro joven y vigoroso país, a la vieja, noble y liberal Ingalterra.

Un mensaje del Príncipe Eduardo

Con motivo de la llegada del Príncipe de Gales, la Embajada Británica acreditada en nuestro país, nos ha remitido para su publicación el siguiente mensaje del augusto visitante, por medio del cual S. A. R. sintetiza con exquisita sinceridad y gentileza, los sentimientos de afecto y de confraternidad que le animan hacia el pueblo de la república.

He aquí las palabras del Príncipe Eduardo, y sus votos por el éxito del certámen, que ha de contribuir hondamente, como él lo augura, al acercamiento comercial entre su país y el nuestro.

A mi llegada, juntamente con mi hermano, a ésta gran República, desearía, por intermedio de la prensa del país,- con cuya reconocida benevolencia contamos una vez más,- comunicar al pueblo Argentino el placer que me da el encontrarme de nuevo en una Nación de la cual tengo tan bellos e imperecederos recuerdos, y, al mismo tiempo, cuan complacido estoy de poder presentar mi hermano a mis queridos amigos Argentinos.

Recordando la parte histórica que a la Gran Bretaña le ha cabido en el desarrollo de la Argentina y los lazos de amistad que siempre han unido a nuestros dos paises, tendré a mucho orgullo y honor el cumplir con la misión que me trae de inaugurar y declarar abierta la Feria Británica, la que será un digno exponente de la calidad y variedad de los productos de Imperio.

Apreciamos hondamente la hospitalidad que nos brinda en ésta noble República amiga, gracias a la cual hemos podido celebrar ésta primera Feria Británica en el continente Sud-americano.

Espero, asimismo, hallar muchas oportunidades en que poder estudiar los especiales gustos y necesidades del comercio del pais y de discutir franca y abiertamente acerca de ellas. Y, si mi visita y la de mi hermano, contribuyese, en algún grado, a estrechar más las vinculaciones comerciales, promoviendo un mayor entendimiento mútuo entre los dos pueblos, con su correspondiente mayor expansión de negocios, tendriamos la sensación de haber cumplido una útil cuanto agradable misión.

(Fdo) EDWARD P.

De nuestro gran mundo infantil



NORA Y JULITO GUARDIA SALCEDO



Mr. H. O. Chalkley, C. B. E.

An interview with Mr. H. O. Chalkley, Commercial Counsellor to the British Embassy, in regard to the influence which the Trade Fair will have on the development of Anglo-Argentine commercial relations.



HE primary object of the present visit of Princes Edward and George being that of inaugurating the British Trade Fair now being opened in this City, we have pleasure in publishing the following interview with Mr. H. O. Chalkley, Commercial Counsellor to the British Embassy, whose knowledge of economic conditions in the Republic, and of the importance of our foreign trade, gives an especial interest to his remarks at this time.

Indeed, the prestige enjoyed by Mr. Chalkley in British commercial circles is no secret. For many years he has occupied his post with extraordinary success, not the least of which is due to his exhaustive and instructive Annual Reports on the condition of Anglo-Argentine trade in all its aspects. At the time of the D'Abernon Economic Mission, with its well known influence on the intensification of Anglo-Argentine commercial relations, Mr. Chalkley was afforded the opportunity of serving his country efficaciously by whole—hearted collaboration in its work, distinguishing himself not only by his knowledge of everything of interest to the Mission, but also as a true friend of our country, in which he has resided for many years.

Endowed with an ample understanding, and with a broad conception of the importance to a country of accredited representatives, the official in question is also a determined protagonist of closer cultural relations between our peoples; and it may be added that he played an important part in the organization of the magnificent Trade Fair now being inaugurated, about the results of which he is decidedly optimistic.

Our visit being announced, Mr. Chalkley kindly received us in his office, and made ready, with his habitual and invariable courtesy, to reply to the questions we put in regard to the Fair and its unquestionable importance to increased commercial intercourse between his country and ours.

All doubts — commenced Mr. Chalkley — as regards the organization and magnitude of the Fair inmediately disappeared when, months ago, it was officially announced that H. R. H. the Prince of Wales had spontaneously offered to inaugurate it, thus performing yet another service to the economic welfare of his country, and at the same time realising a well known desire — that of revisiting the Argentine, for which he has a very real affection.

The Fair—, continued Mr. Chalkley — is admittedly an event of outstanding importance in the century — old commercial relations binding Great Britain and the Argentine Republic. I think that all who visit it will carry away with them a favourable impression of its excellent organization, and of its undoubted spectacular interest, due to the magnificence of its installations and to the variety of the products exhibited. It constitutes (he went on), in these moments of universal economic depression, a magnificent effort on the part of British Manufacturers to show their appreciation of the good will of the Argentine people towards British goods, and is at the same time a demonstration of their absolute confidence in the revival of prosperity in the Republic, and of their capacity to supply its needs.

As regards the ultimate results of the Fair, to be expressed without any doubt in increased Anglo-Argentine trade figures, I am, frankly, optimistic. In the first place, it is obvious that one of the most important effects of the Fair has been to bring to this country hundreds of British industrial executives, whose personal contact with the demands of the Argentine market cannot fail to have an important bearing on future transactions. They will take home with them an exact impression of the value of this market to British production, and of the necessity of organizing, both here and at home, in a way that will foment and intensify commercial relations between the two countries, and adequately meet the importance of the demand.

It must not be forgotten, added Mr. Chalkley, that England is a great consumer of Argentine meat and agricultural products, and I believe it may be taken for granted that this consumption will considerably increase when her industries are more prosperous and her industrial population fully employed.

Therefore, this country has a self interest in putting into practice the slogan which we all hope will soon constitute the definition of Argentine sympthy towards British Industry: "Buy British goods".

Finally, I think that the present attttude of British Industry towards this market may be summed up as follows: It is grateful for the oft — expressed slogan "Buy from those who buy from us", as an expression of the good will of this country, century-old friend and consumer of ours; but it recognises that in competition with its trade rivals in this market, the question is one of a fair field and no favour. It is therefore out to supply to the Argentine the goods the Argentine demands, at competitive prices, and on competitive conditions, whilst adhering always to traditional British quality.

Mr. Chalkley, who, during this interview, displayed an impressive conviction in regard to the results of the Fair, expressed his pleasure at having this opportunity of speaking of the affection he has for this country, and his fervent desire that day by day the bonds uniting his country with ours may be strengthened.

He is proud to have cooperated in the organization of the

Fair now to be inaugurated, which will surely contribute to the realization of the aims mentioned.

With the expression of our thanks, and the exchange of a cordial handgrip, we took our leave of Mr. Chalkley. We fervently share his hope that the British Trade Fair may definitely seal Anglo-Argentine commercial friendship, and that it may constitute a faithful and impressive picture of the industrial power of the great country which shows so much good feeling towards ours.

(Traducción de los conceptos vertidos por Mr. H. O. Chalkley.)

Mr. H. O. Chalkley, Consejero comercial de la Embajada de S. M. Británica en nuestro país, nos habla de la influencia que la Feria de Industrias inaugurada ejercerá en el desenvolvimiento Comercial Anglo-Argentino.

Con motivo de la visita que en estos momentos realizan los príncipes Eduardo y Jorge, y cuyo principal objeto es como se sabe el de asistir a la inauguración de la Feria de Industrias Británicas que funcionará temporariamente en esta Capital, publicamos a continuación los interesantes conceptos vertidos a este propósito por el señor H. O. Chalkley Consejero Comercial de la Embajada Británica acreditada en nuestro país, cuyos antecedentes, como conocedor profundo de la capacidad económica de la república y de la importancia de nuestro intercambio exterior, hacen que sus palabras cobren, en las circunstancias actuales, un especialísimo interés.

En efecto: no es un secreto para nadie el prestigio que en las esferas comerciales de su patria, goza el señor Chalkley, que desde muchos años hace, viene desempeñando con singular acierto el cargo anteriormente aludido, al que han contribuído, muy especialmente entre otros, trabajos de índole informativa, sus documentados y meritorios informes anuales, acerca del Comercio, Anglo-Argentino en sus más diversos aspectos. A la llegada de la misión económica D'Abernon que tanta influencia como se sabe ha tenido en la intensificación de las relaciones comerciales anglo-argentinas, Mr. H. O. Charkley tuvo oportunidad también de servir eficazmente a su patria como colaborador decidido en los trabajos que en tal sentido se realizaron, destacándose no sólo por su versación y su conocimiento en todo cuanto podía interesar a los propósitos perseguidos por su inolvidable misión, sino también como un franco y leal amigo de nuestro país, en el que háltase radicado desde largos años atrás.

Espíritu amplio, en el que caben las más audaces concepciones acerca de la importancia que para la vida de los países tienen las representaciones acreditadas, el funcionario consular que nos ocupa es por lo demás un decidido propulsor del acercamiento cultural entre ambos pueblos, habiendo desempeñado un papel importantísimo por añadidura, en la organización de la brillante Feria inaugurada sobre cuyos resultados tiene el señor Chalkley, un franco, auspicioso y decidido optimismo.

Anunciada nuestra visita, Mr. Chalkley nos recibió amablemente en su despacho, preparándose con su habitual e invariable cortesía a contestar al interrogatorio que iniciamos, a propósito precisamente de la próxima Feria y de su indiscutible importancia para el éxito del intercambio comercial entre su país y el nuestro.

Toda duda — comenzó diciéndonos Mr. H. O. Chalkley—respecto a la organización y magnitud de la gran Feria de productos británicos que entrará a funcionar dentro de breve, desapareció de inmediato, hace ya meses, cuando se anunció oficialmente que S. A. R. el príncipe de Gales se había expontáneamente ofrecido a inaugurar sus magníficas instalaciones, realizando al mismo tiempo que un servicio más a su país como augusto y decisivo colaborador de su poderoso intercambio, un anhelo varias veces manifestado ya, de volver a visitar la Argentina, donde dejó durante su anterior viaje tantos y tan nobles afectos.

La Feria—continuó diciéndonos el señor Chalkley—será, hay que reconocerlo, un acontecimiento de primera magnitud en las seculares relaciones comerciales entre la Gran Bretaña y la Argentina. Creo, que todos los que la visitan llevarán una impresión favorable no sólo respecto a su organización excelente como nuestra, sino también respecto a su indiscutible interés espectacular por la magnificencia de sus instalaciones y la variedad de los productos expuestos. Constituye siguió diciéndonos el señor Chalkley, en estos momentos de depresión económica universal, un magnífico esfuerzo de los industriales británicos para demostrar aprecio por la buena voluntad del pueblo Argentino hacia los productos Británicos, evidenciando al mismo tiempo su confianza absoluta en el resurgimiento económico y prosperidad de la República, y su capacitado para surtir a las necesidades del país.

En cuanto a los resultados finales de la Feria—si ellas han de poder juzgarse por el aumento de cifras que experimentará fuera de duda el intercambio comercial anglo-argentino, soy, prosiguió manifestándonos nuestro interlocutor, francamente optimista. En primer término, no puede escapar a nadie, que uno de los efectos más inmediatos que producirá la inauguración de la Feria, será el de haber promovido la visita a este país, de centenares de industriales británicos, cuyo contacto personal con las condiciones en que se desenvuelve el mercado argentino, no podrá dejar de ejercer una decisiva influencia en las transacciones futuras. Llevarán todos los industriales, de regreso a su patria, una impresión cierta y exacta del alto valor que significa la conquista definitiva de este mercado para la producción británica, y llevarán también una impresión verdadera, acerca de la necesidad de organizar aquí y allá, instituciones que en lo sucesivo fomenten e intensifiquen el intercambio comercial entre los dos países, satisfaciendo la importancia de la demanda. No debe olvidarse en este sentido—agregó el Sr. Chalkley, que Inglaterra es también un importante consumidor de la producción argentina, y que este consumo aumentará considerablemente ,a medida que sus industrias prosperen. Por lo pronto, creo que no es difícil asegurar que el consumo de la carne y de los productos agrícolas argentinos, ha de experimentar con este motivo una sensible alza y que por lo tanto habrá también en este país un interés propio al poner en ejecución el lema que todos anhelamos constituya pronto, la definición de la simpatía argentina hacia la industria británica: "Compremos mercaderías inglesas".

Creo por último—terminó diciéndonos el señor Chalkley, que el pensamiento actual que regula el intercambio de la industria británica con este mercado, puede sintetizarse de la siguiente manera: que a Inglaterra, le es muy grato el lema tantas y tantas veces enunciado, de "Comprar a quien nos compre", como expresión de la buena voluntad de este país, secularmente amigo y consumidor del nuestro; pero reconoce que en la competencia con sus rivales comerciales en este mercado, es cuestión de "Fair field and no favour". En este sentido, Inglaterra tiene la determinación de surtir a la Argentina la mercadería que la Argentina necesite, a precios de competencia y en condiciones de competencia también, sin descuidar por ello, la calidad de los artículos que siempre han sido de condiciones superiores.

El señor Chalkley, que durante la entrevista nos ha hablado con una vehemencia y una sinceridad auspiciosa, respecto a los resultados de la Feria, nos expresa lo grato que ha sido para él, hablar una vez más del cariño que le profesa a esta tierra, y de sus deseos fervientes de que cada día, aumenten y se estrechen los vínculos que unen su lejana patria con la nuestra. Se congratula de haber cooperado a la realización de la Feria en vísperas de inaugurarse—que contribuirá como ya lo ha dicho a la realización de su noble anhelo, y nos despide gentilmente, amablemente, con un apretón de manos, nosotros se lo retribuímos, y formulamos con él los más fervientes votos, porque la Feria de las Industrias Británicas selle definitivamente la amistad comercial anglo-argentina, y, porque constituya ella la expresión más fiel y decidida, de la potencia industrial del gran país que tanta simpatía guarda y la manifiesta hacia el nuestro.

Con el fin de informar a nuestros lectores sobre los propósitos perseguidos por la Feria Británica inaugurada recientemente por S. A. R. el Principe de Gales, damos a continuación la exposición de motivos que formula oficialmente la Oficina de Publicidad de la referida muestra, asi como tambien el programa de actos a desarrollarse en la misma, y una serie de informaciones que a nuestro juicio pueden ser de suma utilidad para los concurrentes. Dicha exposición de motivos que nos ha sido facilitada gentilmente por el

THE BRITISH EMPIRE TRADE EXHIBITION BUENOS AIRES 1931

The British Empire Trade Exhibition in Buenos Aires will be officially opened by H. R. H. The Prince of Wales on March 14 and will display an unparalleled variety of the commodities that British industry, art and genius offer to the markets of the Argentine Republic and to all South America.

No similar Exhibition has ever taken place in the history of the world. As an original and unique event it is without precedent. The British are in the vanguard of every line of progress in modern industry, and have selected the City of Buenos Aires to exhibit the part they are disposed to play in their trade with the Argentine and neighbouring Republics of South America.

No one should fail to visit this Exhibition of the awakening of a new era in commercial enterprise. It affords a unique opportunity of seeing a magnificent display of British goods in a novel and appropiate setting.

A BRIEF DESCRIPTION OF THE EXHIBITION

The Exhibition will be primarily commercial in character and its aim is to give the visitor a full and complete idea of the standards attained by British industry in all its branches. As an illustration of its size and importance, it is worth noting that the net space reserved by the firms, over eight hundred in number, who are exhibitińg their products, amounts to some three hundred thousand square feet.

COMMERCIAL EXHIBITS:

Engineering, which has been for so long one of the Mother Country's staple industries, occupies a very prominent place indeed in the show, three of the largest pavilions being given over exclusively to machinery of every kind, such as locomotives, dynamos, cranes, Diesel engines and so on, while the Marine Engineering exhibits such as turbines and motor-boats will be housed in a special pavilion of their own; but perhaps the most interesting of all the "heavy" exhibits will be those in the Motor-Car Pavilion. Up to now, British cars have been very little used in South America, but a surprising development in this class of business is anticipated as a result of the display of their machines to be made at this show by some twenty British firms.

Three more pavilions will be given over to the lighter type of exhibits, such as textiles, foodstuffs, pottery, jewlry, cutlery, perfumes etc.. A large proportion of these goods will be housed in the fine Museum building, which will also contain a remarkable display of gold and silver ware exhibited by a historic City Company, that of Goldsmiths and Silversmiths. Another section of great interest will be the Canadian Pavilion, which helps to give a truly imperial character to the show; here in a most artistic setting, will be shown the various products of the great Dominion, together with a fine collection of pictures illustrating the natural beauties and main industries of Canada.

Another interesting and in a sense unusual display will be that of the Argentine Railways, who occupy a pavilion and also an Annexe hard by the grounds, where typical rolling-stock, posters and diagrams will be on view, indicating the large contribution of these British enterprises to the progress of the Argentine Republic.

CULTURAL EXHIBITS:

It must not be imagined from the foregoing that the Fair will be of a purely commercial and industrial character. The organisers have provided for a certain number of non-commercial exhibits, intended to bring home to visitors the Empire's contribution to the progress of science and art. To all those interested in the remarkable strides made by applied science of every kind in the last twenty years, the British Government pavilion will be of absorbing interest, containing as it will, a remarkable graphic illustration of the achievements of British science in all branches of human knowledge, as well as an equally effective portrayal of the evolution of warships and aircraft from their earliest beginnings to the present day. In this pavilion, too, there will be a gigantic relief map of the world, with an effective lighting system to indicate the products of the various parts of the Empire.

British art will also be adequately represented by a large and valuable collection of paintings, statues and miniatures by contemporary British artists, which has been got together by the Royal British and Colonial Society of Artists, which will be housed in the Museum buildings, and also by reproductions of the works of great British artists of other days in the Government Pavilion.

Prominent amongst these exhibits will be Titania's Palace, the celebrated miniature palace built by Sir Neville Wilkinson, and probably unique in the world as a display of artistic miniature craftsmanship, which will be shown by its designer.

AMUSEMENTS:

Apart altogether from the commercial and cultural side, ample provision has been made for the entertainment of visitors.

In this line, the outstanding feature will be the band of the Queen's Own Cameron Highlanders, one of the most famous and picturesque of British regimental bands, which is coming to Buenos Aires specially for the occasion, and will give concerts every afternoon and evening in the great central arena. In addition, a well known showman is arranging for a number of popular attractions of the "amusement park" type.

There will also be thvee large cinema halls, where continous perfomances will by given throughout the Exhibition, showing industrial and other pictures of British interest. Last but not least, the latest modern craze, miniature golf, will be represented by two courses.

No description of the Exhibition would be complete without reference to the effective and novel schemee of decoration adopted. A large proportion of the buildings have been decorated in old English Styles. Thus one is a faithful reproduction of St. James' Palace, another represents an old Elizabethan manor house, others the High Street of an old fashioned town in Cheshire.

GENERAL INFORMATION

The Exhibition will be offiically inaugurated by H. R. H. Ahe Prince of Wales on Saturday, March 14th. and will remain open to the public daily until April 27th., when it will be definitely closed.

SITE:

The Exhhibition is being held in the grounds of the Argentine Rural Society, which have been generously placed at the Committeé's disposal free of charge, and which is the scene of the celebrated Argentine cattle show every spring. The grounds are situated in Palermo Park, (about three and a half miles from the centre of the city) and they adjoin Plaza Italia which is one of the busiest traffic centres in Buenos Aires. Tram and 'bus services from all parts of the city converge at this point, giving quick and easy access to the Exhibition grounds.

The journey by tram from the centre of the city takes roughly half an hour, and by'bus ten minutes less, or alternatively a motor-drive of not more than fifteen minutes duration from Plaza Mayo will bring the visitor to the show gates.

ADMISSION:

The Exhibition will be open daily from noon till midnight. The main entrance is situated about 200 yards from the Plaza Italia on the Avenida Sarmiento but there is also a direct entrance on the Plaza Italia itself. The charge for admission will be I peso, Argentine paper currency, ordinarily, but there will be additional charges on special days and for special events, of which due notice will be given in the Press.

CATERING:

A first class restaurant service both for lunching and dining will be provided in the splendid dining-room of the Rural Society, and in addition there will be numerous bars and booths where tea and light refreshments will be obtainable.

Jefe de la Oficina de Publicidad en Castellano y en Inglés, constituye una apreciable contribución de la C. Organizadora de la Feria a la divulgación de las finalidades perseguidas por ella, que "Fray Mocho" reproduce íntegramente como un homenaje a la colectividad inglesa residente, y en prueba de su adhesión entusiasta y sincera, a esta obra que tantos beneficios reportará en el futuro, el desarrollo siempre creciente del intercambio comercial Anglo-Argentino.

LA EXPOSICION DE ARTES E INDUSTRIAS BRITANICAS

BUENOS AIRES 1931

La Exposición de Artes e Industrias Británicas que será inaugurada oficialmente por S. A. R. el Príncipe de Gales el 14 de Marzo próximo, presentará un conjunto insuperable de productos, que la industria, el arte y el genio comercial del Imperio Británico ofrecen en los mercados de la América del Sur en general y de la Argentina en particular.

Jamás en el mundo entero, se ha visto otra Exposición similar. Como acontecimiento nuevo y único no tiene precedetes. La Gran Bretaña está a la vanguardia del progreso en todas las ramas de la industria moderna, y ha elegido la ciudad de Buenos Aires para demostrar ese progreso y su deseo de intensificar el intercambio con la República Argentina y los países vecinos.

Nadie debe dejar de visitar esta Exposición, que señala el despertar de una nueva era de iniciativa comercial, y que proporciona una oportunidad que no se ha de repetir, de ver un magnífico conjunto de productos británicos en un ambiente novedoso y atrayente.

LO QUE SERA LA EXPOSICION

La Exposición tiene ante todo carácter industrial y comercial y se propone dar al visitante una idea amplia y completa del progreso alcanzado por la industria británica en todas sus manifestaciones. Como dato ilustrativo de su importancia, cabe hacer notar que las ochocientas firmas que se harán representar en el certamen, han reservado en total cerca de 30.000 metros cuadrados de espacio neto para mostrar sus productos.

SECCION INDUSTRIAL:

La gran ingeniería, que ha sido siempre una de las industrias básicas de la Gran Bretaña, ocupa en el certamen un lugar preponderante, dedicándose exclusivamente a ella tres grandes pabellones, donde estarán expuestas maquinarias de todas clases como ser: locomotoras, dínamos y motores Diesel.

La Ingeniería marítima tendrá su pabellón aparte, presentando turbinas, lanchas a motor, etc.; pero tal vez la parte más importante de esta sección sea el Pabellón del Automóvil Británico, de grandes bondades pero poco conocido hasta ahora en esta parte de América. Se confía en un notable aumento de intercambio en este renglón, a consecuencia de la demostración que harán en la Exposición veinte marcas británicas.

Otros tres pabellones contendrán los productos más livianos y delicados como ser: tejidos de seda, lana y algodón, comestibles, joyería, cerámica, platería y perfumes. Buena parte de estos productos se expondrán en el pabellón del Museo Agrícola, uno de los más grandes y hermosos de la Exposición. Especialmente digno de notarse en esta parte del local será la hermosa colección de trabajos de platería y orfebrería presentada por uno de los históricos gremios de Londres que datan desde la Edad Media: La Venerable Compañía de Orfebres y Plateros.

De no menos interés será el Pabellón Canadiense, que da al certamen un verdadero carácter Imperial. En un edificio decorado con exquisito gusto se expondán, no sólo los productos del Dominio, sino también un valioso conjunto de cuadros, ilustrativos de industrias y bellezas naturales de aquel país.

Otro conjunto interesante y novedoso será el de los Ferrocarriles Argentinos, que ocupan un Pabellón y también un Anexo fuera de los terrenos de la Rural, donde expondrán tipos de material rodante, mapas y diagramas que hacen resaltar la importante colaboración prestada por estas empresas británicas al progreso de la República Argentina.

SECCION CULTURAL

No debe juzgarse por lo que se ha dicho que la Exposición sea un certamen de índole puramente comercial e industrial. Los organizadores han preparado un buen número de demostraciones no-comerciales que tienen por objeto demostrar a los visitantes la contribución del Imperio Británico al progreso de las ciencias y de las artes. Para el que se interese por los extraordinarios adelantos de las ciencias aplicadas durante los últimos veinte años, el Pabellón del Gobierno Británico será del mayor interés, pues abarcará una notable ilustración de los progresos de la ciencia en Gran Bretaña en todas las ramas del conocimiento humano, junto con una interesante y artística reproducción en miniatura de la evolución sufrida por los buques de combate y las aeronaves, desde los tipos más primitivos hasta nuestros días.

En este Pabellón se admirará también el gigantesco mapa del mundo, hecho en relieve, y en el cual las regiones productoras del Imperio estarán indicadas por un sistema de luces de gran efecto.

No se ha descuidado tampoco el arte, que estará representado por una numerosa y valiosa colección de cuadros, esculturas y miniaturas por los artistas británicos contemporáneos de mayor valer, los que se exhibirán en el edificio del Museo Agrícola. Habrá además una serie de reproducciones de las obras más notables de artistas británicos de otras épocas en el pabellón del Gobierno.

Ocupará también la atención del visitante en esta sección, el maravilloso Palacio de Titania, una joya artística en miniatura, única en el mundo y que será expuesta por su creador Sir Neville Wilkinson.

DIVERSIONES:

Además de los aspectos industrial y cultural ya descriptos se han tomado las medidas necesarias para que no falten en la Exposición las diversiones de todas clases.

A este respecto, la principal atracción será la banda de los Camerón Highlanders, una de las bandas militares más conocidas de la Gran Bretaña, notable por su ajuste musical y tmbién por el típico uniforme escocés que visten sus componentes. Esta banda ha sido especialmente enviada desde Inglaterra y dará conciertos en la pista central todas las tardes y noches.

También habrá numerosas y variadas atracciones mecánicas, que han sido preparadas por un conocido técnico en la materia y son realmente novedosas.

Todos los días habrá exhibiciones cinematográficas en tres grandes salones preparados al efecto, pasándose películas de carácter cultural y otras de interés británico, siendo estas exhibiciones continuadas durante todo el tiempo que esté abierta la Exposición.

Uno de los grandes atractivos de la Exposición reside en la decoración de los diversos pabellones realizada en estilo inglés antiguo, lo que le da un efecto novedoso y artístico.

INFORMACION PARA EL TURISTA

La Exposición será oficialmente inaugurada por S. A. R. el Príncipe de Gales el Sábado 14 de Marzo y permanecerá abierta al público hasta el 27 de Abril, fecha en que será definitivamente clausurada.

LOCAL:

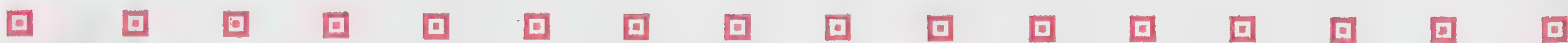
La Exposición se realiza en los terrenos de la Sociedad Rural Argentina, local de la famosa Exposición Rural Argentina que se realiza anualmente, y que han sido cedidos a título gratuito por sus propietarios. El local está situado en Palermo a unos cinco kilómetros del centro de la ciudad, y frente a la Plaza Italia, que es uno de los lugares de tráfico más intenso de Buenos Aires. Allí convergen líneas de tranvías y ómnibus de todos los puntos de la ciudad, asegurando así el acceso rápido y cómodo al local de la Exposición. El viaje desde el centro de la ciudad en tranvía dura más o menos media hora, y en ómnibus diez minutos menos. En automóvil puede llegarse a la Exposición desde Plaza de Mayo en unos quince minutos.

HORARIO Y ENTRADA:

La Exposición permanecerá abierta diariamente desde mediodía hasta medianoche. La entrada principal está situada a unos 200 metros de la Plaza Italia sobre la Avenida Sarmiento, pero hay otra entrada directa sobre la misma plaza. El precio de las entradas será ordinariamente de un peso moneda argentina, pero habrá precios especiales en determinados días y para funciones especiales, los que serán debidamente anunciados en los diarios.

SERVICIO DE RESTAURANT:

Habrá un restaurant de primera clase instalado en el amplio salón comedor de la Sociedad Rural y además varias confiterías distribuídas en el local.



F. C. Sud



Señor Ismael J. Arenaza y señora María Elena Baña de Arenaza

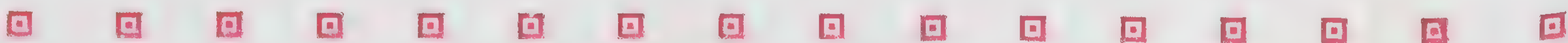
Mar del Plata



José Salvador y María Eugenia Arenaza Baña



Juan Carlos y Catita Missaglia



F. C. Sud

Mar del Plata



Canchas de tennis.



Calle San Martín



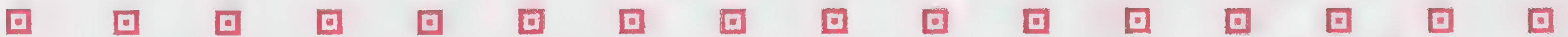
Un chalet



Vista parcial



Plaza Colón



F. C. Sud

Mar del Plata y Carhué



Jardines en la mansión del señor Enrique Anchorena.



Camino a la Pellegrina.



Cancha del Mar del Plata Golf Club.



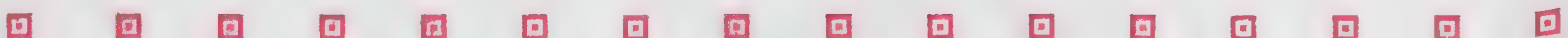
CARHUE. — Plaza Gral. Lavalle



CARHUE. — Playa en la laguna



CARHUE — Balneario



F. C. Central Argentino

Cierras de Córdoba













F. C. Central Argentino

Sierras de Córdoba



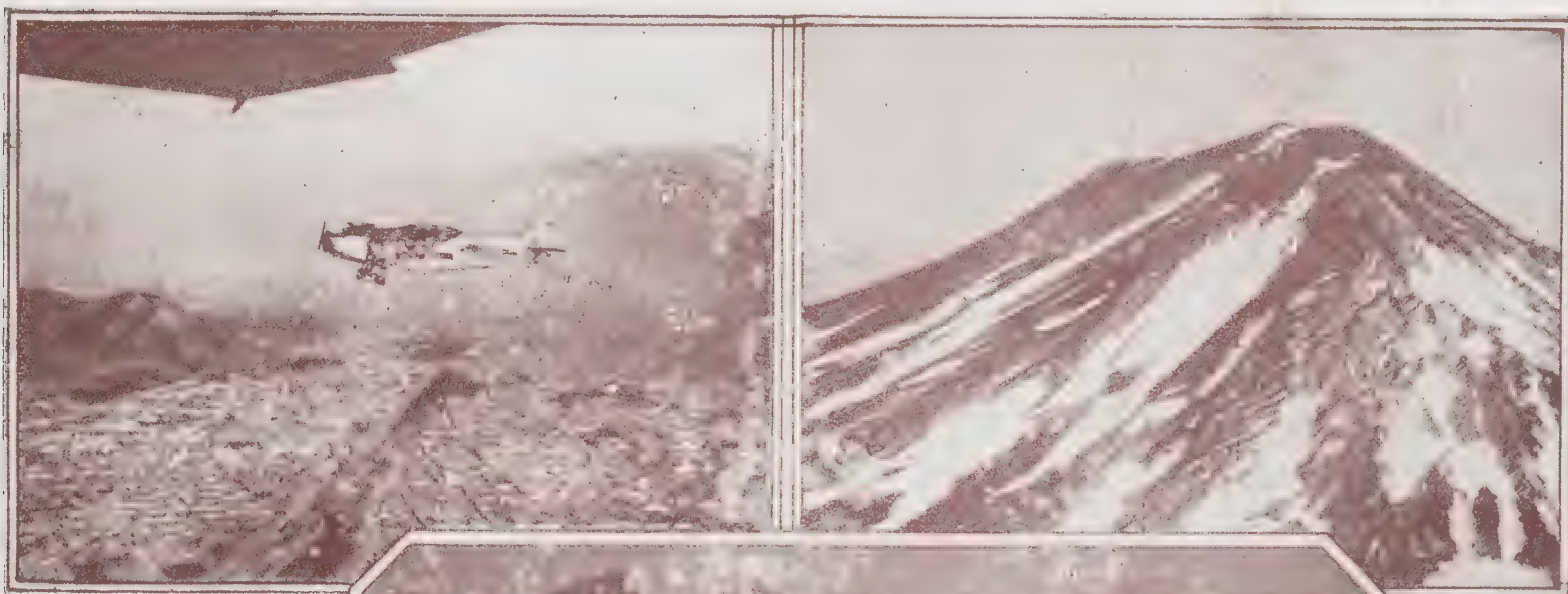






F. C. Pacifico

CORDILLERA DE LOS ANDES



El cruce en avión

Aconcagua



En plena Cordillera

F. C. Oeste

Epecuen








F. F. C. C.
del Estado
Jujuy



CASA DE GOBIERNO

Dr. MATIAS G. SANCHEZ SORONDO



El Dr. Sánchez Sorondo, en la época a que hace referencia nuestro colaborador.

De como la aridez de las funciones públicas y las preocupaciones del estado, no están reñidas con las especulaciones del espiritu, es una prueba fehaciente la nota que a continuación insertamos en forma fascimilar y que la constituyen dos viejas páginas de FRAY MOCHO en las cuales, hace 13 años nuestro prestigioso colaborador Juan Pablo Echagüe (Jean Paul) presentaba a la generación literaria de entonces, algunas composiciones poéticas del actual ministro del Interior Dr. Matías G. Sánchez Sorondo.

Iniciado recién en el maremanum del ambiente político que tantos triunfos le deparara después sobre todo en el Parlamento Nacional donde se destacó como uno de los más grandes oradores que han honrado sus bancas, el Dr. Matías G. Sánchez Sorondo entonces candidato por primera vez a diputado nacional, fué descubierto, en la exquisitez de su espíritu por nuestro crítico literario Jean Paul, que reveló en las páginas de nuesta revista un aspecto desconocido del flamante político, transcribiendo, sin el conocimiento del autor, por supuesto, algunas de sus más bellas y sentimentales composiciones poéticas, que nunca el Dr. Sanchez Sorondo a pesar de las instancias de sus muchos amigos, había querido dar a la publicidad.

No sabemos, como el Dr. Matías G. Sánchez Sorondo habrá recibido la infidencia de su amigo Jean Paul en la oportunidad referida. Pero la nota del crítico pasó y la recia figura política del Dr. Sorondo, absorvió por entero, ante nuestro público, sus calladas actividades espirituales que proporcionaban a buen seguro a su autor, una no menos brillante serie de triunfos para su vida interior, rica en belleza. Hoy sin embargo, que la carrera del brillante ex parlamentario ha permitido descubrir a la opinión argentina otro aspecto de su múltiple personalidad — el de estadista — después de los acontecimientos del 6 de Septiembre. FRAY MOCHO, a simple título de curiosidad solamente, reproduce sus dos viejas páginas, en las cuales, nuestros lectores hallarán lo que a través del tiempo transcurrido, puede, periodísticamente hablando, volver a constituir una primicia.



Dr. Matías G. Sánchez Sorondo, actual ministro del Interior.

Año VII. Buenos, Aires 28 de Febrero de 1918 Núm. 305

Un poeta ignorado



L Partido Conservador de la Provincia de Bs. Aires, ha proclamado candidato a diputado Nacional a mi amigo Matías G. S. Sorondo. Y a fuer de indiscreto, como periodista que soy, quiero aprovechar la ocasión para mostrarlo bajo un aspecto, que yo llamaría esencial, de su personalidad, y sin embargo, ignorado en absoluto. Hombre político, pertenece al público; hombre de letras, nos pertenece especialmente a los críticos, que debemos perseguirlo hasta en el anónimo persistente que le esconde.

Sánchez Sorondo es, ante todo y sobre todo, poeta. Poeta que nunca publicó sus versos, por modestia, o acaso por indiferencia orgullosa; poeta que canta para sí mismo, "para... volcar en palabras cadenciosas, rompiendo del silencio las prisiones, el alma vacilante de las cosas; y traducir su mística poesía, en el tranquilo declinar del día, cuando se puebla el cielo de visiones".

Deseo dar a conocer algunas de sus composiciones, de las muchas que conservo, originales, en mi poder. Porque Sánchez Sorondo no les atribuye importancia, y no reclama jamás un manuscrito suyo. Y quisiera, dando este rudo golpe a su reserva, estimularlo a que las publique. Creo que puede figurar con honor en nuestra antología, y que la clara mentalidad del autor, su espíritu delicado, su gusto exquisito, se revelan en ellas quizás con mayor brillo que en su prosa de jurista, de historiógrafo y de sociólogo, cuyo casticismo y elegancia son justamente apreciados por los conocedores.

Emoción contenida, sobriedad, sencillez, adjetivación adecuada, sentido profundo del ritmo y de la eufonía, presición fotográfica en la descriptiva, he ahí las características de los versos de Sánchez Sorondo. Hiere la idea, condensa la imagen, modela la frase y le presta singular potencia evocadora. Hay sonetos que son verdaderos cuadros, cuyos versos, uno por uno, resultan como trazos de pincel.

Estáis junto al mar, por una noche callada. La quietud os penetra, del reposo crepuscular, la luna riela al compás de las olas, iluminando suavemente el paisaje. De repente se esconde detrás de una nube y reina momentánea oscuridad. Oid.

PAISAJE NOCTURNO

Calma. Luna de ensueño. Mar bruñido.
Cerca, en la playa que la vista encierra,
las olas, con monótono gemido,
tejen un fino punto de Inglaterra.

Forma, color, imagen y sonido,
lentamente se van: la noche cierra.
Descienden el reposo y el olvido
como tregua de Dios, sobre la tierra.

De pronto un nubarrón al astro llega
y la luz intercepta, que lo anega,
tenue, en un blanco resplandor sereno;

revive, entonces, el azul imperio,
y el momento parece inquieto y lleno
de silencio, de sombra y de misterio.

Una tarde, en Mar del Plata, le inspira lo siguiente:

Bate el mar, blandamente, la escollera;
rojo se pone el sol; declina el día;
se levanta del Sur la brisa fría;
flota sobre el Torreón una bandera

La campana, que el Angelus tañera,
hace poco, en la iglesia de María,
pareció que tocaba la agonía
de la tarde muriendo en la ribera.

Las barcas arribaron a la playa
la luz se esfuma en la indecisa raya
del horizonte gris, azul y verde;

tiñe el cielo un reflejo de amapolas,
y una gaviota cruza, que se pierde,
en la cresta espumante de las olas.

De su poema "A orillas del mar" algunos de cuyos versos cité, al principio, entresaco estas descripciones:

La luz, jugando con las nubes, fragua
semblanzas de vestiglos y de endriagos,
mientras perduran sus reflejos vagos
en la serena vastedad del agua.

O dibuja castillos almenados
Que defienden guerreros escarlatas,
o desfila soberbias cabalgatas
por la amplitud de los etéreos prados.

. . . .

Los tules nacarados del ocaso
desflecan agitados por la brisa,
y a poco, en el crepúsculo ceniza
vuélvense fajas de cerúleo raso.
Alzan las olas su mugiente coro
y rítmicas avanzan a la playa;
tornasolándose, riela y desmaya
la vislumbre, en celeste, verde y oro.

. . . .

Y esta hermosa síntesis del Génesis:

Al principio eras tú, ¡oh mar fecundo!
cuando en tu superficie conmovida
flotaba el germen de la Eterna Vida
y el hábito de Dios formaba el Mundo.

En el crepúsculo creador, enorme,
primordial y genético yacías,
y la bíblica Obra de los Días
trabajaba tu vientre multiforme.

El curso milenario de las horas
toldaba noches y encendía auroras.
Lentamente emergían de tu seno

mudables y fangosos continentes,
y las primeras formas de vivientes
se desprendían del bullente cieno.

Ved estos dos sonetos: un paisaje de otoño y una vibración de primavera.

Ya el otoño, en el parque disminuído,
el verde de las frondas amortigua;
vierte la tarde gris su luz exigua
desde un cielo sin sol, empobrecido.

Este, que ha poco fué, roble tupido,
calvo levanta una silueta ambigua;
de efímeras grandezas atestigua
hoy, que no puede cobijar un nido.

Sopla la brisa, el bosque se estremece;
las hojas leves vuelan zizagueando
al capricho del viento que las mece,

y luego por el suelo van rodando,
hasta que secas, en su triste ocaso,
agonizan, crujiendo, a nuestro paso.

OCTUBRE

Hoy, el cielo profundo reverbera,
y la mañana azul, tibia y florida,
difunde la alegría de la vida
y entona la canción de primavera.

Gorgea mi calandria, prisionera
en su rústica jaula suspendida;
con un claro verdor, de savia henchida,
retoña, en mi balcón, la enredadera.

El aire, grávido de polen, vibra
y su mensaje fecundante libra;
bulle la fuerza que llamamos ciega

por ignorar su orientación sublime.
y la naturaleza hierve y gime,
como una hembra amorosa que se entrega.

Pero no sólo tiene Sánchez Sorondo poesías descriptivas. También canta al mundo interior y la ternura, la inquietud espiritual, o la observación de la comedia humana, le arrancan sentidos acentos. No sé si me excusará tales revelaciones, puramente literarias, por otra parte; pero los hombres de pluma somos inexorables.

Van estos ejemplos de sus distintas "maneras":

Un día, un colega se le queja de la tiranía del adjetivo. ¿Y por qué no lo suprime?, le insinúa... Indignación consiguiente del literato que sospecha, con algún fundamento, que se quieren reír de él. Y mi amigo no tuvo más remedio que demostrarle, prácticamente, que era posible hacer versos y muy buenos, sin ningún adjetivo. De ahí el siguiente soneto satírico, humana explicación de tanta verborrea versificadora.

Escribir cien sonetos pretendiera,
con perdón de tus manes, Padre Lope,
porque estoy de sonetos hasta el tope
y debo despejarme la mollera.

Tentaciones me brinda la carrera;
es menester que tal parada cope,
Poeta se declara cualquier zope,
ya que los versos se hacen como quiera.

El tema abunda, y más que abunda, daña;
lo sublime codea a la patraña,
y es regla que si acaso, el adjetivo

por consonancia, trague al sustantivo.
Pero ¡no importa! si de vate o loco
todos tenemos ¿no es verdad? un poco.

Admirador de Rubén Darío, le ha tributado su homenaje en catorce versos que establecen la filiación poética del gran maestro y la influencia que en su talento tuvieron las tres épocas líricas, por él renovadas, "en la tierra del sol":

A RUBEN DARIO

"Padre y maestro májico..."

Fuiste, a tu vez, el Mágico Maestro,
el Portalira místico, Panida...
y las Gracias sonrieron a la Vida,
cuando pulsaste, con amor, tu cestro.

En el puro cristal del Verbo, diestro
encerraste la rítmica Medida,
y la dulce Expresión, y la atrevida
Imagen de Belleza ¡oh Padre Nuestro!

El canto te arrulló de los aedas
que sabían de Cisnes y de Ledas,
y tu jardín secreto embalsamara

de la rosa latina la fragancia,
y en la tierra del sol, tierno brotara
el Lirio, que llevaste de la Francia.

He ahí otra cuerda. "Al margen del Romancero":

¡Heraldo! Emboca tu clarín sonoro,
y convertido en voz tu rudo aliento,
al bronce arranca su estridente acento
y espárcelo en vibrantes notas de oro.

Atención y llamada. Junta el coro
a la defensa de la Cruz atento;
¡que presto flote mi pendón al viento
y todos me rodead, que viene el Moro!

Su guarida abandona de Alpujarras
la campiña asolando y las aldeas,
ya son nuestras riquezas sus preseas,

y sangre de cristianos, las moharras
de sus lanzas gotean. ¡Odio y saña!
¡Adelante! ¡Santiago y cierra España!

El soneto que se leerá a continuación, data de su primera juventud.

QUIZAS

Si en vez de ser la vida senda oscura
que debemos seguir de hito en hito,
fuera el espacio abierto al infinito
de un ensueño de amor y de ventura.

Si en vez de obedecer nuestra cordura
al canón que los hombres han escrito,
rompiéramos el círculo maldito
que aprisiona el querer y lo tortura.

Si en vez de simular indiferencia
para aquietar tu tímida conciencia
clamase mi pasión con ansia loca,

quizás su ardiente soplo te abrazara
y sobre el rojo incendio de tu boca,
lo que hoy no puede ser, se realizara.

No puedo, ciertamente, transcribir todas las poesías de Sánchez Sorondo. Con las que yo le conozco, podría, fácilmente, formar un volumen nutrido. Pero me parece haber dicho lo suficiente para demostrar que tiene un vigoroso temperamento poético, que concluirá, lo espero, por quebrantar su reserva, llevándolo a lo que me parece ser su verdadero destino: un exquisito hombre de letras.

Y no resisto al deseo de haceros conocer estos versos, inspirados los primeros, en un crepúsculo serrano de otoño en Ascochinga:

En el paisaje violeta
la tarde, triste, suspira:
es que ya marchitos mira
sus encantos de coqueta,
en el paisaje violeta
cuando la fronda se aquieta,
cuando la luz se retira;
en el paisaje violeta
la tarde, triste, suspira.

La luna, tímida, asoma
su redondez amarilla
diseñando la capilla
sobre la desnuda loma;
la luna, tímida asoma
en el cielo que se emploma;
globo de azafrán que brilla,
la luna, tímida asoma
su redondez amarilla.

Sobre el riacho susurrante
tiende, blanco, el puente viejo
un acento circunflejo.
Fulgen chispas de diamante
sobre el riacho susurrante,
y tiene la onda cambiante
un irisado reflejo.
Sobre el riacho susurrante
hay un blanco puente viejo.

Se esfuma la sierra vaga
en el cercano horizonte;
su claridad en el monte
el cielo liláceo apaga;
se esfuma la sierra vaga,
pero el crepúsculo vaga,
sobre el Mogote bifronte.
Se esfuma la sierra vaga
en el cercano horizonte.

Y hay una tierna congoja
de indefinible dulzura,
en la lumbre que perdura
y el otoño que despoja;
hay una tierna congoja
en la flor que se deshoja
y en el agua que murmura;
hay una tierna congoja
de indefinible dulzura.

Suave tarde, evocadora,
de misterio y de poesía:
tu declinante armonía
place a mi alma soñadora;
suave, tarde, evocadora
paz del día y de la hora
¡lánguida melancolía
de la tarde, evocadora
de misterio y poesía!

LA HORA EN QUE...

La brisa leve, que al pasar murmura
un coloquio secreto en la espesura
del bosque, trémulo de amor,
y poniendo una nota en cada hoja
lo concierta, en suavísima congoja,
con el cantar del ruiseñor.

El vaho de los campos, en reposo,
que esparce en su proceso misterioso
la gestación primaveral,
y perfuma y embriaga, como el vino,
y nos infunde, como un mal divino,
el fecundante ardor vital.

El sol, que como un cirio pálido arde
en el confín del cielo y de la tarde,
lánguido y próximo a expirar,
y tamiza su luz de azul violeta,
mientras desciende en la penumbra quieta
la dulce paz crepuscular.

Y hasta aquella ligera golondrinaa
que ha cruzado la atmósfera opalina
y entre las sombras se perdió;
la que emprendiera su animoso viaje
buscando el tibio arrimo del follaje,
el tibio arrimo que dejó.

Son ecos de la voz del Universo
que en su lenguaje místico y diverso
entona un himno a su Creador.
¡Escúchala! y en tanto que mi acento
acompañe la gloria del momento
y diga el triunfo de mi amor.

Oh momento inefable. Yo quisiera
fijar un punto su fugaz carrera,
omnipotente como Dios,
y sentir, otra vez, en cada fibra,
el hondo choque de pasión que vibra
y se desliza entre los dos.

Con todo, Sánchez Sorondo no publicará nunca sus versos. Porque es un decepcionado congénito, que siente hondamente la fragilidad, la inutilidad, la vanidad del esfuerzo humano "bajo el sol". Así nos lo confiesa, sin quererlo, en su "Melancolía":

Reposo ven; no importa el nombre que te (nombra
con tal de que me traigas la dicha de no ser;
con tal de que perdido en tu calmante sombra
olvide hasta la dulce fatiga de querer.

Vivir ¿para qué sirve? Silencio, tedio, hastío
son los saldos constantes de la felicidad;
el eco del pasado retumba en el vacío,
y entre palabras huecas cruza la Humanidad.

Ensueños y esperanzas, alada poesía,
gloria de capitanes, gritos de la jauría,
torturas de la mente, falacia del amor;

notas de un canto efímero que muere con el (día,
el estertor idéntico de mísera agonía
vuestra derrota o triunfo nivela en el dolor.

Y declaro, honestamente, que he violado un secreto de amistad.

Jean PAUL.

F. F. C. C. del Estado

Jujuy



Portada de la Iglesia Matriz

Nómina de expositores hasta el 15 de Febrero, entregada por la Oficina Oficial de Propaganda de la Feria Británica

Acton y Borman Ltd.

Agar Cross y Co. Ltd.
- Ailsa Craig y Co. Ltd.
- Associated Equipment Co. Ltd.
- Atlas Metal y Alloys Co. Ltd.
- Dick R. y J. Ltd.
- Evans, Joseph y Sons Ltd.
- Express Lift Co. Ltd.
- Fair Walter D. y Co Ltd.
- Heenan y Froude
- Lane y Girvan
- Leng C. H. y Sons.
- Ransome y Marles Bearnig Co. Ltd.
- Raleigh Cycle Co. Ltd.
- Reddaway F. y Co. Ltd.
- Ruston y Hornsby Ltd.
- Scott Motor Cycle Co. Ltd.
- Stevens A. J. y Co., (1914) Ltd.
- Thompson John, Empresas Asociadas.
- Trewhella Bros., Pty .Ltd.
- Universal Grinding Wheel Co Ltd.
- Vactric Electrical Engineers Ltd.
- Vincents H. R. D. Co. Ltd.
- White Cross Co. Ltd.
- Wilhinson, Heywood y Clarck

Agricultural y General Engineers Ltd.
- Avenling y Porter Ltd.
- Banford y Perkins
- Bental E. H. y Co., Ltd.
- Blackstone y Co.
- Bull Motors Ltd.
- Burrell Chas. y Sons
- Clarks Crank y Forge Co. Ltd.
- Davey, Paxman y Co.
- Garrett Richard y Sons
- Howad Jas. y Fredk Ltd.
- Knapp L. R. y Co.
- Peter Brotherhood Ltd.
- Turner E. R. y F.

Albion Motors

Anderson Levanti y Co.
- Bayliss, Jones y Bayliss Ltd.
- B. S. A. Cycles Ltd.
- B. S. A. Guns Ltd.
- B. S. A. Tools Ltd.
- Colthurst y Harding Ltd.
- Craven Bros. (Manchester) Ltd.
- Davies y Metcalfe Ltd.
- Davison Chas. y Co., Ltd.
- Ferodo Ltd.
- Filtrators Ltd.
- Fleming, Birkby y Goodall Ltd.
- Globe Pneumatic Engineering Co.
- Jessop Wm. y Sons Ltd.
- Morgan Crucible Co. Ltd.
- Mulcott Belting Co. Ltd.
- Pearn Frank y Co. Ltd.
- Phosphor Bronze Co. Ltd.
- Saville J. J. y Co. Ltd.
- Wright's Ropes Ltd.
- Kearns y Co. Ltd.

Anderson Paterson y Co.
- Murrex Welding Processes Ltd.
- Hadfields Ltd.
- Norrington y Landon Ltd.
- Ross Patents Ltd.

Anderson Wm. y Co., Ltd.

Anglo Argentine General Electric Co. Ltd.
- Birmingham Carbon Works
- Chamberlian y Hookham Ltd.
- Fraser y Chalmers Engineering Works.
- M. O. Valve Co. Ltd.
- Oriental Tube Co. Ltd.
- Salford Electrical Instruments Ltd.
- Siemens y General Electric Railway Signalling Co. Ltd.
- Steel Conduit Co. Ltd.

Anglo South American Banks Ltd.

Atkinson J. y E. Ltd.

Armstrong Whitworth

Armstrong Siddeley Motors Ltd..

Atlantis Ltd.
- Colman J. y J. Ltd.
- Reckitt y Sons Ltd.

Atorrasagasti, Bargues, Piazza y Cía.
- Blyth y Platt Ltd.
- Miner Rubber Co. Ltd.

Arning y Co. Ltd.

Austin Motor Car Co. Ltd.

Babcock y Wilcox Ltd.

Baker Perkins Ltd.

Balfour Arthur y Co. Ltd.

Banham J. y Sons
- Brooke J. W. y Co.
- Merryweather y Sons Ltd.

Barclay y Co.

Barnett y Foster

Bratby y Hinchliffe Ltd.

Bash Adolfo y Co.
- Chubb y Sons Lock y Safe Co. Ltd.

Battersby Hats

British Electrical y Allied Manufactures Assn. Inc.
- Beldam Packinc y Rubber Co. Ltd.

Bell Vivian N.
- Eagle Engineering Co. Ltd.

Bessler Waechter y Co.
- Asbestos Cement Biulding Products Ltd.
- Brothers Chemical Co. Ltd.
- Ford T. B. Ltd.
- Fuller Earth Unión Ltd.
- Haig Johin y Co. Ltd.
- Kemball Bishop y Co. Ltd.
- Midland Expanded Metal Co. Ltd.
- Rolls Razor Ltd.
- Seager, Evans y Co. Ltd.

Birmingham Railway Carriage y Wagon Co. Ltd.

Bloomfield Walter
- Lincoln Bennett y Co. Ltd.
- Munro y Co. Ltd.

Blue Star Line

Botti y Saporiti
- Bush W. J. y Co. Ltd.
- Potter y Moore Ltd.

Bowes John, y Partners Ltd.
- (Marley Hill Chemical Co. Ltd.)

British Government
- Aircraft Operating Co. Ltd.
- British Govt (Contd)
- British Aeroplane Co. Ltd.
- De Haviland Aircraft Co. Ltd.
- Palmer Tyre Co. Ltd.
- Roe A. V. y Co. Ltd.
- Rolls Royce Ltd.
- Smith y Sons (Motors Accehories Ltd.
- Vickers Ltd.
- Wakefield C. C. y Co. Ltd.

Bredius J. P.
- The Patent Lighting Co Ltd.

Bridger A. G. y Co.
- Allester David Lad.
- Brunning F. H. Pty. Ttd.
- Olle Robert y Co. Ltd.
- Paterson A. S. y Co. Ltd.
- Starke C. y Co. Ltd.

Brittain S. S. y Co.

British Structural Steel Co.
- Brown John y Co. Ltd.
- Dampney J. y Co. Ltd.
- Dorman, Long y Co. Ltd.
- Firth Thos. y Cons Ltd.
- Gibson Arthuer y Co. Ltd.
- Gibbons James Ltd.
- Hollow Steel Floor Co. Ltd.
- Whessoe Foundry y Engineering Co.

British Supply Co.
- Ellams Duplicator Co. Ltd.

Bru Félix M.
- Curran Edward y Co. Ltd.
- Fielding S. y Co. Ltd.
- Grindley W. H. y Co. Ltd.

Buchanan Bros. y Milne
- Reducine Co., The.

Buxton Guilayn y Co. Ltd.
- Evershed y Vignoles Ltd.
- Mirrlees Bickerton y Day Ltd.
- Strean Line Filter Co. Ltd.

Calvet y Cía.
- Sandersom Wm. y Son Ltd.

Calvete J. Ltd.

Canadian Government
- Acadia Gass Engines Ltd.
- Beaver Laundry Machine Co. Ltd.
- Belting, Corticelli Ltd.
- Brantford Cordage Co. Ltd.
- Brantford Oven y Rack Co. Ltd.
- Brinton-Peterborougs Carpet Co. Ltd.
- Canada Cycle y Motor Co.
- Canadian Industries Ltd.
- Canadian National Railways
- Canadian Pacific Railway
- Canadian Shovel y Tool Co.
- Canadian Silver Fox Breeding Assn
- Canada Slicer Corporation.
- Cockshutt Plow Co. Ltd.
- Department of Agriculture Ottawa.
- Department of Agriculture Victoria.
- Dominion Oilcloth y Linoleum Co.
- Frost y Wood Co. Ltd.
- General Steel Wares Ltd.
- Gest G. M. Ltd.
- Gutta Percha y Rubber Ltd.
- Canadian Govt (Contd.)
- Gypsum, Lime y Alabastine, Canada, Ltd.
- Harding Carpets Ltd.
- Hrt Batery Co. Ltd.
- International Fibre Board Ltd.
- International Harvester Co.
- Jenkins Bros. Ltd.
- London Concrete Machinery Co. Ltd.
- Massey-Harris y Co. Ltd.
- Miner Rubber Co. Ltd.
- Moffatts Ltd.
- National Art Gallary.
- Newell Manufacturing Co. Ltd.
- Pemans Ltd.
- Preston-Noelting Ltd.
- Price Bros., Sales Corporation
- Royal Bank of Canada
- Ruddy Manufacturing Co. Ltd.
- Sawyer-Massey Ltd.
- Slingsby Manufacturing Co. Ltd.
- Steel Equipment Co. Ltd.
- Sun Life Assurance Co. Ltd.
- Tudhope Metal Specialities
- Universal Knitting Co. Ltd.
- Universities of Canada
- Walter John y Sons Ltd.
- Waterous Ltd.
- World's Grain Exhibition y Conference.

Carlisle R.

Casa Gesell
- Marmet Ltd.

Casa Tow

Cement Marekting Co. (Associated Portland Cement Manufacturers)

Chialva y Cía.
- Baker Chas y Sons (Papermakers) Ltd
- Birmingham Products Ltd.

Chilprufe Manufacturing Co.

Cía. Argentina de Navegación

Chantrill y Co. B. R.
- Brown Bayley's Steel Works Ltd.
- English Tools Ltd.
- Hill Richardd y Co. Ltd.
- Twyfords Ltd.
- Wota Ltd.

Cherry-Downes H. A. D.
- Aerogen Co. Ltd.
- Associated British Maltsters Ltd.
- Atlantic Engine Co.
- Clear Hooters Ltd.
- Dunford y Elliott Ltd.
- Gent y Co. Ltd.
- Hyland Ltd.
- Power House Components Ltd.
- Villiers Engineering Co. Ltd.

Cía. Anglo Franco Argentina
- Andrews y Co.
- Harvey G. E. y Co.
- Jardine Johnn Ltd.
- Withhers Samuel y Co.
- Warwicks Time Stamp Co.

Cía. Argentina de Motores "Petter"

Cía. de Tranvías Anglo Argentina Ltda.

Cía. Nacional de Tabacos
- Ardath Tobacco Co.
- Maspero Freres Ttd.
- Molins Machine Co. Ltd.
- Cía. Nacional de Tabacos (Contd.)
- Player John y Sons
- Smith F. y J.
- Wills, W. D. y H. O.

Clifton's Chocolates

Colson Brookhouse y Pyne Ltd.
- British Insulated Cables

Commer Cars Ltd.

Cook Thos y Sons Ltd.

Cooper William y Nephews Ltd.
- Cooper McDougall y Robertson

Cooper Bros
- Sanderson Bros. y Newbculd Ltd.

Cowes y Co. (Ex Cowes y Bryans)
- Ayres F. H. Ltd.
- Bryant Robert Ltd.
- Derwent Mills Ltd.
- Field F. W. y Sons Ltd.
- Holliday y Brown Ltd.

Crabtree R. W. y Sons Ltd.

Crosse y Blackwell Ltd.

Crossley Brothers Ltd.

Curt Berger y Co.
- Mann George y Co. Ltd.

Daly E. P. y Co.
- Bovril Ltd.
- Machen G. y Hudson Ltd.
- Virol Ltd.
- Wolker John y Sons
- Webb J. y Sons Ltd.

Daimler Co. Ltd.

Dalziel F. H.
- Pegler Bros. Ltd.

Davies Automatic Machines

Dennis Motors

Decca Record Co. Ltd.

De Haviland Aircraft Co. Ltd.

Dickinson John y Co. Ltd.
- Autotype Co. Ltd.
- British Vegetable Parchment Co.
- Fyr's Metal Foundries Ltd.
- Hodder y Stoughton Ltd.
- Imperial Dry Plate Co. Ltd.
- Lang Pen Co. Ltd.
- Saunderson A. y Sons Ltd.
- Victor Composition Co. Ltd.
- Waddington John Ltd.

Diggs Wilfred y Co.
- Allen y Hanbury Ltd.
- Boake Roberts y Co.
- Bronwn y Polson Ltd.
- Cerebos Ltd.
- Everatt y Co.
- Goodall Backhouse y Co.
- Macfarlane Lang y Co. Ltd.
- Mazawattee Tea Co. Ltd.
- Morton C. y E. Ltd.
- Pascall James Ltd.
- Rose L. y Co. Ltd.
- Tate y Lyle Ltd.
- White Horse Distillers Ltd.
- Young Edwuard y Co. Ltd.

Donaldson J. y A.
- Aston y Co. Ltd.
- Bell Bros. Ttd.
- Blackman Export Co., Ltd.
- Broadbent Thos. y Sons Ltd.
- Cambridge Instrument Co. Ltd.
- Clyde Oil Fuel System Ltd.
- Drysdale y Co. Ltd.
- Hurll, Peter y Mark Ltd.

Donaldson J. y A. (Contd)
- Klinger Richard Ltd.
- Trist Ronald y Co., Ltd.
- Weir G. y J. Ltd.

Dorman y Co. Ltd.

Drapers Record y Men's Wear

Drysdale Juan y José y Cía.
- Alexander Ferguson y Co. Ltd.
- Clayton y Shuttleworth Ltd.
- Hunt R. y Co. Ltd.
- Marshall Sons y Co. Ltd.
- Smith y Welletood Ltd.

Dunlop Pneumatic Tyre Co.

Dusseldorp Simón
- Perry y Co. Ltd.

Eddelein A. y Co.
- Ingram J. G. y Son Ltd.

Enfield Cycle Co. Ltd.
- "The Engineer"
- "The Chemist y Druggist"
- "The Ironmonger"

Ertola J. B.
- Lawson Wm. y Sons Lad.
- Menno Compressed Air Greasecup Co. Ltd.
- Newalls Insulation Co. Ltd.
- Newman, Hender y Co. Ltd.
- Turner Brothers Asbestos Co. Ltd.

Establecimiento Argentina de Bovril Ltda.

Evans Thornton y Co.
- Associated British Machine Tool Makersn Ltd.
- Bellis y Morcom Ltd.
- Beresford, James y Son Ttd.
- Beyer, Peacock y Co. Ltd.
- British Steel Piling Co. Ttd.
- Chance Bros., y Co. Ltd.
- Cochran y Co. (Anan) Ltd.
- Consolidated Pneumatic Tool Co. Ltd.
- Damp Proofing Ltd.
- Docker Brothers.
- Drewry Car Co. Ltd.
- Edgar Allen y Co. Ltd.
- Lighhtalloys Ltd.
- Lister R. A. y Co Ltd.
- Metropolitan Cammell Carriage Wagon y Finance Co. Ltd.
- Murray Wilson y Co.
- Exors of James Mills Ltd.
- Elliott Bros., (London) Ltd.
- English Electric Co. Ltd.
- Expanded Metal Co. Ltd.
- Grafton y Co. Ltd.
- Holmes J. H. y Co. Ltd.
- Railway Signal Co.
- Ransomes y Rapier Ltd.
- Reyrolle A. y Co. Ltd.
- Siemens Bros., y Co. Ltd.
- Stone J. y Co. Ltd.
- Stockton Heath Forge Ltd.
- Superheater Company Ltd.
- Tangyes Ltd.
- Taylor Bros., Ltd.
- Thames Board Mills Ltd.
- Wakefield C. C. y Co Ltd.
- Westinghouse Brake y Saxby Signal Co.

Ferrocarriles
- F. C. Buenos Aires Great Southern.
- F. C. Central Argentine.
- Ferrocarriles (Contd).
- Buenos Aires and Pacific.
- Buenos Aires Western
- Entre Ríos.
- Argentine North Eastern
- Córdoba Central.

Fergurson Brothers Ltd.

Festiniog Slate Quarries Association
Foster M. B. y Sons Ltd.
Foster John y Son Ltd.
Chas D. Fowler y Co.
Bromsgrove Guild Ltd.
Cooper Wettern y Co. Ltd.
Hope Henry y Sons Ltd.
Leggott W. y R. Ltd.
Safety Tread Syndicate Ltd.
Franklin Herrera Ltd.
Woodward James Ltd.
Furmoto Chemical Co. Limited
Furniture Industries Ltd
Gomme E.
Goodearl Bros. Ltd.
Goldsmiths y Silversmiths Co. Ltd.
Green E. y Sons Ltd.
Gourock Ropework Export Co. Ltd.
Greig J. Mc Gavin
Imperial Patent Wadding Co. Ltd.
Interoven Stove Co. Ltd.
Kaye Joseph y Sons Ltd.
MacLean E. W. y Co. Ltd.
Meta Filters Ltd.
Pollard y Co. (Bearings) Ltd.
Wade A. J. y Co. Ltd.
Grant Percy y Co. Ltd.
Bamber Chas. K.
British Dardelet Threadlock Co. Ltd.
British Oxygen Co. Ltd.
British Power Railway Signal Co. Ltd.
British Separators Ltd.
Consolidated Brake y Engineering Co. Ltd.
Eyre Smelting Co. Ltd.
Fodens Ltd.
Graham y Normanton
Greenwood y Batley Ltd.
Ham Baker y Co. Ltd.
Hulburd Patents Ltd.
Loudon Bros., Ltd.
Mead McLean y Co. Ltd.
Peters G. D. y Co. Ltd.
Pritchett y Gold y E. P. S. Co. Ltd.
Reavell y Co. Ltd.
Ross R. G. y Sons Ltd.
Epencer Moulton y Co. Ltd. George.
White Thos. y Sons Ltd.
Wickham y Co. Ltd.
Goodlass Wall y Co.
A. Grimaldi S. A.
Watts E. R. y Son Ltd.
Grindley W. H. y Co. Ltd.
Guy Motors Ltd.
Haig L.
Hampton C. y J. Ltd.
Chesterman James y Co. Ltd.
Crownshaw Chapman y Co. Ltd.
Hattersley y Davidson Ltd.
Neill James y Co. Ltd.
Skelton C. T. y Co. Ltd.
Harwood R. y Son Ltd.
Henley's W. T. Telegrafh Works Co. Ltd.
Herbert Alfred Ltd.
Berry Henry y Co. Ltd.
British Metallic Packing Co. Ltd.
Cowans, Sheldon y Co. Ltd.
Dean, Smith y Grace Ltd.
Kearns y Co. Ltd.
Monk Bridge Iron y Steel Co. Ltd.
Osborne S. y Co. Ltd.
Turton, Geo. Platts y Co. Ltd.
Vulcan Foundry Ltd.
Webster y Bennett Ltd.
Heriot V. y Co.
National Time Recording Co.
Elliott F. W. Ltd.
Hills y Hills Ltd.
Grant T. y Sons.
Lawson y Raphael.
Mason George y Co. Ltd.
Senior J. H. y Co. Ltd.
Terry Joseph y Sons Ltd.
Hogg David y Cía.
Benson Wm. y Sons Ltd.
Bruntons Ltd.
Herbert Morris Ltd.
Higg Motors.
Parkinson J. y Sons
Sudlow y Sons Ltd.
Tullis John y Sons.
United Flexible Metallic Tubing Co. Ltd.
Walker James y Co.
Holland y Holland Ltd.
Holophane Ltd.
Holman Bros. Ltd.
Howard y Co.
Beresford y Hicks
Bourne Joseph y Son Ltd.
Jaeger Co. Ltd. The
Hornby H. B. y Co. Ltd.
Howard y Bullough
Humber Cars Ltd.
Hussey y Cía.
Pears A. y F. Ltd.
Ibáñez Arsacio
Garrington y Sons Ltd.
Guest Keen y Nettlefolds Ltd.
Sankey Joseph y Sons Ltd.
Imperial Chemical Industries
Ingouville y Co.
Anti-Atrition Metal Co.
Sankey J. R. y Son.

Small y Parkes Ltd.
The Ferrox Co. Ltd.
Jarrett Rainsford y Laughton
Johnston Gmo. y Co.
McDougall y Robertson
Té Tigre.
Johnson Bros. (Hanley) Ltd.
Knight E. C. e Hijo
Lander y Larsson Ltd.
Bevingtons y Sons
Briggs Walter Ltd.
Chambers y Baker
Davidson George y Co.
Dewsbury John y Son Ltd.
Drake F. y Co.
Edwuards y Son.
Goddard E.
Green T. G. y Co. Ltd.
Haykard D. Ltd.
Jeffries H. y Sons Ltd.
Kirby Beard y Co. Ltd.
Soudlow R. y Sons Ltd.
McKinstry F.
Nettlefold y Sons Ltd.
Parker, Wakeling y Co. Ltd.
Power D. y Sons Ltd .
Nettlefold y Sons Ltd.
Langton H. S.
Lawton C. F. F.
Bergius Co. Ltd.
Bray Arthur Ltd.
La Plata Reel Cotton Co. Ltd.
Clark y Co. Ltd.
Coats J. y P. Ltd.
Milward H. y Sons Ltd.
Richards C. A. Ltd.
Linguaphone Institute The
Linotype Machinery Ltd.
Leyland Motors Ltd.
Little Fison y Ratcliffe Ltd.
— Andeson y Son Ltd.
Fison, Pachard y Prentice Ltd.
Morris Little y Son Ltd.
Sozol (1924) Ltd.
Lobnitz y Co. Ltd.
Lockwood y Co.
Chad Valley Co. Ltd.
Lawes Chemical Co.
Metal Box y Printing Industries Ltd.
Patent Enamel Co.
Sugden W. H. y Co. Ltd.
24 Hour Signs Ltd.
United Water Softeners Ltd.
Osborne Chas, y Co. Ltd.
López Taibo R.
Cook Fredk. Ltd.
Lucas Joseph Ltd.
Lutz Ferrando y Co.
Cooke Troughton y Sims Ltd.
Lysaght John Ltd.
Macadam J. F. y Co.
Dean's Rag Book Co. Ltd.
Dewar John y Sons Ltd.
Diamond Tea
Hobbies Ltd.
Jacob W. R. y Co. Ltd.
Lines Bros. Ltd.
Mansell Hunt Catty y Co.
Meccano Ltd.
Ross W. A. y Sons Ltd.
Seager Evans y Co. Ltd.
Siegert Dr. J. B. G. y Sons
Maciver Line
Macintosh Chas. y Co. Ltd.
Bates W. A. Ltd.
Campbell Achnacn y Co.
Dela Rubber Co. Ltd.
Macinlop Ltd.
Mackern y Cía.
Maddock y Sons Ltd.
Marshall Sons y Co.
Mappin y Webb
Marsh Bros. y Co. Ltd.
Massalin y Celasco
Mather y Platt Ltd.
Mathieson Alexander y Sons Ltd
Mayhofer y Co. Ltd.
Storey Bros., y Co. Ltd.
Mercer T. y F.
Mestre y Blatge
Triumph Cycle Co. Ltd.
Meyer Alfred
Wolsey Ltd.
Meakin J. y G. Ltd.
Mintons Ltd.
Mitians Colombo y Cía.
Hill R. y J. Ltd.
Mole F. W.
Philip George y Son Ltd.
Harper y Co. Ltd.
Setten y Durward Ltd.
Stephens H. C. Ltd.
Winterbottom Brok Cloth Co.
Winsor y Newton Ltd.
Wyvern Fountain Pen Co.
Moore, Eady y Murcott Goode Ltd.
Morland y Impey Ltd.
Morris Motors
Murray Lea y Co.
Cope y Timmins (London 1911)
East, Kinsey, y East, Ltd.
Meredith-Jones y Sons Ltd.
Garnar James y Sons
Richardson E. y S. Ltd.
Yardley y Co. Ltd.
National Gas Engine Co. Ltd.
Nelson H. y W. Ltd.
Norris Henty y Gardner Ltd.
North British Rubber Co.

National Union of Manufacturers
Birmingham Products Ltd.
Brooke Tool Manufacturing Co. Ltd.
Bulpitt y Sons Ltd.
Coventry Gauge y Tool Co. Ltd.
Earle, Bourne y Co. Ltd.
Edwards Wm. y Son
Gittings y Hills Ltd.
Gledhill G. H. y Sons Ltd.
Haywards Ltd.
Hornby Henry y Co. Ltd.
Kersons Manufacturing Co. Ltd.
Lacks Ltd.
Lusty y Sons
Nickeloid Electrotype Co. Ltd.
Pearson E. J. y Son Ltd.
Rippingilles Aibion Lamp Co. Ltd.
Stevens Ernest Ltd.
Wheway Job y Son Ltd.
Sheffield Steel Products Ltd.
O Grady y Co.
Pearson Wm. Ltd.
Oldham y Son Ltd.
Ortweiler S.
Otis Elevators
Otis-Fenson Ltd.
Waygood-Otis Ltd.
Owen Bros
Palmer Tyre Co. Ltd.
Parsons C. A. y Co. Ltd.
Pearce G. E.
Cadbury Bros. Ltd.
Chivers y Sons Ltd.
Fry J. S. y Sons Ltd.
Smith Tom. y Co. Ltd.
Pena Pedro
Dunhill Alfred Ltd.
Sandorides W. y Co. Ltd.
Savory H. L. y Co .Ltd.
Teofani y Co. Ltd.
Pendle y Rivett Ltd.
Perea Federico
Perez Pardo R.
Carlisles Ltd.
Periodical Trade Press y Weekly Newsparer Proprietors Assn.
Petter H. M.
Goddard J. y Sons
Peuser Jacobo S. A.
Imperial Typewriter Co. Ltd.
Piehl y Bocci m
White Cross Co. Ltd.
Phillips P. I.
Pierce y Co.
Brooke Bond y Co. Ltd.
Tanqueray Gordon y Co. Ltd.
Pilkington Brothers Ltd.
Plaut H.
Greener W. W. Ltd.
Leicester Rubber Co. Ltd.
Peace Harold y Co. Ltd.
Steel Nut y Joseph Hampton Ltd.
Port Of London Authority
Portway Chas y Sons Ltd.
Primitiva Gas Co.
Ewart y Son Ltd.
Forth y Clyde y Sunnyside Iron Companies Ltd.
Parkinson Gas Stove Vo.
Richmond Gas Stove Co.
Portway Chas. y Sons Ltd.
Prince Line (Houlder Bros)
Furness Prince Line
Houlder Bros. y Co. Ltd.
Praden A. G. y Co.
Allen W. H. y Sons Ltd.
Bamfords Ltd.
Beardmore Wm. y Co. Ltd.
Blackstone y Co. Ltd.
Boulton y Paul Ltd.
Carrimore Six-Wheeelers Ltd.
Christy y Norris Ltd.
Green Tromas y Sons Ltd.
Hall J. E. Ltd.
Hayward Tyler y Co.
Ironside y Co. Ltd.
Leyland Motors Ltd.
Moffatt-Virtue Ltd.
National Gas Engine Co. Ltd.
Parsons Oil Engine Co. Ltd.
Richmond y Chandler Ltd.
Spratts Patents Ltd.
Wells y Co. Ltd.
White J. S. y Co. Ltd.
Radford A. C.
Berger, Lewis y Co. Ltd.
Rae J. A. y Cía.
Alldays y Onions Ltd.
Avamore Engineering Co. Ltd.
Crompton Parkinson Ltd.
Drayton Regulator y Instrument Co. Ltd.
Green W. y Co4 Ltd. (Ecclesfield)
Hartley y Sugden Ltd.
Holden y Brooke Ltd.
Kent George Ltd.
Kermodes Ltd.
Rotoplunge Pump Co. Ltd.
Stott James y Co.
Wes, Ernest y Beynon Ltd.
Rafuls y Co.
Burrell y Co. Ltd.
Ransomes Sims y Jefferies Ltd.
Rawlplug Co. Ltd.
Richardson Chas C.
Berk F. W. y Co. Ltd.
Dalmas y Co. Ltd.
Gem Dry Plate Co. Ltd.
Glaxo
Hirst Brooke y Hirst Ltd.
Richardson Westgarth y Co. Ltd.
Roberts y Johansen
Baynes Chas. Ltd.

Fletchher y Miller Ltd.
Jones y Shipman Ltd.
Norris S. E. y Co. Ltd.
Osborne y Co. Ltd.
Pratt y Co. Ltd.
Smith, Barker y Willson Ltd.
Smiths Engineering Company
Swindens Patents Ltd.
Taylor y Hubbard Ltd.
Pittin Ltd.
Robb Henry
Robertson John y Son Ltd.
Roditi D. y Sons Ltd.
Ballymena Manufacturing Co.
Betjemann G. y Sons Ltd.
Burgess, Ledward y Co. Ltd.
Flint A. W. y Co.
Hilhouse y Co.
Kilpindie
Leathercraft of Malcern.
Peake W. O.
Tiptaft Ltd.
West End Silk Co. Ltd.
Roneo Ltd.
Jones, Percy (Twinlock) Ltd.
Rootes Ltd.
Commer Cars,
Hillman Cars
Humber Cars.
Rose Brothers Ltd.
Ross J. C. y Co.
Gibson Wm. y Co. Ltd.
Holland y Sherry Ltd.
Slazengers Ltd.
Royal Mail Steam Pocket Co.
Sociedad Argentina de Importación
Pillischer J. Ltd.
Sage y Co. Fredk Ltd. (S.A.)
Sanderson Bros y Newbould
Sayek E. S. Ltd.
Scammell Lorries Ltd.
Secretan y Co. Ltd. Alex.
Braithwaite y Co. Ltd.
Doulton y Co. Ltd.
Fowler John y Co., (Leeds) Ltd.
Hawthorn Leslie y Co. Ltd.
Hulse y Co. Ltd.
Johnson y Phhillips Ltd.
Staveley Coal y Iron Co. Ltd.
Shell Mex Argentina Ltd.
Siebe Gorman y Co. Ltd.
Simms Motor Units Ltd.
Lordge Plugs Ltd.
Singer y Co. Ltd.
Sissons Bros y Co. Ltd.
Sorenson F. A.
Findlater, Mackie, Todd y Co. Ltd.
Slingsby H. C.
Stewart y Seally
Rathbone John y Sons Ltd.
Stein John G. y Co. Ltd.
Storm Pedro y Co.
Lister R. A. y Co. Ltd.
Stratton y Co.
Sturtevant Engineering Co. Ltd.
Igranic Electric Co.
Sterne L. y Co. Ltd.
Summer Permain y Co. Ltd.
Cox, Ritchbie y Co.
Lawson, Wilson y Co. Ltd.
Macdonal Greenless Ltd.
Schweppes Ltd.
Tanqueray Chas y Co.
Younger y Co. Ltd. Wm.
Sutton y Sons Ltd.
Sweetinburgh y Co. Ltd.
Tailhade y Co.
Taylor y Sons Thos. (Barnsley) Ltd.
The Brighton
Barnard Walter y Sons
Briggs y Sons
Floris J.
Lock James y Co. Ltd.
Thornycroft y Co. (Argentina)
The Eagle Engineering Co. Ltd.
Tungstone Accumulator Co. Ltd.
Turner Wm. y Bros
United Steel Companies Limited
Universal Postal Frankers Ltd.
Vacuum Brake Co. Ltd.
Gresham y Craven Ltd.
Heatley-Gresham Engineering Co. Ltd.
Veneziano Alex.
Harris Sheldon Ltd.
Vauxhall Motors Ltd.
Vislok Ltd.
Vulcan Foundry Ltr.
Vulcan Motor y Engineering Co. Ltd.
Walker Bros Ltd.
Té Sol
Walpamur Co. Ltd. The
Webb Thos y Sons
Edinburgh y Leith y Flint Glass Works.
Welsh Associated Collieries
Welsh Plate y Sheet Manufacturers
Western Telegrafh Co.
Williamson James y Sons
Wood y Sons Ltd.
Zeal G. H. Ltd.

Pasad ... Pasad ...

Continuación de la pág. 8

cómodos, y en mi bodega había vinos de marca... ¿Cómo explica usted, dadas estas circunstancias, que todo el mundo huyera de mí?... Para concluir le diré que algún tiempo después tuve que hacer un viaje a Río de Janeiro, se lo participé por carta a mis amigos saludándoles y despidiéndome de ellos, y cuando llegué a la estación tuve la pena de comprobar que nadie... ¿oye usted bien?... ¡nadie!.... había ido a decirme adiós.

La sinceridad con que mi colocutor se dolía de su incomunicación, me interesó. ¿Por qué las gentes parecían esquivar el trato de un hombre que habitaba en casa espaciosa y confortable y era simpático, y se desvivía por dar bien de comer a sus invitados? ¿A qué causas arcanas atribuir aquel retraimiento? ¿Qué misterio había allí?

De pronto comprendí: la razón, bañada en luz meridiana, aparecía a mis ojos.

—¿Cuántos años hace que vive usted en Quito? — pregunté a Loretti.

—Once años.

—¡Once años! — repetí. — Entonces, ¿de qué se extraña usted?... Lo extraordinario, lo asombroso y sin precedentes, sería tener amigos en una ciudad donde se ha permanecido tanto tiempo. Yo estoy rodeado de amigos porque llegué hace pocos días, y todavía no han podido cansarse de mí, y saben que me marcho pronto. ¡Pero la situación de usted es otra! ¡Once años!... ¿Usted cree que los hombres aciertan a fabricar amistades de tanta duración? No: ni las hay, ni las hubo; y lo demuestra el que Orestes y Pilades, por el mero hecho de ser amigos, hayan conquistado la posteridad.

Continué desarrollando mi teoría, y cuando Jarbas Loretti, se marchó, comprendí que iba consolado. De esto hemos vuelto a hablar ahora.

—¡Qué razón tenía usted! — exclamó; — últimamente, al salir de Buenos Aires donde apenas había permanecido dos semanas, más de cincuenta personas fueron a despedirme al muelle, y todas estaban conmovidas...

Y he aquí una prueba más de que en "el arte de irse" reside un noventa por ciento, cuando menos, de la buena impresión que podemos dejar detrás de nosotros.

Como sobre los escenarios de la farándula, en el teatro de la vida conviene "saber aparecer" y más aún, "saber marcharse". En el campo de las investigaciones científicas se debe rebuscar, perseverar, insistir sin darle al misterio cuartel; un sabio puede permanecer veinte años asomado a su microscopio buscando la contestación a una pregunta; la ciencia necesita ahondar; en el sabio, el genio se confunde con la voluntad. Pero en la frívola existencia social, en esa vida epidérmica hecha de frases amables, de apretones de manos, de tarjetas de invitación, de pequeños negocios... es indispensable resbalar, patinar, deslizarse, si no queremos pecar de aburridos. El alma de la vida universal es el Tiempo, como el alma de la oración gramatical es el verbo. Así en nuestra vida: "fuí, soy, seré..." repetimos; y caminamos sin detenernos jamás, ni aún en la muerte, porque allí donde se muere, allí se renace. La vida es una conjugación.

¡Pasad... pasad! Acostumbraos a iros antes de agotar el misterio que late en vosotros; marchaos sin haber dicho el último donaire, sin haber gastado la última gallardía, sin haber descubierto vuestros secretos más hondos. De no acertar a marcharnos en la hora justa, preferible será siempre retirarnos un poco antes que no un poco después; porque en el primer caso, a los que anduvieron a nuestro alrededor les quedará la pena de vernos partir demasiado pronto; y en el segundo, el empacho de una convivencia demasiado larga.

No insistamos, no queramos convertir en surco la frivolidad de la estela. Con el corazón pleno de bondad y de alegría, pasemos. Hagamos de nuestra inconsistencia una filosofía y también una gracia. Pasemos con una flor en la mano, y pronto, para que algún día, los que nos recuerden, lo hagan con afecto.

¡Pasar!.. .Bien sé que es triste pasar; y sin embargo, es lo mejor...



Los orígenes del Carnaval

Por LUIS ROLLO VILLANOVA

BACCHANALIA

Allá en el bosque sagrado de Stimula, cercano a la embocadura del Tíber, próximo a Roma y aún más cerca de los muelles y atracaderos de Ostia, el puerto principal del comercio latino, óyense de noche gritos agudisimos y estridentes, golpear de músicos instrumentos, todo el jaleo y la algazara de las grandes fiestas. Las trirremes mercantes dudan en acercarse a la costa, donde tal vez las llama con pérfidos halagos otra Circe; huyen en todos sentidos las aves pobladoras del bosque, consternadas ante el estruendo inusitado que apaga el leve rumor de las hojas y el tranquilo correr de las fuentes; la luna, vista a través de ramas y troncos, parece un astro hecho trizas cuyos pedazos pugnan por juntarse.

En el interior del bosque celébrase con loco regocijo, con furiosa alegría rayana en la desesperación y mucho más allá de los límites de la borrachera, las fiestas del Baco, el hermoso doncel coronado de pámpanos y hiedra, vencedor de los tirrenos, hijo adoptivo de las ninfas, rival en belleza del mismo Apolo.

Fantástica procesión que parece arrastrada por los huracanes, corre por sendas y vericuetos en dirección a la estatua de "Dyonisius", y sólo se interrumpen las carreras frenéticas para dar lugar a bailes epilépticos y a danzas increíbles. Armadas con el tirso, de cuya piña dorada penden cintas y pámpanos, marchan las bacantes, apenas vestidas con una piel de tigre; otras hacen sonar los címbalos, los sistros, las flautas y los crótalos. Hombres disfrazados de sátiros y silenos, coronados de hojas de vid y embadurnado el rostro con los heces del vino, alumbran con antorchas la desordenada cabalgata o blanden las agujadas jabalinas, enfundadas de flores; turbas de niños, próximos a entrar en las iniciaciones dionisíacas corren a vanguardia y se extienden por los flancos, sin más traje sobre su cuerpo que un cinturón con hojas de parra. Faunos y faunesas, ménades y sacerdotisas, hombres a pie o cabalgando en burros, cierran el cortejo, y suelen a menudo quedarse atrás para exprimir en las cráteras el zumo de las uvas.

El busto del ídolo aguarda impasible sobre su pedestal a las víctimas y a los sacrificadores. Cuando la turba de éstos llega y se esparce en torno suyo aumentan la algarabía y el bullicio; la fiebre de la música y de la danza contagia a los más reacios y enardece a los que ya estaban vencidos por la fatiga; el propio "Dyonisius" parece dirigir hacia el suelo sus ojos sin pupilas buscando en la herma que le sustenta piernas que dancen y brazos que se agiten.

Cuando el alba rompe y asoma el sol a flor de tierra, marcando en el horizonte manchas cárdenas y sanguinolentas como si rasgara el cielo haciéndole daño, sólo el dios de piedra se mantiene en pie en medio de los restos y postrimerías de la bacanal.

LUPERCALIA

Corren las calendas de marzo. Todavía los vientos heladores del invierno azotan los pórticos y columnatas del Foro; los árboles de la campiña romana extienden sus brazos desnudos como implorando del cielo las primeras hojas; aún hay nieve en las altas colinas que circundan la ciudad de Rómulo y sin embargo los lupercos, desnudos como estatuas griegas, untados de aceite y sin más adorno que una piel de cabra mal sujeta sobre los riñones desafían la inclemencia del tiempo con su litúrgica desnudez y preparan sacrificios al dios Pan metidos en el antro famoso que se abre allá en la escarpadura occidental del monte Palatino, sobre los vestigios y ruinas de los muros pelásgicos.

Pan, el dios de los campos y de los pastores, el dios cuya vida es un idilio y cuyo cuerpo es una metamorfosis a medio hacer, eleva sobre el pedestal su cabezota de pelo crespo, arrima a sus labios el dulce caramillo, y con sus patas de cabra parece llevar el compás de la música. Es la providencia campestre de Grecia y de Roma; su melódica flauta congrega a los ganados y alegra a los arcaicos pastores; su estentórea voz, que la ninfa Eco repite, ahuyenta a los lobos, consterna a los malhechores, pone en fuga a los enemigos de la república, como sucedió en Maratón, donde los persas corrieron a la desbandada dominados por un terror que se llamó pánico porvenir de Pan.

¡Lupercalia! Todos los sacrificios son pocos para honrar al matador de los lobos feroces y honrar a la única loba buena, aquella que amamantó a los gemelos Rómulo y a Remo.

Los "lupercos" o sacerdotes de Pan agrúpanse en torno del dios y sacrifican una cabra y un perro; el sacrificador empuña el cuchillo sagrado y moja con sangre la frente de todos; quítanse luego la mancha con lana empapada en leche, y el pontífice máximo reparte entre los circunstantes la piel de las víctimas propiciatorias.

Abrense las puertas del templo y desbordando hacia afuera la multitud, comienzan las verdaderas "lupercales": estupenda y fantástica procesión que no es tal, sino frenética y loca carrera a través de las calles de Roma, atropellando vendedoras y transeuntes, azotando con fustas y látigos a las curiosas turbas y haciendo huir a los perros, cuyos ladridos son menos ingratos que el canto gutural de los "lupercos" en honor del dios Pan.

Tres días vive Roma en tumulto y bullicio inacabable. Divididos los lupercos en dos bandadas corren frenéticamente dando al aire las patas y rabos de las pieles de cabra con que apenas disimulan su desnudez; comenzados los himnos no dan paz a las lenguas, y enarbolando las fustas no dan paz a las manos. Jóvenes patricios de las mejores familias de Roma se unen al cortejo lupercal, y apenas si pueden seguir la desenfrenada carrera a todo galope de sus caballos. Huyen de los cruentos latigazos el miedroso niño, el pobre valetudinario, el perro vagabundo, pero las mujeres de Roma buscan el golpe de los látigos, creyendo que el fustazo de las lupercales hace fecundas a las estériles y felices a las mal casadas.

El pueblo rey se divierte; el pueblo rey es dueño de la ciudad hasta caer rendido y aporreado.

A no ser en esta época de libertad frenética y licencia salvaje, ¿cómo se hubiera atrevido el pueblo de Roma a silbar a César, el héroe de las Galias, cuando Antonio, en medio de unas lupercales quiso adornar las sienes del vencedor con la corona de Numa y de Anco Marcio?

Continúa en la pág. 62

El caballero de cabeza de cera

(Continuación de la página 4)

Su pálido rostro lo era más que de costumbre aquella mañana. En sus ojos afiebrados posaban como dos mariposas negras, visiones de insomnio, y su mano demacrada y nerviosa, acariciaba con fruición inquietante el cofre enigmático, como de costumbre a su lado.

Pensé en la escena de la víspera y volví a ver el maravilloso ídolo femenino, por él llamado: una cabeza de cera.

Esa noche, cuando todo era reposo en el hotel, bajé nuevamente al jardín. La luna rielaba sobre las aguas como en la anterior y un hálito vago de tierra mojada daba más grande intensidad al enervante perfume de las rosas.

Acodada en la familiar balaustrada, esperé con el oído atento la renovación del singular rito del extranjero. Pero aquel exótico nombre que culminaba la dolorosa melopea y que llevaba envuelto como un murmullo de palmeras: ¡Dinah! ¡Dinah!.... no quebrantó el silencio de la noche mediterráneo, donde tan solo el **grillon boulanger** ejercitaba su sonata veraniega bajo el claro de luna. De pronto me estremecí: el misterioso caballero estaba a mi lado, su mano demacrada me rozaba el hombro y una dulce sonrisa entreabría sus labios.

—Os esperaba — dijo. — La curiosidad, que es vicio en el vulgo, es virtud en el poeta, y la vuestra, ampliamente justificada, tiene además el raro encanto de la discreción.

Yo me incliné confuso.

—Por otra parte — siguió diciendo el caballero, en un francés apagado lleno de suaves inflexiones de voz, que realzaban su inexplicable hechizo — mañana volveré a mi acostumbrado peregrinar, y la vida inexorable nos separará sin duda para siempre. Permitidme entonces, que en recuerdo de la escena nocturna y triste, de la que fuisteis testigo involuntario, os narre bajo las serenas estrellas, junto a este viejo Mediterráneo, romántico y enamorado, la historia dolorosa de mi corazón, que es la que alienta en este cofre perfumado.

Recibido que hubo mis agradecimientos y la expresión de mi viva simpatía, nos instalamos el caballero y yo sobre la herba fresca de la **pelouse,** y esta fué la dolorosa cuanto extraña historia que nació de sus labios elocuentes.

———

"Yo, señor, soy el rajá de Kartemfalia, y a no mediar la trágica aventura que ha herido mi corazón, mi vida, al parecer privilegiada, hubiera transcurrido sin duda, con la lírica y suntuosa despreocupación de los fabulosos ríos de mi selva. Pero nadie puede conocer los ocultos designios de Brahma.

Según la tradición de mi raza, que desciende en línea recta de Indra, dios de las cinco flechas, encantador de gacelas, en mis dominios, tan apacibles como dilatados, florecía en singular prodigio el sonrosado arbusto del amor.

¡Todo era amor en él!, y la fatalidad dejaba sentir por todos sus ámbitos su agradable murmullo, semejante al de la brisa que en el mes de Bala-Rama mece los armoniosos tallos de las cañas.

Por natural y justa proporción, yo, príncipe joven de tan sensitivo reino, fuí el más enamorado de sus moradores, pero mi amor, como convenía a mi rango, no se individualizó ni en persona ni en cosa: era general y ardiente como el del sol. Mas, ¡ay de mí! el corazón del hombre es pájaro de corto vuelo y ha menester como tal, de una rama inmediata donde posarse, a riesgo de consumirse en el vacío de un inextinguible anhelo.

Así fué el mío cuando, con la velocidad de la alondra, bajó desde la altura hasta la tímida ramita de cerezo que entre la opulenta selva tendiera hacia él, Dinah la esclava.

Fué un divino reposo, la seguridad de una posesión absoluta; como quien llevase en la mano una rosa fragante, que ha nacido para uno y que nos dará su perfume y su vida, hasta el último pétalo, incondicionalmente.

Dinah era, como yo, nativa de esa tierra de amor que fué la mía. Nos juntamos como dos llamas, y ella, la pobrecita, ardió como el sándalo en la hoguera. Conocida esclava, fué saludada reina y el hilo de seda de sus dulces palabras hizo prisionero al pájaro vagabundo de mi corazón, que sólo para ella tuvo desde entonces caricias y canciones.

Fuimos inseparables como el ensueño y la esperanza. Su belleza suprema era para mí el insustituíble atavío de la tierra. Sin ella no hubo día de sol, ni noche estrellada. La veía en todas las formas graciosas de la naturaleza. Su voz estaba en todo ritmo, su aliento en todas las flores y aromas de la tierra. Su gracia, así una estatuíta de marfil de una viviente y todopoderosa Adda-Nari, tocaba con sus cuatro brazos los cuatro puntos cardinales de mi universo. Y esto logró no por ciencias ni ardides, sino por fuerza de amor, ya que Dinah fué, en todo el transcurso de su vida breve, sólo una niña, una pobre niña enamorada!"

Calló un momento con grave melancolía el noble caballero, como si hiciera un esfuerzo para contener el tropel de los recuerdos que le asaltaban y continsó:

"Eramos perfectamente felices. Nuestra unión era tan profunda que hablábamos sin hablar, que nos besábamos sin besarnos, como en el verso sagrado.

Era la perpetua contemplación del sicomoro en el nítido cristal de la fuente escondida de la selva.

Yo me veía en ella y ella me veía en su seno: como en el viejo poema persa, éramos el uno para el otro:

"A la vez: el amor, el amante y la amada; El espejo, la belleza y el ojo".

Pero otros eran desgraciadamente los designios de Bhagavat. El hacha corva de Siva se alzaba en el misterio, silenciosamente, sobre el efímero arbolito de nuestra inmensa felicidad.

Como decía, éramos inseparables y esta inseparabilidad, anhelada embriaguez del amor, fué causa de nuestra desdicha. La felicidad debe esconderse como un tesoro, en el santuario más íntimo del hogar. Que jamás la envidiosa mirada de un extranjero recorra envidiosamente las hermosas rimas insustituíbles de aquel entrañable poema que dos almas suscitan al unísono.

El viejo Maharajá de Sindia, mi aliado, amigo y señor, que abrigaba al parecer por mí manifiesta predilección, me invitó en cierta oportunidad a una de aquellas fabulosas cacerías, que constituían el paliativo más intenso de su vejez.

Era el Maharajá un gran señor sibarita, de alma "dura y brillante como el diamante", que harto de una grandeza huérfana de amor, perseguía en el teclado casi afónico de su cuerpo gastado ese acorde definitivo, eterno y absoluto que sólo ciertas almas unidas llegan a producir. Y fué por su ministerio, en aquella malhadada y suntuosa cacería, que la acechanza latente de Siva, el destructor, se encontró con nuestra felicidad.

Era la más hermosa mañana de la India, lo que no es poco decir, y Dinah, en un caballo blnco y ligero como una nubecilla primaveral en el viento, estaba a mi lado.

Nunca mujer alguna, ni la misma Rhada, esposa predilecta de Krischna, tuviera igual poder de belleza que el que tenía mi amada, aquella mañana fragante erguida en su caballo blanco, dentro el marco esmeraldino de la selva.

Y se cumplió la voluntad inquebrantable de Siva.

El encanto de Dinah, la esclava, que iluminaba e ilumina para siempre mi alma, obscureció involuntariamente la del Haharajá, haciendo desaparecer de ella, los tradicionales y afectuosos fantasmas que nos unían, para no dejar en su reemplazo más que la deleznable imagen de un criminal cuanto imposible deseo.

Al terminar la cacería, ya extinguidas las ancestrales vo-

ces de la selva en el filosófico atardecer, me apercibí de ello, yo ciego, como todo perfecto enamorado, cuando el hasta entonces fraternal príncipe, nunca para conmigo celoso de autoridad, me dijo conminatoriamente:

—¡Véndeme tu bella esclava, rajá!; la necesito. Te daré en cambio de ella lo que quieras, así fuese la mitad de mi reino.

—¿Dinah? ¡Jamás! — le respondí con increíble angustia. — Dinah, aunque es aparentemente mi esclava, no lo es en realidad, sino más bien yo soy el suyo, y puedes saberlo Maharajá, señor mío, que no la trocaré, no digo por la mitad de tu reino, ni por toda la India maravillosa!

El astuto Maharajá no insistió ante mi visible impaciencia; guardó silencio, comenzando a fraguar sin duda, entonces, su tenebroso plan.

De regreso con Dinah a mi palacio, aquella noche, nos dijimos más que nunca cosas eternas, en la dulce terraza nuestra que bordea el lago, bajo la serenidad infinita y complaciente de las estrellas.

Pero, allá en lo más hondo, la inquietud, como la bola de nieve que rueda de las cumbres del Himalaya, se agrandaba en mi corazón. ¡Ay! ya veréis si era justificada!... Hoy que todo ha concluído para mí, y que en vano los años pretenden empujar mis recuerdos hacia el abismo, la sufro todavía, como en esa noche admirable, triste por su misma intensa felicidad. Así revivimos eternamente nuestros dolores que, a semejanza de un ácido corrosivo, pulen el metal del alma, pero la van gastando hasta confundirla definitivamente en el seno brillante de Alzara la luz-universo.

Pocos días después de aquel suceso recibo del Maharajá invitación de presentarme en su palacio, por asuntos, así decía el mensaje, relacionados con la propia seguridad del Estado. Y esta vez fuí solo, arrancándome de Dinah, en cuyos ojos de terciopelo, que se esforzaban por sonreirme, aparecían, ingenuos en su prístina claridad, los primeros diamantes del desconsuelo: las lágrimas.

Fué con el corazón nublado por el presentimiento, ese agorero pájaro del destino, cuya voz es de acero, que emprendí el viaje al palacio del Maharajá, distante cerca de una jornada del mío. Allí me esperaban, agazapados en la sombra, como dos panteras gemelas, la traición y la felonía.

Mi presentimiento tomó cuerpo cuando, llegado al palacio, el chambelán de su majestad me comunicó que mi poderoso señor había tenido que ausentarse de improviso, pero que no tardaría en volver, rogándome a la vez que le esperase, pues le era de urgencia hablarme.

Grande fué mi cólera al descubrir la por demás visible superchería del Maharajá. Intentaron cortarme el paso, pero la traición es planta arraigada hondamente en todo verdadero pecho hindú y nadie se animó a atentar contra la sangre que yo representba. Mis heroicos muertos ancestrales estaban conmigo. Partí, pues, de inmediato, puesta la mente en mi Dinah maravillosa, contra cuya incorruptible belleza se ejercían sin duda, entonces, los repugnantes ardides de un innoble deseo.

No fué carrera la mía, sino mas bien un vuelo a través de la selva. Quedánbanse atrás mi séquito y mi orgullo, como iban delante mi amor y mi angustia. Mi pobre caballo extenuado, sin que mediara ni látigo ni espuela, comprendiendo el peligroso trance en que me hallaba sacó fuerzas de flaquezas y fué en esa circunstancia ligero como un suspiro. Así en las humildes bestias cariñosas suele hacer milagros la dulzura del hombre.

Cuando llegué a mi casa amanecía. Un absoluto silencio reinaba en mis dominios, y me pareció que hasta los pájaros se callaban como al anuncio de una tormenta inminente.

Con creciente alarma, al penetrar en el peristilo, no encontré en él el cuerpo de guardia que allí debía estar día y noche.

—¡Dinah! — exclamé — ¡Dinah! Y mi voz resonaba lúgubre en los corredores desiertos. Así llegué hasta mi habitación, la más íntima, aquella que es como la visible conciencia del hombre, donde se sueña, donde se ama, donde se muere.

Era, como dicen los occidentales, mi paraíso, yo diré más bien el Nirvana infinito de Bhagavat.

Al entrar en la estancia, el corazón se me regocijó, ¡oh engañoso y cruel apaciguamiento!

Más hermosa que el lucero de la mañana al reflejarse en la criastalina linfa de la fuente escondida, reposaba Dinah sobre el lecho de púrpura.

Su palidez era extrema pero sus ojos eran más dulces que la hidromiel que hace olvidar las penas.

Filtrábase una tenue claridad perfumada entre las persianas bajas, y el espíritu de la estancia era sereno y fresco como una flor de loto.

—¡Dinah! — le dije — me has hecho suspirar hasta morir!

Y ella, con una voz más leve que el murmullo del céfiro en los arrozales, me contestó:

—Y yo por ti me muero suspirando; y el mal es irreparable; que la paz de Brahma recoge mi suspiro, y su mano todopoderosa te brinda en buena hora la delicada copa del olvido. ¡Amor mío, me muero por tu amor! Puedes besarme en la boca, que ella y mi corazón son siempre tuyos. No así el resto de mi cuerpo, mancillado por el Maharajá tu señor. Pero no temas, el veneno que corre por mis venas le purificará como el fuego, y seré en la integridad de mi conciencia, siempre, por los siglos de los siglos, en la luz, en el aire y en el agua, flor, perfume o nube, Dinah, tu esclava!

Así dijo la dulce voz y por primera vez su acento, siempre tan armonioso, fué más terrible y horrísono que el trueno que delata el rayo destructor.

Nada hice para espantar a la muerte que llegaba; el cuerpo de Dinah ya no me pertenecía, pero sí su boca y su corazón, su cabeza admirable, sus ojos de terciopelo...

¡Nos besábamos infinitamente por toda la eternidad! Aun guardo en mis labios amargos el sabor de aquellos besos definitivos que nunca volverán. Y en aquella mañana incomparable, trémula de juventud, Dinah, mi reina y mi esclava, expiró en mis brazos.

No describiré el dolor de una ausencia que para mí no ha tenido nunca lugar. Dinah sigue siendo mía; su alma luminosa brilla siempre sobre mi universo, y es para mí la esencia de la luz, la forma tangible de la intangible Alzara.

Después de sumergirme como en un pozo en el éxtasis profundo de mi propia contemplación, consultando, según Viara aquel Dios que llevamos adentro vigilante, fui otro hombre, y ajeno a toda preocupación material fragüé la venganza que diera paz a mi espíritu.

Las últimas palabras de Dinah sonaban como un consejo, persistentes a mi oído, y sin titubear, automáticamente, me llevé lo que seguía siendo mío, lo no profanado, lo sin mancilla, donde sin duda alguna mi imagen estaba presente todavía: la cabeza, la incomparable cabeza de Dinah, bella como la luna, que corté de un solo tajo de mi cincelado alfanje.

Intacta, gracias a un viejo secreto de la selva, es ésta la cabeza de **cera** que habéis visto en este cofre misterioso. Mi compañera inseparable, mi Dinah, la que me habla en el silencio de la noche, y vive en mí, más que mi propio espíritu: como una esencia, como un arrullo, como un suspiro...

—¿Y el cuerpo? — pregunté — ¿el admirable cuerpo envenenado?

—Esa fué mi venganza — prosiguió el caballero. — Colocado en dignísimo cofre, espléndidamente desnudo, reposando en la familiaridad de la seda, pero llevando oculta misteriosa potencia de maleficio, lo envié de regalo al Maharajá, con esta misiva:

"Señor: este cuerpo te pertenece, aquí le tienes. Yo me guardo lo mío: el alma y la incontaminada cabeza".

Y al día siguiente me alejé de la India maravillosa, para nunca más volver".

Calló el rajá, y mi espíritu absorto guardó el silencio propicio a la fantasía.

De pronto, en el recogimiento de la media noche, subió nuevamente hacia las estrellas aquella extraña melopea con que se inicia esta historia, aquel exótico canto, quejumbroso llamado, trémulo de dulzura que culminaba en esta única e inteligible modulada con percisión, con alma: ¡Dinah! ¡Dinah! Y el caballero de la cabeza de cera cumplió su amoroso rito en mi presencia.

Aquí termina mi historia, pero todavía llevo ardiendo en el alma, como dos estrellas sonámbulas, las orientales pupilas de Dinah, la esclava.

Los orígenes del Carnaval

Continuación de la página 59

SATURNALIA

La plebe, amontonada con ese hervor de las multitudes impacientes, aguarda en el Foro la puesta del sol y con ella el comienzo de las saturnales, las fiestas más extraordinarias y estupendas que celebra Roma; tan estupendas y extraordinarias que el orden social parece resquebrajado y roto durante siete días, las costumbres vueltas de arriba abajo, las condiciones civiles invertidas, y derogados temporalmente los duros preceptos de la seca legislación decenviral.

Cuando el sol empieza a caer y a ponerse rojo cuando las soberbias columnatas del Foro, los arcos de triunfo, las columnas rostrales, los templos y palacios que allá se asientan, van acentuando su perfil entre las sombras y parecen una legión de fantásticos y negros titanes, un pontífice de alba vestidura sale del templo de Saturno, del templo más respetado que ningún otro, porque desde que Tulo Hostilio le construyó es el arca santa del Tesoro público.

Baja el pontífice la grandiosa escalera, y al reunirse con el pueblo abre sus brazos sobre él y grita con voz estentórea: "¡Saturnales!'" "¡Saturnales!..."

Un alegre rugido del pueblo acoge aquella redentora voz de libertad; disemínase por las calles de la urbe el grito de "¡Io saturnale!", y turbas de esclavos corren a alborotar y a embriagarse llevando en la cabeza el gorro de los manumitidos. Manumisión temporal tan sólo, pero muy intensa por lo mismo que es corta; siéntase a la mesa de sus amos, y éstos les sirven el vino y la comida; cuelgan sobre sus hombres aporreados la toga pretexta y sus dueños les ayudan y visten; agarra el patricio los bajos enseres del esclavo, y el esclavo se sienta en las sillas curules y grita con afectación cómica: "¡Civis romanus sum!"

Loca y frenética algarada de esclavos ebrios y de amos que gozan oyéndoles disparatar; parodia ridícula de la ciudadanía hecha por los "capitis diminutio"; comilonas interminables de minuta estrambótica, durante las cuales el rey del festín, elegido entre los esclavos más humildes, manda como un déspota a sus compañeros y a sus amos; coronan éstos de rosas a sus siervos y llenan las copas de los vinos más caros; el esclavo de un orador imita a su amo en la tribuna, el de un magistrado administra justicia cómicamente, el de un filósofo se pasea con gravedad sosteniendo con sus compinches larga y peripatética conversación.

En los campamentos, en los talleres, en las escuelas, en los tribunales, en las villas de campo romano como en sus provincias y colonias, celébranse de igual manera las saturnales desde el punto y hora en que el pontífice saturnino anunció a la puesta del sol aquella "Roma al revés".

Prohíbense las ejecuciones, condóguerras y cesa el duro trabajo de los míseros mientras duran aquellas fiestas que ponen la férula en manos del discípulo, el águila de los caballeros en el puño del más humilde legionario, la púrpura en el traje de los siervos, las haces del pretor al servicio y para salvaguardia del último de los esclavos.

Tales son las fiestas de Saturno, en las cuales los grandes señores de Roma no sólo ríen y celebran los atrevimientos y donaires de sus siervos emborrachados, sino que honran al dios, el viejo Cronos, marido de Cibeles y padre Júpiter, ofreciéndole presentes y regalos, copas de plata, carteras labradas, "corbeilles" de aceitunas, higos de Libia confitados y obras de los grandes poetas todo ello acompañado de misivas burlescas o exámetros festivos y disparatados.

La màscara en el desierto

por Francisco Grandmontagne

Pampa afuera, a sesenta leguas de todo conato de urbanización, en absoluta soledad, vivía el gaucho Lecica, pastoreando la numerosa hacienda semisalvaje aún, que en aquellos campos abiertos no había caído todavía, bajo los progresos pecuarios, en "enervante" domesticidad.

Apenas conocía Lecica gente alguna. Era su soledad cosa hermanada a su vida, no fruto de escepticismos, como los que, por temporadas, echaban a Zimmermann a los bosques de Suiza, o como aquellos otros, más negros aún, que arrancaban a Cicerón este profundísimo desprecio: "nunca estoy menos solo que cuando estoy solo".

El gaucho Lecica, sin el dolor de los análisis subjetivos parecíase a Cicerón en no estar solo nunca en medio de su soledad. Llenaba su vida los accidentes diarios de la hacienda, las gallardías amorosas de los potros, despertados a plena vida, en relinchos que eran el escape de su exaltación, vibrando hasta el cielo; los giros del rebaño, explorando los pastizales con su olfato sutil por guía; la bravura de la vacada, sensible a la diversidad de los vientos que rigen su humor. Y luego aquellos ensayos de astronomía empírica, persiguiendo en la vida de los pájaros los secretos atmosféricos: lluvia cuando se mojan las alas; sequía cuando vuelan muy altos. Y en la primavera convertir las flores silvestres en relojes preciosos, como el divino Juan Pablo, descubriendo la hora en el despliegue de los pétalos, bajo la acción calórica del rayo de sol que reverbera en los cáilces, cuajando el rocío en polen fecundo. ¡Qué había de ser aburrida su vida!...

Tenía del mundo vaguísima y desinteresada idea, ignorante del curso de la historia y de lo que traman los hombres en las ciudades, fraguando problemas que jamás llegarían a interesar a Lecica. "¿Hacia dónde caerá la ciudad?" — y nada más, no pensaba más, y esto al año una vez, y años había que se pasaba sin la pregunta.

Los potros salvajes le tenían por un hermano, aunque de distinta forma, sin más extrañeza que el ser Lecica el único jinete en la familia. Los toros que no sufrían esta dictadura, le tenían por excelente conviviente, compadecidos de la inferioridad en que le colocaba la ausencia de cuernos.

Rara vez iba por allí el patrón, poco interesado en atender aquellos campos en que la propiedad era por entonces casi ilusoria. La caza de una res y su traslado, era un verdadero problema. Con los medios de comunicación abarátanse las vidas, las de los animales y las de los hombres. El fenómeno esencial de la civilización es que la existencia vale menos. No medites muchacho en esto, lector, no sea que acabes por pegarte un tiro, aunque este género de muerte sea natural como el que te mate una pulmonía. Es cuestión de más o menos fulminante, como si dijéramos una cuestión de misto...

Bueno... al cuento. Un año fué al campo el patrón con varios amigos, huyendo del carnaval de la ciudad, del ambiente soez que en ella reina en tales días, anhelados solamente por los que llevan en sí fuertes instintos borricales.

Y entonces oyó Lecica hablar por vez primera de las costumbres carnavalescas, que le dejaron sorprendido. Escuchó descripciones de bailes en que todos iban disfrazados, a fin de darse el gusto de arrojarse mutuamente crudas verdades, cobardías dignas de los beodos, que buscan en la embriaguez la irresponsabilidad de sus dichos,, profiriendo en ese estado cuanto pensaron serenos.

El gaucho escuchaba atónito aquellas maravillosas narraciones; el lujo con que los ricos se disfrazaban, y la simulación de ricos que hacían los pobres, poniéndose trajes de marqueses (para Lecica, los marqueses eran los estancieros de Europa). Otros se vestían de Moreiras — "ande ser flojos no más", — pensaba, creyendo que arguye flojera el vestirse de guapo. Los niños eran todos diablos, colmando así las aspiraciones de sus mamás, a quienes gusta, como amadoras del peligro, que haya en los hombres mucho de diablos, en su acepción de sorpresa, acometividad y registro...

Esto de vestirse de diablo fué lo que más entusiasmo a Lecica que era un niño perpetuo. Pero "¿cómo será el diablo"? No sabía Lecica doctrina cristiana, que tanto enseña a conocer a Dios como al Diablo. Se lo pintaron aquellos señores de Buenos Aires. "Es todo colorado, con rabo y cuernos".

A los pocos días, cuando ya se fueron los huérpedes, le tentó el diablo a Lecica para que adoptara su vestido. Con una tela roja que pudo adquirir hizo el traje; forró de lo mismo unos cuernos de carnero, que se ató a la cabeza, y montando a caballo salió al campo. El sol cuajándose en la tela roja, le daba el aspecto de un ascua vivísima. Los pájaros, que antes, familiarizados con el gaucho, no se levantaban a su paso, echaban a volar azorados. Los caranchos, que dormían sobre los estacones de ñandubay, abrían desmesuradamente los ojos: "¿qué es esto?", y tendían las perezosas alas, dejándose llevar por el viento. "Soy yo, soy yo" — gritaba Lecica riéndose en medio del alboroto de chillidos que armaron los teru-terus. El pánico entró en el rebaño, que formó compacto pelotón, apretado por el miedo, oponiendo esa resistencia de inercia con que las ovejas se defienden. Los potros daban botes y corrían como flechas; un relincho atronador llenaba el ámbito, llevándolo en sus ondas la acústica de la pampa, relincho desesperado compuesto de tonos multiformes y disonantes. Era como la ejecución del ideal sinfónico de Wagner, el genio del clarín en marcha,

de la estridencia y de la disonancia, la armonía de la hidrofobia caballar e indómita.

Y llegó adonde la torada estaba. Recibióle con un bufido general. El rojo comenzó a cegar a los toros, hurgándoles el color la sangre, que se les subió a los cuernos.

De pronto arrancó uno del grupo, Lecica hizo girar en esguince al caballo, hurtando su cuerpo al toro. Vino otro y también le burló. "¡Soy yo, soy yo, una gran flauta, no sean bárbaros!!" Arrancó otro más del grupo, y otro en seguida. Enfurecióse Lecica ante la inesperada hostilidad, cuando sólo por hacer pasar un rato a sus amigos se había vestido de carnaval. Y echó el caballo a galope hacia el corro.

Lo que sigue es inenarrable. Los toros le acometieron en montón; el caballo quedó hecho una criba. Lecica anduvo más de un cuarto de hora por el aire, de cuerno en cuerno. Al fin, sólo su rojo traje de diablo se veía flotar de un lado

Continúa en la página 65

La coyunda del nombre



O te diré su nombre... ¿para qué?... Es toda su fortuna.... lo único que les ha quedado y por el que sacrificarían hasta el honor si el honor no tuviera algo que ver con el apellido. Muertas, cerrarán sus manos para llevarse al otro mundo un retazo de ese pergamino invisible por el que han vivido. Amor, justicia, belleza, la flor de la vida, han bajado la cervíz frente a esa vanidad incontenible, a esa cultura intensa del orgullo rancio de sus abuelos españoles. Su nombre es por lo labrado y armonioso el resultado de un parloteo de siglos, la frase más sonora y por lo tanto hermosa para el concepto oratorio que hubiera hallado un Castelar, el ruido, para nosotros misterioso, que hace desplegar inesperadamente el plumaje de los pavos reales.

¡La verdad que es un bello nombre!...

Y lo más curioso es que a pesar de la honda seguridad que de su propia belleza física pueden tener estas tres mujeres — después de una lenta lucha íntima posiblemente — la han postergado al efecto de estupor que esperan de su apellido. Son bellas, te digo y tienen hermosas voces.

Cuando el antifaz cubría aún el rostro de Eulalia, a quien pretendí en el baile aquel sobre la terraza del Tigre-Club, no pudo contener su misterio por más tiempo y, por el placer de decirme su nombre, me dijo quien era. Sus labios rojos, rebordeados por el terciopelo de la máscara negra, fueron como el órgano frente al que ensaya su "Lección de Música" el Ticiano, aquel órgano que suena para solaz de una mujer desnuda que lo escucha. Todo es plástico en ese cuadro genial como fué la atracción de los labios de Eulalia enunciando el apellido de su familia.

Las tres jóvenes tiráronse del baile con una máscara que no quiso descubrir su rostro. Era la madre de ellas. Sólo oí su voz cascada por los años y preví por sus manos y las arrugas de su cuello bajo una capa de albayalde, que debía ser anciana. Su voz chocaba. Era agria y disonante sin quererlo. De cuando en cuando sentíase que su dueña poníale a la sordina. Deseaba matizar un concepto, aterciopelar una frase. El fracaso de la voz aquella era entonces mucho mayor. Era la voz del Carnaval decrépito. Si la hubiésemos oído en otra hora del año, no hubiéramos podido hacer menos que sonreír.

Fuí días después a casa de Eulalia a visitarla. Las tres hermanas me esperaban en aquella confortable casa de la calle Callao, que abandonaban raras veces. Estaban dentro del estuche. No querían descender a la calle. No tenían coche. No sabían andar a pie. Y por otra parte Eulalia se abstenía de frecuentar fiestas y salones. Su madre le había pedido que no se casara antes que sus dos hermanas.

—¿Tienen novios?

—No. Son insoportables. Las dos corifeos en acción del gran apellido que llevan, y con el que miden, reducen, desprecian y empobrecen cualesquier esfuerzo, título o heroísmo. El apellido está como un mal en el tuétano de sus huesos. Las hace lamentarse como un reumatismo hereditario que vence sus osamentas misérrimas. Eulalia tiene además el cuidado inmediato de su madre. No la deja nunca. Siempre con ella al lado, como si debiera recoger de la planta exhausta el secreto de su omnipotencia.

Varias veces no la hallé al ir a visitarla. Había salido con la madre, la madre aquella que no volví a ver más desde la noche del baile, ¿adónde? Las dos hermanas me dieron a entender que volverían tarde, que se hallaban de visita en casa de unas parientas.

Poco a poco fuí espaciando mi presencia en la casa ilustre. No podía soportar la soberbia familia. Eulalia, enigmática y legendaria, incapaz de concebir la felicidad que es una promesa del porvenir, relegada a la comprobación de la purpurina descascarada de su nobleza, insensible a los elogios y a mi cariño, habiendo puesto toda su sensibilidad en el pasado. Las otras dos hermanas, Ofelia y Laura, activas y dañinas, recogiendo en su sayo la murmuración que enternece todas las famas y animando la calumnia que corroe hasta el oro. En esta sociedad que se derrumbaba, en esta ciudad de inmigrantes enriquecidos, la rigurosa presencia de sus blasones y de su apellido, seis veces patricio, contrastaba. Nietas de libertadores de América, si un poco de vida entra en aquella casa es la renta que ese nombre histórico les produce. Tienen, como nietas de próceres, una pensión del Congreso. No es mucho, pero no les conocía otras rentas y me imaginaba los equilibrios de las vanidosas infanzonas sosteniendo un tren de casa tan lujoso con tan pocas entradas.

Las fuí perdiendo de vista... y de recuerdo. Sólo su apellido rememoraba, hasta ayer noche, ese plantel de mujeres de otro siglo y de otro mundo que creen constreñir la cida del país en que viven alzando en alto su prosapia, y es el país el que las tiene acorraladas y sin esperanzas de redención detrás de su expresión pletórica de fábricas, de empresas, de usinas y de talleres. Su casa no es otra cosa que un sepulcro animado, construído en medio de la época que gruñe a su alrededor por las mil y una voces del progreso y de la fortuna.

Ayer noche, te decía, he vuelto a saber de ellas. Iba andando a eso de las once de la noche por la calle Rivadavia entre las de Artes y Suipacha cuando apercibí más allá, en la otra cuadra, la silueta mezquina de una mujer. Estaba al borde de la vereda. Ví de lejos acercársele unos transeúntes que se edtuvieron un instante con ella y luego prosiguieron su camino. Al aproximarme, noté que la mujer se escondía detrás de unos andamios que por allí estaban. Pero ya oyendo mis pasos en la calle desierta muy cerca suyo, salió del escondite. Era una viejecita. Sobre la cabeza llevaba un sombrero pequeño adornado con excesivas glicinas violetas. Un tul pesado caíale sobre la cara. Su traje era de seda a cuadros escoceses rojos, verdes y azules a la moda de hace treinta años. Al verme, me dijo:

—Una limosna para esta pobre señora y que usted no le negará, porque es una buena persona.

La voz la descubrió. Bajo el tul no era fácil reconocer los rasgos de su rostro. Era la voz aquella de la viejecita del Tigre-Club.

Era la madre de Eulalia. Tuve un rasgo de piedad y tendí un papel moneda, alejándome. La mano trémula de la mendiga lo tomó nerviosa, ávida, apresurada.

No había en aquella calle desierta otro transéunte. Sólo una victoria de plaza, detenida en la esquina de Rivadavia y Cerrito nos daba las espaldas. Por un movimiento de curiosidad miré hacia adentro del coche, ya que no quería volver hacia atrás mis ojos para ver aún la figura escuálida de la vieja misteriosa. A la luz difusa se veía claramente su diminuto pie, calzado con gusto y elegancia. Era el pie del que me había enamorado en el baile de máscaras del Tigre-Club el carnaval pasado. Eulalia esperaba a su madre.

A R G U S

Historia de una obra famosa

LA partitura de "Lohengrin" fué compuesta Wagner en el año 1847, mientras el gran maestro gozaba de las delicias que ofrecían las estaciones balnearias de Bohemia. Wagner escribió el tercero y último acto, (aunque a veces se representa en cuatro actos, la ópera sólo tiene tres) antes que el primero y el segundo, los cuales compuso por este orden. Y durante el Invierno de aquel año y la Primavera de 1848 se dedicó a instrumentar la partitura de "Lohengrin", que puede asegurarse de manera terminante que es una de las mayores maravillas en la historia del arte musical por su portentosa riqueza, su melodía sin igual y la novedad extraordinaria que ofrece en todos sus detalles El motivo del libreto fué tomado de un antiguo poema bávaro.

Wagner era el maestro director del teatro de Dresde cuando compuso "Lohengrin", y, sin embargo, no consiguió que se representara esta ópera en dicha población, en la cual otras obras del mismo autor, "Rienzi" y "Tannhauser", habían sido ya muy mal recibidas por el público. Tres años después, en 1851, fué cuando se verificó la primera representación de "Lohengrin" en la ciudad de Weimar. Liszt era el protector de Wagner en esta nueva empresa, y no puede hacerse más espléndida exhibición de amistad de la que aquél llevó a cabo para que "Lohengrin" alcanzara éxito en Weimar. No sólo interpuso su influencia para que la obra fuera representada, sino que anticipó mil quinientos pesos oro para los gastos escénicos.

Pero los cantantes no estuvieron a la altura de las exigencias de la música y las cinco horas que se emplean en la representación de la ópera cansaron e irritaron al auditorio.

Sin embargo, Liszt consiguió desarrollar en Weimar el entusiasmo por Wagner, tanto que, en sucesivas temporadas de óperas, tuvieron que establecerse trenes especiales para prófaciiltar la concurrencia de las poblaciones de las ciudades próximas a esta que podemos llamar "meca precursora de Bayreuth", donde ya lograban estruendoso éxito "Tannhauser" y "Lohengrin". Wagner llegó a ser muy popular en Weimar, población que fué el pequeño centro de donde radiaban las llamas del entusiasmo que habían de purificar el viejo convencionalismo de la música de ópera. Uno de los muchos encantos de las antiguas leyendas caballerescas es el misterio. Siempre hay en ellas personajes o animales misteriosos, unas veces es un paladín desconocido cuyas proezas asombrosas; otras, una dama de singular belleza, cuyo origen se ignora; otras, en fin, un caballo o un monstruo de maravillosas propiedades. Este misterio, para la Europa central de la Edad Media, estaba personificado por el Caballero del Cisne.

Lohengrin es el héroe venido no se sabe de dónde, el paladín que realiza hazañas estupendas y nunca vistas, y que luego desaparece tan misteriosamente como vino, sin que nadie sepa dónde fué. Su historia es tan breve como bella. Un duque de Brabante ha muerto dejando por heredera única a su hija Elsa. Uno de los vasallos del ducado. Fritz de Telramund, que ama más las riquezas de Elsa que a la doncella misma, solicita su mano. Elsa, mal de su agrado ha de casarse, y para decidir su suerte se apela a un juicio de Dios, a un combate judiciario que presidirá el emperador Enrique.

Pero Frizt tiene fama de valiente, y Elsa no encuentra campeón que la salve de los brazos del ambicioso. La hora señalada como plazo de la lucha va a sonar, cuando llega Lohengrin, con su armadura de plata, tripulando mágica barquilla que un cisne remolca blandamente. El guerrero desconocido solicita el derecho de ser admitido al torneo, vence a Frizt de Telramund y accede a ser esposo de Elsa. Sin embargo, la mano de Brabante no es para él recompensa suficiente y, al tener que ser dueño de ella, impone la siguiente condición su esposa no le preguntará jamás quién es, no intentará descifrar el misterio que le rodea.

Y aquí la leyenda del Caballero del Cisne pasa a ser una de las más viejas leyendas que en el mundo han sido: la leyenda de la curiosidad femenina, repetida desde Pandora hasta la fecha, y que, en realidad, es la historia del mundo entero, sin distinción de sexos. Elsa no puede soportar la condición impuesta por su esposo. Este es para ella una incógnita que es preciso despejar. La bella indiscreta falta un día a lo estipulado, y Lohengrin vuelve a su barquilla y desaparece con su cisne para siempre, mientras Elsa, enamorada y arrepentida, muere de dolor.

¿Adónde va el Caballero del Cisne? ¿Cómo termina su vida errante? En realidad, no nos importa. La leyenda ha terminado, y la triste suerte de Elsa debiera enseñarnos a no ser curiosos. Mas los hombres no lo son menos que las mujeres y los autores medioevales han satisfecho su propia curiosidad y la de sus contemporáneos inventando nuevas aventuras de Lohengrin en largo viaje por todos los países del mundo y llevándole a morir en la Lyzaboria, hoy el Luxemburgo, del que, una parte, ha tomado el héroe el nombre de Lohengrin es decir, Lorena.

Así contada la historia de Lohengrin pierde la mitad de su misterio, donde radica precisamente todo el encanto.

El Caballero del Cisne, incógnito, desconocido, viniendo de la sombra y desvaneciéndose en ella de nuevo, subyuga. Es héroe digno de la belleza de Elsa y de la admiración universal. Convertido en simple caballero andante, de origen desconocido, pero de conducta vulgar y hasta descortés, que después de enamorar a una hermosa toma pretexto de un pecadillo para huir de ella e ir a morir en el valle del Rhin como otro mortal cualquiera, no pasa de ser un bribón de siete suelas. Quedémonos, pues con el Lohengrin de la antigua leyenda y de la ópera wagneriana que ha popularizado su figura.

(Continuación de la página 63)

LA MASCARA EN EL DESIERTO

para otro, enfureciendo al novillo que le caían los guiñapos sobre los ojos. Sus cuernos rojos no se sabe a donde fueron a parar. Allí no se toleraban más cuernos que los naturales.

En una hondonada yacía el gaucho hecho cisco, acribillado, en medio de la soledad y del silencio que siguió al combate. La mayor parte de la hacienda se desperdigó a los campos vecinos, cuyos propietarios se enriquecieron en aquel carnaval, como los merceros de ahora con las serpentinas. Todo es comparable...

Cuando los toros se aplacaron, al ver luego a Lecica sin traje ni cuernos, al Lecica natural, su amigo, casi su hermano, quedáronse mirándole con sus hermosos ojazos graves y tristes, impregnados de melancolía y de un sentimiento de pesar bovino inexplicable...

De todos aquellos ojos "rodaba una lágrima furtiva"... como diría el poeta.

FIN.

Regalos de boda

INMEDIATAMENTE después de recibirse las elegantes cartulinas donde la pareja de amigos nos anuncia su próximo enlace, entramos en el período de la meditación y el cálculo. Es necesario corresponder a la amable invitación con el regalo que ha establecido la ley de la costumbre y a la que nadie debe sustraerse si desea quedar bien. ¡Quedar bien! he ahí el problema.

Planteado así, en forma tan sencilla, parece que la cosa no presenta mayores dificultades; pero al entrar en el campo de acción, al pesar y compulsar los mil factores que van surgiendo y que es forzoso tener en cuenta, el asunto toma entonces un aspecto bien distinto, agravándose y agrandándose, por ley óptica, a medida que se acerca.

El regalo indicado, según muchos casados, debería ser una corona fúnebre o cualquier otro atributo de duelo, pero ¡vaya usted a contentar en esta forma a los que están por realizar el problema máximo de las aspiraciones ideales!

No; no es esto lo que corresponde, digan lo que quieran los amargados, los desengañados de las dulzuras del matrimonio. Lo que corresponde es hacer un regalo armónico, equilibrado, teniendo para ello bien presente todo esto: grado de amistad que nos une con los futuros esposos; estado de fortuna de éstos y su proporción con respecto a la nuestra; grado de fortuna de las amistades; balance exacto de la nuestra con examen de las facultades anímicas de la tercera potencia, y así el regalo podrá quedar, como los tiros rectificados ni corto ni largo.

El primer impulso que sentimos, ya se sabe, es del más puro amarretismo; pero después, se piensa en la generosidad que se emplea hasta con los ajusticiados, y de concesión en concesión entramos temerariamente en los problemas crematísticos.

Resuelta así la primera parte, se presenta la segunda, no menos ardua y compleja: la elección del regalo. Consejo de familia, consulta a los amigos, ejercicios nemotécnicos, visitas a los escaparates, y por último entrada en los bazares, en busca de lo desconocido. En estos recorridos siempre nos acompaña un empleado del bazar, no se sabe si para atender nuestro probable pedido o para evitar que nos llevemos algo.

El regalo, para ser completo, nadie ignora que ha de reunir las tres bes: bueno, bonito y barato. Con alhajas de valor queda bien cualquiera.

Los regalos infaltables, obligados, forzosos, fatales, inseparables, apropiados, sin los cuales no hay boda posible, son los siguientes:

Juego de té, japonés, en enorme estuche forrado de raso.

Lámpara eléctrica, tímida para el alumbrado, para mesa de luz.

Relojes de sobremesa, útiles en verano. En invierno se enfrían y no marchan.

Pareja de aros servilleteros, con las iniciales de los novios, en su estuche.

Necessaire, en su estuche.

Media docena de cubiertos de plata sobredorada, en su estuche. El peso de estas cucharillas, aisladas y en conjunto, está fuera de las leyes de gravedad.

Estatuas y bibelots que, enfáticamente, clasifican con el genérico de **obras de arte.**

Y por último, **potiches**.

¿Qué es un **potiche?** Por su nombre parece ser un objeto del culto indio; pero no. Es un vulgar cacharro, que no sirve absolutamente para nada... más que para regalo de boda. Incluído en la lista de los obsequios, el **potiche** ha cumplido su misión, y si alguno queda en la casa, se utiliza para guardar botones, piolín y los recibos del gas y del panadero. En todos los bazares hallaréis un gran surtido, y, sin embargo son el terror de los dueños, porque al día siguiente del casamiento, vuelven al bazar para cambiarse por otra cosa o venderse por lo que den.

Siempre suele haber un grupo, no muy numeroso, partidario de los regalos prácticos. Estos suelen ser:

Un aparato eléctrico para tostar el pan en la mesa, mientras se sirve el café, y si lo aprietan, calentar el baño. ¡Hoy con la electricidad se hace lo que se quiere!

Una libreta de almacén, para el consumo de un mes.

Un abono al cine.

Dos docenas de latas de sardinas, un queso del Chubut y una pluma estilográfica.

No falta el donante sencillo que cree firmemente engañar al matrimonio con un regalo de exterior aparatoso, decorativo, que le da apariencia de gran valor; ignora el ingenuo que, al día siguiente, los obsequiados salen de dudas, sabiendo al centavo el precio del regalo. En estos asuntos todos están ya en el secreto y es muy difícil hacer el cuento.



Hay regalos que yo he visto en todas las bodas. Sé de unos gemelos de camisa que los conozco como si fueran miembros de mi familia. En cuanto hay un casamiento, pienso en ellos, voy al lugar de los regalos, y, efectivamente ¡allí están! Estos mismos fueron regalados a un amigo mío, que les dió salida aprovechando otra boda; carrieron así en peregrinación; mi amigo enviudó, se casó de nuevo y volvieron a obsequiarle con los mismos gemelos.

Yo he llegado a convencerme de que no han sido fabricados para los puños de la camisa, sino para ir de boda en boda, y hay quien asegura que tienen el don de la ubicuidad, pues los ha visto en dos casamientos que se celebraban simultáneamente en distintos puntos de la ciudad.

Y para que no crean que macaneo, doy las señas precisas; fíjense y verán que tengo razón, pues estoy seguro que han de seguir cumpliendo **su fatal destino** Piedra color rubí, forma cabuchón (están por convertirse en un anillo pellizco), aro al parecer de oro y cadena de dos eslabones en forma de ese, que los liga por la base; estuche de piel de Rusia, bastante usado ¡claro!, y forro que fué blanco y ahora tira a gris. No tiene marca, pero si la tuviera habría de ser una flecha, con la inscripción: "Siga viaje". ¿No les parece?

Los **canarios** de a cien, en forma de pajaritos de papel, encerrados en una jaula, los creo el regalo ideal.

Entretanto, acudamos al salvador y cómodo recurso, al poético y acreditado ramo de flores, cuyo suave perfume sabrá defendernos de nuestra pobreza de ingenio y de nuestra pobreza de plata. Engañemos a los demás engañándonos nosotros mismos, atribuyendo al delicado obsequio la facultad de encubrir nuestra tímidez generosa. Olvidemos que a los pocos días las tristes flores, marchitas y secas ¡ay! mostrarán, al deshacerse en lluvia de hojas, el burdo armazón, el retorcido esqueleto de mimbres y alambres donde lucieron su belleza exquisita por breves horas, y que triturado y deshecho aliviará prosaicamente la escasez de combustible en las hornallas de la cocina económica.

Y ahora, para terminar, un consejo a los futuros esposos. Procuren casarse a principios de mes, inmediatamente después que paguen los sueldos en las oficinas; así, seguramente saldrán ganando y evitarán más de un quebradero de cabeza a los buenos y resignados amigos.

La apertura del periodo de caza

Lunes Santo.

—¡Nicanora!

—¿Qué deseas, Nicomedes?

—¿Me engrasaste las botas?

—Sí, Nicomedes, ahí, las tienes, junto a la mesa de luz. ¿Qué no tienes ojos ni tacto, maridito mío?

—¿Y la escopeta con la culata de naranjo?

—Te la dejé colgada de la percha.

—¡Nicanora, Nicanora!

—Habla en voz baja, Nicomedes... ¡Jesús, qué hombre!... Se van a despertar los chicos...

—No veo la bolsa para los pajaritos ni el cinturón-cartuchera.

—¡Pero Nicomedes!... Te las colgué de la perilla, a los pies de la cama. ¿Qué más te hace falta?

á —Más luz, Nicanora.

—Por ella debías haber empezado. Me explico que no vieras nada. Despacio, Nicomedes. No hagas ruido, ¡por Dios te lo pido!... Se van a despertar los chicos, Nicomedes.... ¡Jesús, qué hombre! ....

—¿La cadena?

—¿No la dejaste, anoche, al lado de la casilla del "Cham"?

—Tienes razón, mujer. ¿Y la caramañola con whisky?

—¡Pero Nicomedes! ¿No la pusiste debajo de la almohada? ¿No recuerdas que anoche, antes de acostarte, le diste un beso?

—¡Qué memoria la mía!... Perdóname, Nicanora. Bueno. Ya estoy listo. No hay tiempo que perder. El tren para Cardales sale a las 7, y de casa a Retiro, tengo no pocas cuadras. ¡Adiós, Nicanora!

—¡Que Dios te ayude, Nicomedes!

El esposo se hecha a la calle muy "embreechado", con gesto bravío y con la escopeta al hombro, tironeando de la cadena del escuálido "Cham". Es la hora en que Buenos Aires despierta.

Sábado de Gloria.

—¡Papá, papacito!

—¡A... atchitz!

—¡Nicomedes! ¡Maridito mío! ¡Ven a mis brazos!

—¡A.. atchitz!

—¿Qué has cazado, Nicomedes?

—Un resfrío, Nicanora...

Domingo de Pascuas.

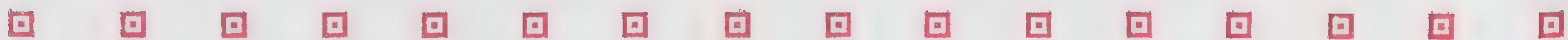
—¿Qué te dijo el médico, mujercita?

—Poca cosa, Nicomedes: que tienes cama para una semana, pero, felizmente, tu bronquitis no le inspira temores.

—Menos mal, Nicanora: es una desgracia con suerte.

Y Nicomedes, estóico y paciente, apechugó con la primera cucharada de jarabe pectoral. ¡Oh, las delicias de la vida cinegética!...





Gauchas

La postrera voluntad del payador

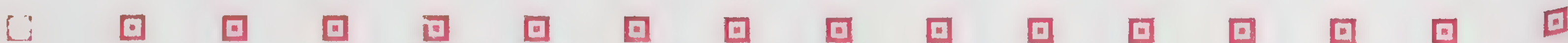


Iba ya a sucumbir aquel trovero,
payador que, triunfante en los bordones,
fué cantando las criollas tradiciones,
como un centauro, libre y altanero.

Miró angustiado hacia el pajizo alero,
del que escuchó las últimas canciones,
y un rugido lanzó, de ondulaciones
y bravíos arranques de pampero...

Después, domando altivo su tormento,
aunque en visible aspecto de vencido,
insinuóle a un cantor el instrumento:

el mozo le arrancó triste gemido;
y, para siempre, al escuchar su acento,
el viejo payador quedó dormido...



A mi caballo

Noble caballo lobuno
que en la pampa de mi vida
con la rienda recogida
fuiste con paso oportuno;
tal vez amigo ninguno
se pudo a tí comparar,
y hoy que te veo pasar
por la huella del recuerdo ,
en vano gimo y me muerdo
por quererte sofrenar!...

El palenque en tu retina
se refleja a cada instante
y escucha el lazo silbante,
parada, tu oreja fina...
La laguna cristalina
ansía tu sed calmar,
y tú te quieres alzar
bajo la opresión del basto,
¡dulce bocado de pasto
que ya no has de saborear!

Cuando la mañana asoma
sonriendo en los pajonales,
en un canto de zorzales
te besa el sol de la loma.
Grato zahumerio de aroma
te da el verde trebolar,
y el tordo se va a posar
en tu lomo, ¡pobre flete!,
como el último jinete
que te quisiera domar!...

El anca vuelta al pampero
pasas... y te vas callado
con el último bocado
del pastito del sendero.
Las nostalgias del apero
empañan tus vagos ojos,
y sin lograr tus antojos
como una sombra te pierdes
por las lontananzas verdes,
la cola llena de abrojos!...

Ya tu crín no flota al viento
peinando los horizontes;
te la tuzaron los montes
en un cruel ensañamiento.
En tu cogote sangriento
no luce el maneador fuerte,
y causa lástima verte
con el cencerro colgando
¡cual si fueras anunciando
tu propia y cercana muerte!



JULIO DIAZ USANDIVARAS

Una ciudad provinciana



ME propongo aquí esbozar la vida de una ciudad provinciana. Lo material, así como lo espiritual y sentimental. No es precisamente la pintura de una determinada ciudad, lo que intento en estas páginas. Pero puede ser la de cualquier ciudad del norte, donde el inmigrante no ha llegado en modo suficiente a cambiar las modalidades y rasgos típicos de la vida argentina de antaño.

Reposa la ciudad, tranquila, plácida, como hechizada de quietud y de silencio. Sus casas pequeñas, sus callejas solitarias, sus dos o tres plazas rodeadas de naranjos y terebintos, donde una fuente rumorea una canción, lánguida y monótona. A la distancia la visión serena y magnífica, de los cerros que la tela del aire colora de azul. Algunas casas de tejado y alero a la usanza colonial, con sus portones y puertas de forma antigua recuerdan la vida de hace un siglo. Y no sólo llaman la atención aquellas casas con algo de viejo e histórico, sino que también sus costumbres, sus hábitos, sus gentes; casi diríamos todas las modalidades de su apacible vida exterior. Ya es el tipo popular, ya es el baile de arrabal en el rancho suburbano, desvencijado y sucio, donde se baila la zamba, la cueca o la chacarera. Son las coplas del cantor de la parranda, ora tristes y plañideras como el llanto de la quena del indio platero, ora, de un subido tono picaresco que acentúa la malicia del coplero. Ya es el lenguaje, original, arcaico, con sabor de vino añejo, de español antiguo, entreverado de regionalismos ordinarios.

La existencia sencilla sin mayores sobresaltos, sin la agitación febril de la urbe cosmopolita en que vibra y canta la vida. Nada más sedante para los nervios cansados que una ciudad provinciana. En ella no existen los enfermos de neurastenia.

Gentes de andar lento, transitan por sus calles. De vez en cuando os sale al paso un "opa" que os habla con su voz gangosa y alcoholizada y os mira lánguidamente con sus ojos claros y dulces. Pero los "opas" están en decadencia; al menos, así lo afirma con fino humorismo Juan Carlos Dávalos, de Salta.

La vida tiene un carácter, un sabor aldeano. La cultura es aldeana. Sus disputas son disputas de campanario. Sus problemas menudos y pequeños. Vive así la ciudad, su vida, materialmente exigua, pequeña y pobre en lo espiritual. En suma vida "ingrata, áspera, elemental y bárbara", como diría aquel buen cura de la parroquia de Río Frío, de Avila, don Jacinto Bejarano y Galavis, escritor ignorado en la historia literaria que exhuma de un rincón olvidado del siglo XVIII en "Un pueblecito", el pulcro e inimitable Azorín.

Durante el día la ciudad cobra variados aspectos de mil diversos matices.

LAS MAÑANAS

Amanece tardíamente para sus moradores. Las mañanas son frescas, claras, llenas de sol. Un escritor de capacidad descriptiva, encontraría sobrados motivos para cuadros llenos de colorido y animación. Sobre todo en sus tipos populares.

El lechero, que viene del pueblo vecino, golpea con el rebenque sus tarros. Vuelve a golpear hasta que la chinita asoma con el cabello en desorden, la pollera mal prendida, los ojos adormilados. El lechero mide su leche en un litro de latón, sucio, y se marcha al tranco de casa en casa. Son los burritos leñateros, que arrea un muchacho desarrapado. Se detiene de puesta en puerta; ofrece su carga; cierra el trato, mientras los burritos hacen piruetas en la calle.

El pastero, cómodamente sentado sobre el fardo de alfalfa, que pasea por las calles, silba garboso e insolente. Un cornetín suena de hora en hora con un sonido largo y agudo. Es el tranvía rural tirado por dos flacos mancarrones.

LAS TARDES

En la tarde el aspecto varía. La ciudad se anima. Las calles adquieren movimiento y alegría. El paseo favorito se puebla de niñas, mientras la banda municipal ejecuta desastrosamente música monótona y vulgar. Es la hora de los idilios. Canta la vida un himno de juventud en los atardeceres deliciosos. El sol se ha ocultado tras las cumbres lejanas. En occidente una mancha rojiza semeja un gran incendio. Los cerros negruzcos, con sus moles enormes a la distancia, dejan la sensación de una procesión de sombras. La hora os invita a soñar. La imaginación teje y desteje fantásticas historias y romances imposibles. Una vaga y dulce tristeza os invade en esa hora del crepúsculo de una ciudad provinciana.

LAS NOCHES

Los cielos altos, claros, estrellados. Una calma apacible y suave lo llena todo. La luna tiene una majestad señoril. Su luz proyecta largas sombras en la alameda de los bulevares. En las calles familias hacen rueda y charlan en las veredas. Después de las once todo duerme y la noche se puebla de vagos rumores. Diríase que es la ciudad del silencio. A lo lejos se oye el ladrido de los perros, el rodar de un carruaje en el empedrado tosco, o las pisadas de un transeúnte que resuenan con sonoridades prolongadas y extrañas. Las cúpulas de las iglesias se elevan agudas, serenas, imponentes como guardianes a los cuatro vientos de la ciudad dormida.

En el campanario del viejo e histórico convento, una lechuza que tiene allí su guarida lanza un agudo chirrido; el caminante noctámbulo se santigua, como para alejar el maleficio, pues él sabe que es ave de mal agüero...

ARTURO DE LA MOTA

Juegan los niños

Jesús, Príncipe de Niños, mueve, al pasar, los rosales del cielo; las divinas rosas se deshojan blandamente y he aquí, que los jardines de la tierra se pueblan de criaturas.

Hilaria la Virgen el albo, y el bueno de José, en su santo taller de carpintero, llenaría el suelo de aserrín de oro y de virutas blancas y rizadas. Cansaríase de jugar el Niño Celeste y, sacudiéndose la corta túnica violeta, ceñida con un cinturón de estrellas, se iría a jugar en la pradera próxima, bajo el benigno cielo de Judea, con otros niños vecinos, que verían, con asombro, cómo, al correr, el Niño Dios dejaba perfumado el aire y luminosa la hierba que pisaba.

Juegan los niños casi desde que nacen. A jugar vienen al mundo. No tienen otra cosa que hacer sino jugar.

En el regazo de la madre, mientras beben ávidos la vida, tienden al aire las manos inexpertas, como si quisieran atrapar mariposas invisibles ya para nuestros pobres ojos envejecidos. Traen, sin duda, el recuerdo de blancas cacerías por azules campiñas, en alada amistad con ángeles y serafines.

O sueltan bruscamente el pecho generoso y se quedan pasmados, con los ojos fijos en los de la madre, para jugar con ellos un claro escondite de miradas.

Desnudos en las cunas doradas, juegan a agarrarse los pies, y como nunca aciertan y hasta parece que se ponen serios, se desbordan sobre las carnes de nácar los besos y las risas de la maternidad feliz y las alcobas se llenan de innumerable alegría, como si por ventanas y balcones, irrumpieran las ramas de cien florecidos durazneros.

Más tarde, hecha esa gran conquista del primer paso, de silla en silla, apoyándose en las paredes, juegan a desgarrar la blonda de un helecho, a hacer pedazos la más fina porcelana, a deshojar el más lindo y luminoso libro de imágines.

Y es de ver, con qué asombro en los ojos, con qué sonrisa en los dientecitos de arroz, comentan en silencio, la indignación fingida de las personas mayores.

Juegan los niños. En los palacios sonoros, los hijos de reyes y de millonarios, jugarán con piedras preciosas y complicados juguetes de plata y marfil, bajo las miradas de los preceptores, rígidos de casacas bordadas y antipáticas de consignias; en las cabañas grises, pacíficas de humo de hogar, con montoncitos de arena, con pedrezuelas, con palitos secos, con el rabo del gato mimoso, con las orejas del perro fiel, mientras afuera cae la nieve o la pampa verde se caravilla de su propia grandeza.

Juegan los niños: corren, gritan, cantan, trepan, se arrastran, como movidos por un furor cósmico ineludible.

Los pájaros saltan de rama en rama; las estrellas resbalan por el cristal de la noche; un hilo de agua se deshace en gotas en perlas... El mundo está contento, radiante, porque los niños juegan gozosamente bajo la misma música callada que hace estremecer a las esferas inmortales...

Un día, despacito, llega de los campos la Primavera y se posesiona de la ciudad.

La ciudad, entumecida de frío, se entrega a la Primavera, que viene con un ramo de flores atado con una cinta de sol, tan larga, que ondula, detrás de ella, como una estela de oro impalpable.

¡Afuera los sobretodos pesados y los pequeños guantes y las polainas llenas de mil botones fastidiosos! Ahora sí que los niños parecen vestidos de pétalos de rosas de mil colores!

¿Los veis descender la suave pendiente de aquella vereda, de la mano, al aire las pantorrillas blancas por el invierno, ruidosos, comiéndose la goma de los sombreros? Van a Palermo; a esta pradera, a aquella encrucijada, a tal camino, a cierto grupo de árboles.

Van a la plaza próxima; al parque Lezama, umbroso y señorial; van irresistiblemente donde haya un cérped por el que rodar, un estanque donde echar migas a los peces, un sendero de blanda arena donde se pueda abrir un abismo con una pala, o levantar una montaña con un balde grande como un dedal...

Allí van los niños. Todos los niños de la ciudad. ¿Todos? Un niño que me preguntó una vez, un niño pensativo, si a esos parques, que él no conoce, pero de los que oye hablar, Avellaneda, Centenario, Chacabuco, si a esos parques lejanos iban a jugar los niños pobres, los que vendían diarios, por ejemplo...

Yo no supe qué contestarle; pero es indudable que sí, que a esos parques tienen que ir los niños grises pobres, los niños pálidos enfermos, los niños de uniformes obscuros que desfilan en serias columnas por las calles. Todos los niños van a todos los parques, todos regresan a sus casas, a desgarrar un helecho más, a romper otra porcelana.

Todos regresan a sus casas con un rutilante torbellino de glóbulos rojos en las azules venas, con algunas columnillas más de sólido fosfato en los huesos en crecimiento. Todos los niños, mi niño pensativo, todos los niños...

¡Abríos, calles larguísimas, en plazas llenas de flores y de sol! ¡Multiplicaos y embelleceos, jardines de Buenos Aires! Haced blando terciopelo de vuestros céspedes; que los caminos, rubios de arena, se pierdan en las lejanías, en curvas armoniosas; que manen apaciblemente las fuentes, para que en el manso fluir hallen los pueriles corazones una clara lección de serenidad y de perseverancia; que salten esbeltos los surtidores y doblen muy alto su cayado argentino, para que, al seguir los ojos maravillados las irisadas guías, descubran un anhelo, un ideal, en el salto vigoroso que los levanta del polvo de la tierra; que sobre los pedestales fulgure el patriótico ejemplo, en el bronce de los grandes hombres, o dance el mármol, hecho gracia, junto a la dulzura elegíaca de los cipreses verdinegros...

Que todo sea Belleza, Maravilla... Mirad, ¡oh, jardines! que la urbe de hierro y granito os entrega lo mejor que tiene: sus niños, es decir, su Esperanza.



Los funerales de pierrot



Y mientras más andaban más parecía alejarse la pina de lucecillas del villorio, aldea o pueblecillo adonde dirigían los pasos aquellos peregrinos de la burla y la farsa.

*

Llevaban así caminando cerca de cuatro horas y todavía les quedaba, a buen seguro, una hora más de jornada. Salieron de Villavieja a media tarde, creyendo llegar en buena sazón, o sea a primera hora de la noche, a Villanueva. ¡Sí, sí! No contaron con la espantosa nevada que los sorprendió en la mitad del camino, ateriendo sus cuerpos y entorpeciendo penosamente la marcha... Era una tempestad de nieve que les azotaba, casi les envolvía, y que iba tendiendo una mullida y blanca alfombra a todo lo largo de la interminable carretera...

Las risas cristalinas de Colombina, las bromas y burlas de Tonino, los madrigales amorosos de Pierrot, los glotones besos de Arlequín a Sasandra, los felinos lamentos de Lucinda y las maldiciones del viejo Polichinela, se perdían en el silencio espantoso y trágico de la noche sin horizonte, sin más norte y guía que las parpadeantes lucecillas del pueblo, que les arrastraba fascinándoles con promesas de cobijo, alimento y descanso... Ni la voz de un labriego, ni el ladrido de un perro, ni el aletear de un murciélago, ni el gemir de un mochuelo... Nada se escuchaba en aquella sinfonía de obscuridad y de nieve... Al frente de la caravana iba Pierrot, vestido de blanco, con su mandolina colgada a la espalda y el lío de sus ropas y bártulos en la mano... Colombina apresuró su andar para unirse a él y colgándose mimosamente a su musculoso grazo, le dijo, entornando con desaliento sus soñadores ojos:

—Pirrot, estoy rendida... Me muere de fatiga...

*

Pierrot la miró amoroso, con una inmensa piedad de sus sufrimientos... La niña, alzando su cabecita de muñeca, continuó con dulce y apenada coquetería:

—Además, llevo frío..., ¡mucho frío!... y voy empapada...

*

Pierrot, el romántico, el enamorado, se le partía el corazón con los sufrimientos que en aquella vida errante tenía que soportar su adorada Colombina.

—¡Oh, Colombina... ¡Pobrecita!... ¿Quiéres que te lleve en brazos?...

Ella desechó el imposible.

—Mi pobre Pierrot... ¡No puedes!...

*

El, por toda contestación, la cogió de la cintura suavemente, y como a una muñeca, o como a un niño pequeño, cargó con ella. Ella, con el brazo derecho rodeando el cuello del payaso y con la linda cabecita apoyada en su hombro. reía satisfecha de tanto mimo en medio de tantísimo quebranto. El resto de la **compañía** acogió este arresto de Pierrot con carcajadas y bromas. El no hizo caso. Sólo gritó:

—Pues, oye, Arlequín; todavía me sobran fuerzas para tocar una melodía en la mandolina, puesto de pies sobre tu cabeza. ¿Quiéres?...

—¿No te da lo mismo que te sirva de pedestal tu suegro, el viejo, Polichinela?... De esta manera, mientras que tú amas y él te sostiene, nosotros le arrebataremos la caja de los ahorros...

*

El calvo y ventrudo Polichinela, al oir ésto, apretó con más avaricia el cofrecillo de los cuartos y escupió una maldición de las suyas. Pierrot ya no contestó porque sus labios iban puestos sobre la boquita fría y sangrienta de su Colombina... Y así siguieron caminando largo rato... La nieve caía y caía con una tenacidad espantosa...

*

Pierrot amaba en Colombina su fragilidad de flor... Era un nardo, una azucena... Su cutis parecía de biscuit... y sus ojos de muñequita de bazar... Cuando daba los saltos mortales y caía en sus brazos, él sentía el terror de que algún día troncharíanse sus manitas cual dos hojas de nardo... Colombina amaba en Pierrot su fortaleza de acero... Para sus músculos de mármol, no había nada que se resistiese. Para su destreza era todo fácil; para su valor no existía el miedo. Pero aquella vida era espantosa. Así lo pensaban Pierrot, con desaliento, mientras que caminaba con su Colombina en brazos...

*

Hemos de hacer algo, Colombina, para libertarnos de esta miseria... ¡Si yo consiguiera sacar adelante mi "Cable de la muerte"! Los empresarios se disputarían nuestro número y seríamos ricos..., y tú llevarías tanto, Colombina, que por vivir un mes, un solo mes, de plena felicidad, a tu lado, renunciaría a todo el resto de la vida y toda la gloria del otro mundo.

*

Yo también, Pierrot — musitó Colombina, a cuyo espíritu soñador y romántico se habían ceñido, como una blanda caricia, las apasionadas y cálidas frases de su amante.

¡Y volvieron a callar!...

*

Pierrot meditaba... "¡El cable de la muerte!..." ¡Si él consiguiera dominarlo!... Ya lo creo que cambiaría todo el resto de su penosa vida por un solo mes, vivido a plena felicidad, lleno de satisfacciones, repleto de comodidades que constituyesen la completa dicha de su dócil amante. Colombina, por su parte, con los ojos entornados, pensaba lo mismo... y como contestación a sus reflexiones ambiciosas, oyeron el agudo y plañidero gemido de una lechuza... Entonces los amantes sintieron un extraño calofrío y se apretaron amorosos en una sublime identificación de las almas.

. . . .

*

Se hizo un silencio de espectación y, sobre la alfombra roja de la pista, bañada por la blanca claridad de los arcos voltáicos, apareció "**El Pierrot de la muerte**" seguido de su ideal **Colombina**... El silencio quedó roto en una ovación estruendosa... Eran los artistas deseados, los que con la sensación de catástrofe transían de emoción a los espectadores.

Por todas las esquinas de la gran capital aparecía la pareja de farandúleros en enormes cartelones, que representaban el momento más espantosamente emocionante de sus trabajos: Pierrot montado en una bicicleta que rodaba sobre un grueso cable, colocado a más de veinte metros de altura. Aquello era la muerte y sin embargo el payaso lo ejecutaba con la más alegre de sus sonrisas... Su rostro, pintado de albayalde, no expresaba el más pequeño temor... La gente no se explicaba esta suprema serenidad de Pierrot... ¿Qué sabrían ellos de las malditas noches de nieve y de hambre pasadas bajo la inclemencia del cielo y la indiferencia de la tierra?...

*

Y comenzaron su trabajo. A los acordes de un vals, Pierrot montó en su brillante y frágil bicicleta, sobre la cual hizo mil difíciles evoluciones... Su encantadora Colombina le seguía con sus ojos apasionados y melancólicos... Al fin llegó el momento supremo: el minuto de la muerte. Pierrot trepó agilísimo por uno de los barrotes de acero hasta el alambre por donde había de deslizarse sobre la bicicleta... Cesó la música... Se contuvieron las respiraciones... Empalideció la bellísima faz de Colombina... El silencio, que era mortal, fué rasgado por un grito de alerta del payaso y en seguida su silueta blanca que, como una sombra, comenzó a deslizarse por el cable. Al llegar al centro la multitud dió un rugido trágico: Pierrot había perdido el equilibrio y, como un fardo, cayó sobre el suelo de la pista. Allí quedó muerto; con los ojos dilatados y fijos en el cielo como pidiéndole cuenta de su fatal destino... En su rostro enharinado quedaba estereotipada eternamente la risa trágica y la mueca sarcástica del enamorado payaso.

. . . .

*

Y aquella noche, mientras se celebraban los funerales de Pierrot, que yacía rígido sobre una colchoneta del circo, alumbrado por cuatro guesos cirios, el viejo Polichinela recordó que hacía un mes justo que "El cable de la muerte" les había redimido de la cadena de miseria que arrastraban de pueblucho en pueblucho... También Colombina, sumida en su congoja desesperada recordó con horror el graznido de la lechuza.

EL VERTIGO



ESPACIO, chauffeur...

Y aflojó el freno. Era la primera vez que subía, y lo que se me ocurrió ante todo y como es muy natural, fué la prudencia.

Flamante, encharolado por un barniz negro de azabache, el automóvil se deslizaba lentamente, suave como por una tabla rasa. Para colmo de bienestar, el asfalto era nuevo. Ni la más leve sacudida denunciaba una falla del piso.

—No tan despacio, chauffeur...

El aire simulaba apenas una presión de telarañas. Entramos a una a una avenida ancha y limpia, bordeada de plátanos, unos plátanos esbeltos, casi palmeras, y en los cuales caía el sol colocando estrellitas de oro sobre el fondo verde nilo de sus hojas. El automóvil rodaba brillando deseos de velocidad.

—Un poco más ligero, chauffeur...

Ahora sí, se sentía la brisa sorprendida. Más fresca, con la posible frescura de un día primaveral, a las cinco de la tarde, ponía en el ala del sombrero la incitación de un saludo. Del asfalto, ascendía un olor acre a alquitrán. Un inexplicable bienestar se paseaba de arriba abajo en todo mi cuerpo despertado por aquella nueva sensación de trasporte.

Más ligero, chauffeur...

Comenzaron a disparar los árboles en sentido inverso; con los árboles, los edificios; con los edificios, la gente. Todo se afanaba por la urgencia del límite.

—Más velocidad, chauffeur...

Aumentó la frescura. La brisa castigaba temblando, anhelante, por nada dejaba de animarse con vehemencia. Acrecía la tendencia al trazo.

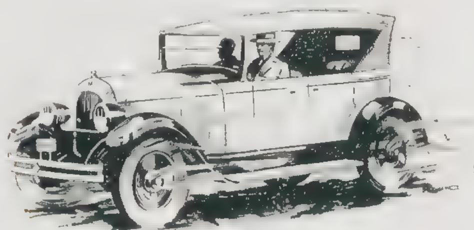
—Toda la fuerza, chauffeur...

La brisa se hizo viento y golpeó de firme. En tanto, una profunda ansiedad de placer me entremecía las entrañas. Una flecha debe sentir la misma deliciosa sensación. Fué al principio como un vahido hecho música que estremecía los párpados y los cabellos, enfriando la piel. Luego, menos sorprendido, más posesionado del hábito, desaparecía el vehículo bajo mis pies, mientras me imaginaba una huída directa y veloz, sentado en el aire. Las casas volaban; los árboles se unían en un sólo brochazo. Un automóvil pasó al costado como un bufido. Habíamos entrado a una avenida macadamizada. Sobre el liso pavimento, el auto, agigantada su alma, desenvuelta como una bandera al viento, excitados sus órganos, trazaba una línea inflexible de fuga. El vértigo engrasaba sus ejes. Hacía frío. Nuevos paisajes se abrían de repente a mis ojos; y la avenida, ancha, muy ancha, se arrollaba como una cinta a mi espalda, desarrollándose ante mí en un torbellino temeroso de tropezones. De pronto, el automóvil dejó de obedecer. Corría sólo, sin más decisiones que su desenfrenado albedrío. ¿Qué misterioso encanto había revelado su férreo y oculto organismo? La gravedad de la situación la leí toda, en un segundo, en la cara pálida del chauffeur. Freno, volante, nada atendía aquella fiera desencadenada, libre; con la loca libertad de un bárbaro fanatismo. Iba derecho como un puñal. Se clavaría en cualquier parte. Ebrio de recta, no respondía a ningún mandato de curva. Y tragaba, tragaba camino, hambriento de horizonte. Los neumáticos se desprendían del suelo, abriéndose en vigorosas alas, hartas de tierra, ávidas de espacio.

——

Como por un súbito encantamiento, la brisa empezó a suavizarse; amenguaba el frío; los árboles expresaban un balanceo de cansancio. Mitigábase poco a poco toda aquella fuga hacia atrás. En silencio, con el ritmo de un deseo perfectamente llenado, el automóvil aminoraba la marcha, recogidas las alas, arrollada la bandera de su alma, dejando oir, lentas y sonoras, las palpitaciones de su corazón... Se detuvo. Un rápido, a diez metros de distancia, sopló su sombra.

Se había concluído la bencina...



OSCAR G. RIBAS

Para ser Actor Cinematográfico

Para Poder Interpretar Bien un Papel es Absolutamente Necesario Haber Vivido Intensamente y en las Circunstancias más Complejas y Darse Cuenta Completa del Personaje que se Está Representando para Hacerlo Aparecer como de la Vida Real

(Nota del Editor: Wallace Beery, actor de la Paramount, nos da algunas ideas acerca de algunos puntos para llegar a ser un actor cinematográfico. Hasta ahora solamente han escrito acerca de tal respecto los primeros actores. Veamos lo que dice este actor característico.

POR qué no escribe algo acerca de lo que se requiere para ser un "villano en la escena muda? —me preguntó el otro día un amigo.

Contesté a mi interlocutor diciéndole que no siempre caracterizo papeles de esta naturaleza. Pero días después, otro amigo que había visto "Los Jinetes del Correo", me preguntó también:

—¿Por qué no escribe usted algo acerca de lo que se requiere para ser un actor cómico?

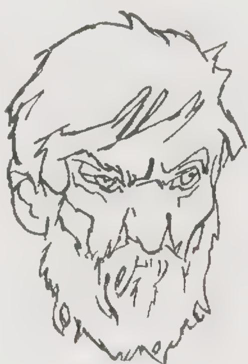
—No siempre soy actor cómico— le contesté también.

Pero después de pensar detenidamente acerca de lo que ambos amigos me habían propuesto, decidí escribir unas cuantas líneas acerca del "actor característico", que es lo que en realidad soy.

Hanse escrito millares de artículos explicando lo que se requiere para ser el protagonista de una obra. La mayoría de los artistas que han aparecido como protagonistas en una película nos refieren con riqueza de detalles los "secretos" recursos de un "héroe" de la pantalla, que en la mayoría de los casos consisten en usar magníficas pelucas y en saber mostrar la dentadura al sonreírse. Pero que yo recuerde, jamás he visto nada escrito acerca del actor característico, mucho más importante, según la opinión corriente en los estudios, que ningún otro papel. En consideración a ello, daré mi opinión a tal respecto:

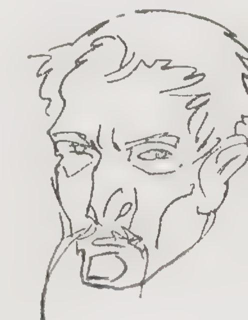
El papel de un característico es algo indefinido. En unas obras caracteriza un vagabundo; en otras, un caballero del gran mundo; en algunas un idiota y en varias más un respetable anciano. En mi carrera artística he caracterizado toda clase de papeles, habiendo sido vagabundo en "Los Jinetes del Correo"; soldado en "Behind the Front", una de mis últimas producciones para la Paramount y aristócrata en otras varias obras.

Sin duda que el papel de característico es uno de los más atractivos del elenco por su variedad. Para representarlo con propiedad es necesario darse cuenta del ambiente que rodea al individuo característico, familiarizándonos con sus gustos, sus vicios, sus virtudes y su manera de vivir. A pesar de que no es









considerado el más importante de una película es tal vez el que más cuidado requiere, pues un solo movimiento que no esté de acuerdo con la psicología del individuo y el ambiente en que vive destruye el "carácter" y hace ver la situación falsa en que está colocado.

Los caractéres, tanto el "villano" como el "cómico", se hacen, no nacen. Se estudian las partes, se calculan los movimientos y de ellos surge la situación cómica o brutal. Los tipos de cómicos a la antigua los "villanos" que han infectado el teatro durante tantos años con sus caras patibularias, ya no tienen aceptación entre el público de nuestros días, que considera al hombre hijo de las circunstancias, obrando impulsado por ellas y en muchos casos víctima de su errónea concepción de lo que es justo. Por encima de todo y como cualidad inseparable del "villano" de nuestros días, tiene que haber en toda su actuación una gran sinceridad. Sin ella es imposible sostener tal carácter.

Desde luego, para poder interpretar tal papel, es necesario haber vivido intensamente y en las circunstancias más complejas. El que ha vivido, ha sufrido, ha gozado también y se ha visto en situaciones cómicas y comprometitdas. De ahí que pueda, sin esfuerzo alguno, expresar en sus movimientos las emociones que se sienten al encontrarse en circunstancias normales. La vida le ha enseñado de todo. La vida me ha enseñado a mí las situaciones cómicas que más tarde represento en la escena, y a la vida debo los gestos con que expreso en la pantalla el arrebato de cólera que impulsa al asesino.

¿Qué papel me gusta más

A un actor le agradan todos los papeles, aunque también tiene predilecciones personales. Por ejemplo: por mi parte prefiero las situaciones cómicas que exigen un poco de esfuerzo. Prefiero esto por la misma razón que al público le agrada: por lo cómico. A todos nos agrada sonreir y ejercitar nuestros músculos. Durante mi larga carrera cinematográfica no he representado un papel que esté más de acuerdo con mi temperamento y mi arte que el qué últimamente he caracterizado en "Behind the Front". Cómico, al mismo tiempo que bastante rústico, es esencialmente realista. Ni un gesto fuera de lugar, ni una sola situación forzada. Todo se desarrolla naturalmente, pudiendo olvidarnos que estamos frente a la cámara fotográfica impresionando una película. Y esto es lo que se necesita para ser un actor característico.

W A L L A C E   B E E R Y

Un coche de segunda mano



L mes pasado tío Juan, desde su pueblo, me escribía:

"Entre los chacareros hay ahora mucho interés por automóviles de segunda mano. La cosecha se presenta bien. Cómprame unas carrindangas, flétalas, y gira."

Me puse, pues, en campaña; visité las casas del ramo, y luego contesté a tío Juan:

"Me he ocupado de tu asunto. Yo ya tenía mis nociones sobre esto de los automóviles de segunda mano, pero las he rectificado y restaurado en tu obsequio, de modo que sean conducentes a tu negocio. Desde ya debo prevenirte que, a juzgar por la forma sencilla y perentoria en que haces el encargo, tú no entiendes nada del negocio. Absolutamente nada, te lo aseguro. Muy suelto de cuerpo me ordenas: **compra carrindangas;** agregas un fin inadmisible: **para vendérselas a los chacareros;** y concluyes con una razón absurda: **porque la cosecha será buena.**

Esto me demuestra, querido tío Juan, que todavía tú, como yo antes, crees, iluso, que la adquisición de carrindangas no ultrapasa los previstos límites de otra vulgar operación de compraventa, y que aún supones que una tal operación pueda tener relaciones o afinidades con la locomoción mecánica, así urbana como rural.

Como, de persistir en semejante error, tu quiebra sería segura, voy a ilustrarte.

El eje de toda la cuestión gira alrededor de una pequeña diferencia, es una **nuance** tan tenue que pocos la aprecian a primera vista.

Un coche nuevo es aquel respecto del cual puede formularse tímidamente la suposición optimista de que, mientras se le mantenga en relación masónica con cierto y determinado mecánico que guarda celoso el secreto de su funcionamiento periódico, será capaz de trasladarse de un punto a otro, por sí mismo, o por la favorable intercesión de una yunta de bueyes. Ahora bien, tratándose de un coche de segunda mano, semejante suposición no sólo sería ajena, pero hasta contradictoria del interés final de la operación comercial, y el presunto comprador debe anticiparse a desecharla de plano si no quiere que sufra su orgullo su giro mundano y la reputación de su buen gusto artístico. Prácticamente, el coche nuevo y sin **pedigree** responde a la demanda vulgar del burgués, del filisteo y del **nouveau riche**; por la carrindanga sólo alcanzan a interesarse el refinado de nervios de seda, el hombre de clase, el esteta. El primero se ofrece en venta así: 60 caballos, 20 litros por cien kilómetros, cojines tapizados de búfalo, elásticos de doble suspensión y amortiguadores, 90 millas por hora, 7.000 pesos. Al segundo se le coloca así: Perteneció al descuartizador Ernnst, sesos de Conrado en el radiador, cojines manchados de sangre, no anda, 14.000 pesos. Esa es la **nuance**.

En principio, toda carrindanga constituye una reliquia sentimental, social, fnanciera o criminosa. Allí donde claves la vista entre los muchos autos del depósito, ten la certeza de que te encontrarás con "aquel coche que Fulano le regaló a Fulana antes de la convocatoria de acreedores" o con "aquel en cuyo interior Mengano se hizo saltar la tapa de los sesos, cuando supo lo de la hija que, según dicen, era lo de la señora".

Para que aprecies el verdadero papel sentimental que desempeña el coche de segunda mano, supongamos, querido tío, que tú te hubieses enamorado de La Maravilla, La Goya o La Imperio que viste en las tablas, o de Pearl White, Ethel Clayton o Bebé Daniels que viste en la pantalla; y que las tres primeras porque conocían tu gusto en la elección de corbatas y las tres últimas porque lo ignoraban, no te hubiesen dedicado la menor de sus sonrisas, dejando así en tu pecho sensible un vacío que no aciertas a llenar ni con el auxilio de la bolsa de oxígeno. Ya nada te distrae; si vas a las carreras, sufres; si vas al teatro nacional, lloras; piensas si no será preferible acabar de una vez y frecuentar la barra de la Cámara de Diputados. Por fin, providencialmente, tu planchadora te presta las memorias de cualquier bailarina o esposa de primer ministro europeo, y lees allí esta sentencia sibilina: "Quién me quiere a mí, quiere a mi perro". ¡Estás salvado! Corres a la casa de automóviles de segunda mano, pides el coche de la que sea tu tormento, y te lo dan al punto y sin recargo de precio, lo mismo que si fuese nuevecito. ¿Aprecias el consuelo? ¿Te das cuenta de la pichincha? Sin necesidad de trasladarte a Barcelona o San Francisco, que siempre sería irte a California, respiras su ambiente y hasta el de su **chauffeur**, y cuanto te apabullas entre los almohadones, con las tuyas propias reconstituyes, sobre el asiento muelle, las más graciosas de las formas amadas.

De esto tengo constancias. Un caballero comprador dudó de ello. Y quedó aplastado. Pretendía el escéptico que en el interior del coche que había comprado como de Gloria Swanson predominaba un perfume de **tripe a la mode de Caen** que, si bien despertaba el apetito, adormecía a la ilusión. El vencedor, hom-

bre de mundo, lo dejó que se despachase a su gusto, y cuando el quídam insistía sobre lo del mondongo le soltó a quemarropa esta prueba irrefrafable: "¿Pero es posible, señor, que usando usted camisetas de tejidos celular, ignore todavía lo que hubo el año pasado entre Gloria y Tripitas?... ¡Vamos, hombre!..." Y el quejoso se retiró humillado hasta la camiseta.

Pero como no quiero abrumarte con ejemplos innecesarios, dadas tus largas vistas comerciales, me limitaré a presentarte una clasificación de los artículos.

Los coches carrozados en **voiturette, baquet, country club** y **coupé** de dos asientos, fuerza entre 10 y 25 caballos, han pertenecido siempre a un joven calavera o a una joven **pelandruna**. Si se hallan en venta, es porque, casos previstos, él ha ido a la estancia a regenerarse con las gringuitas puesteras, o ella se ha vuelto a París a casarse con el millonario yenpee que tenía un café de apaches en la calle Talcahuano.

Los automóviles de tipos doble faetón con canasta de picnic, grand sport con bastonera de mimbre, convertible y **brougham**, de 8 a 12 cilindros, fuerza entre 60 y 300 caballos, distintivo del Automóvil Club de Francia sobre la perilla del radiador, pueden haber pertenecido indistintamente al aviador que se mató hace dos años, cuando se cataron algunos, o al miembro conspicuo del Mercado a Término que varanea en la Penitenciaría, o al autor nacional que, como va a casarse, se deja de "mostrador" y quiere comprarse una quintita por los alrededores.

Las **voitures de ville** y **limousines**, entre 25 y 60 caballos, 6 cilindros y no más, 7 a 9 asientos, calefacción, teléfono, cama-jaula y cocina económica, han sido siempre traídas a la venta particular por un cónyugue supérstite, a saber: la viuda anciana que acaba de casar a su última hija fea; la viuda joven que desea cambiar este coche por otro de la clasificación anterior, pues estima más deportiva la posición del árbol del volante directa hacia el conductor, o, por último, el viudo ex chauffeur de la dama sexagenaria que sufrió la fractura del espinazo a consecuencias de una falsa maniobra de su perito esposo, afortunadamente ileso en el accidente.

A esta altura ya habrás comprendido que los coches de segunda mano están imbuídos de mayor fuerza ejemplarizadora que "Las Vidas" de Plutarco o "El Carácter" de Smiles. Así sucede que, cuando uno entra en cualquiera de las casas que los expenden, el empleado no le pregunte: "¿Qué desea, señor?" sino: "¿Qué le pasa, compañero?" Y esto con voz de simpatizante y gesto solidario. El interesado oye la historia de cada coche, contempla la suya propia, y se decide por el que más se adapta a su caso o condice con sus proyectos. Entonces comienza el análisis de la prenda:

—¿Ustedes repondrán este cristal del parabrisa, que está roto?...

—De ninguna manera, señor. Ello desmerecería infinitamente el valor histórico y político de vehículo. Figúrese usted que esa perforación se debe al revólver del Tamberito, que en la pasada elección festejó de ese modo espontáneo el triunfo de sus ideales, frente al comité del partido contrario.

—¿Y esta abolladura?

—Un afortunado choque con el automóvil que sirvió para el robo del habilitado de la Aduana. Además, el carburador está especialmente arreglado...

—...¿para disminuir el consumo de nafta?...

—No, caballero; eso denunciaría un amarretismo impropio por parte del propietario; el carburador está especialmente arreglado para producir, a voluntad una contra-explosión y el consiguiente incendio del coche en cualquier desfile militar, fiesta patria u otra ocisión brillante de espantar a la multitud anónima.

—¿Hay repuestos disponibles?

—No hacen falta; este coche no e capaz de descomponerse más que una vez, y después hay que tirarlo.

—¿Al cajón de la basura?

—¡Si cupiese!... Pero un gentleman de buen gusto puede desbarrancarlo en la bajada de la Quinta de Halley a la hora de mayor tráfico por la Avenida Alvear, y el efecto sería sorprendente. También puede echársele al río desde un puente de ferrocarril, y aun esta solución fué últimamente innovada con acierto por uno de nuestros sportsman más distinguidos, que tuvo la inspiración de tripular el vehículo con su señora suegra, y la precaución de bajarse a empujarlo en el momento oportuno.

—¿Y aquel chassis negro y descascarado?

—Una primicia, señor. Es La Mataniños. 200 kilómetros por hora, pero vuelca desde los 100. Doce conductores muertos, todos de la aristocracia, sin contar un chauffeur loco y otro paralítico por traumatismos de segundo grado. Si usted estuviese por casarse con alguna niña rica, le convendría regalar esta joya, sucesivamente, a cada uno de sus cuñados.

—Me intereso, en efecto, por un faetoncito para mi novia...

—¡Ah, Landrú!... Ha hecho usted bien en hablarme con franqueza. Pues le hallaremos un modelito muy liviano, y fragilísimo.

—¡Pero no, hombre!... si quiero un coche de paseo, simplemente...

—¿Habla usted en serio?...

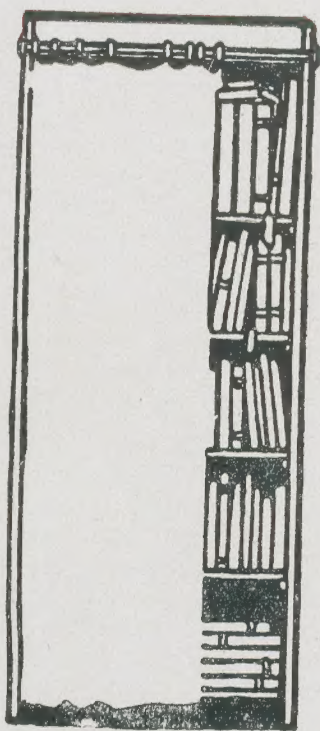
—Y tres o cuatro carrindangas para vendérselas a los chacareros.

¿Carrindangas? ¿Chacareros? ¿Y se ha creído usted que yo tengo reunidos aquí el 60 H. P. de Napoleón I. hasta el furgón autobús de los fusilados por el Soviet, para entregarme a negocios sucios con sus chacareros? ¡No, señor mío, usted se ha equivocado! Vaya, si le parece, a buscarse por ahí un coche nuevo. Y no vuelva a ponerme los pies en el depósito. ¡Gato!...

Ya ves, tío, que nosotros no entendíamos nada, pero absolutamente nada, de este negocio".

PABLO DELLA COSTA

COMENTARIOS LITERARIOS



"DE RIVADAVIA A ROSAS"

Por Mariano de Vedia y Mitre.

Como su mismo título lo expresa, en este libro se estudia la transición política sufrida por el pueblo argentino que corre de la acción orgánica de Rivadavia a la inorgánica de Juan Miguel de Rosas.

La primera parte del libro, está destinado a estudiar la personalidad y la actuación en el gobierno de D. Bernardino Rivadavia, y en la segunda parte, se consideran los hechos que fueran la consecuencia del fracaso de la tentativa Rivadaviana de organizar el país y el advenimiento de Rosas al poder.

En una y otra parte, de este importante libro histórico, el autor se destaca por su amplia versación en la materia y la amplitud de miras para juzgar los acontecimientos básicos sin deformar los hechos que le dieron vida y cimentaron nuestra patria.

El doctor Mariano de Vedia y Mitre, al estudiar a fondo este punto culminante de nuestra nacionalidad, en su obra "De Rivadavia contribuyó con un caudal de conocimientos al respecto para mejor esclarecer una parte de la historia, que los estudiosos nunca le agradecerán bastante, estamos seguro.

"CRITICA Y POLEMICA"

Por Roberto F. Giusti.

Esta cuarta serie de "Crítica y Polémica" trae vigorosos estudios que se leen complacidos, dado el tema, la forma empleada y el profundo conocimiento del autor, respecto a "Groussac, hispanita", "Julio Cejador" y "Viente años de vida literaria" entre otros, para solo detenernos a una faz interesante de este libro. Al lado de éstos, merecen citarse también "Los ensayos argentinos de Ortega y Gasset", pues están considerados en una forma amena, sin excluir por ello penetración, sutileza en el decir y, profundidad en cuanto atañe a concepto de humanista.

A pesar de lo dicho anteriormente, vamos a mencionar dos trabajos más, cuyo contenido reputamos de interés para el lector, y son: "El idioma en la enseñanza media" y "Sobre la literatura portuguesa".

Este nuevo volumen de "Crítica y Polémica", de Roberto F. Giusti, editado por "Nosotros" demuestra que el estudioso y el crítico sagaz no ha perdido su tiempo — al brindarnos unos magníficos ensayos —, puesto que nos ha satisfecho y, le damos las gracias.

"LA DANZA DE SALOME Y OTROS POEMAS"

Por José D. Destéfano.

Este libro de versos es una grata revelación de un rico temperamento artístico, culto, y de una rara disciplina literaria. Y no podía ser de otro; quien ha escrito "Las ideas religiosas y morales en el teatro de Sófocles" y "La idea de la belleza en Platón", era de esperar al autor de "La danza de Salomé y otros poemas".

El poeta José R. Destéfano caracterízase en sus poesías, por la elección de su medio expresivo y las formas sencillas y agraciadas que adopta al construir las estrofas de sus versos. Su canto es límpido, su voz armoniosa, serena. Se dijera es su expresión natural, casi expontánea, si no tropezáramos a veces con cierto giro un poco duro o forzado.

Como es aún joven y estudioso, estas pequeñas observaciones las irá venciendo en obras sucesivas, pues le sobran condiciones para ser un gran poeta un poeta personal.

Antes de terminar, conviene citar algunas de sus bellas producciones poéticas. Hélas aquí: "La danza de Salomé", "Hora inmensa", "La belleza", "A una acacia tronchada", "Extasis", "La felicidad". "Frente al río en primavera", "Plenitud", "Balada del caballero gentil" y "Música de la lluvia".

Merece, pues, señalarse al autor de este bello libro, muy bien presentado, como una brillante promesa para las letras argentinas.

"CIEN POEMAS ESCOGIDOS"

Recitaciones de Gloria Bayardo.

Reunir en un tomo bien editado, las poesías mejores que recita Gloria Bayardo, ha sido empresa que ha llevado a cabo con singular acierto la Casa Editorial Maucci, que tantas obras poéticas ha dado a luz en estos últimos años.

Ya sabemos cuantos hemos oído recitar a Gloria Bayardo, el escrupuloso tino con que ha escogido las mejores poesías de los mejores poetas de Hispano-América. No daremos nombres, pues en este libro puede decirse que están todos los que son y son todos los que están. El lector verá confirmado nuestro juicio cuando consulte la obra.

Todas las bellas poesías que contiene este libro están en consonancia con las singulares cualidades de la hermosa recitadora. Gloria Bayardo posee un tempermento vigoroso y vibrátil, voz sonora y rica de modulaciones, fisonomía móvil y expresiva, inteligencia clara y aguda y una gran intuición artística.

Gracias a tales recursos consigue interesar vivamente al auditorio con un género que participa igualmente de la recitación y de la declamación teatral, sin nunca ser exclusivamente ni uno ni otro.

Sabe herir, con igual facilidad la nota lírica o gráfica, sentimental o cómica, sacando gran partido de las diversas situaciones. Con loable criterio artístico prefiere dar mayor realce a la interpretación del pensamiento de los autores, que demuestra haber penetrado profundamente.

Los "Cien poemas escogidos" tan brillantemente recitados por su coleccionadora constituyen un preciadísimo libro de lectura poética que recomendamos a nuestros lectores, y especialmente a cuantos deseen ejercitarse en el difícil arte de la recitación.

"CANTABLES Y POESIAS"

Por Francisco de Val.

Francisco de Val es un verdadero artista de la guitarra y del canto. En su impecable estilo, se amalgaman, con feliz acierto, la sobriedad y la elegancia.

Las letras de sus composiciones son fragmentos de la vida, plasmados en el papel y embellecidos por la riqueza de modulaciones en que se desborda su bien timbrada voz.

Sus estrofas tienen la fragancia de la sencillez y del sentimiento, y brotan espontáneamente, como las flores en la Naturaleza.

Esto constituye para los temperamentos genuinamente sentimentales, una cualidad mucho más alta y, consiguientemente, mucho más estimable que el escrupuloso celo en aras de la depurada perfección métrica.

Después de los cantables (pasodobles, jotas, cantares andaluces, chotis, canciones, valses y tangos), lleva este libro varias poesías inspiradísimas, que le galardonan de verdadero poeta. Merecen especial mención las tituladas: "A Barcelona", "España a Inglaterra", "Mi primer beso", "Intermedio", "Destino", "No viniste", "¡Todo era amor!" y "Recuerdo". En todas, sin embargo, hay ternura, idealidad, y un perfecto sentido de honda emoción.

"MONOLOGOS PARA ACTRICES Y MONOLOGOS PARA ACTORES"

Por Narciso Díaz de Escovar.

Para todos los aficionados a las letras, no sólo en España, sino en América, el nombre del señor Díaz de Escovar, el Poeta de los Cantares, es conocido y estimado.

Uno de sus géneros predilectos ha sido el de monólogos, especialmente escritos para que se representen por las alumnas y alumnos de la Real Academia de Declamación y Buenas Letras de Málaga, que Díaz de Escovar fundó hace más de cuarenta años, y la cual sigue dirigiendo. De esa Academia han salido centenares de actrices y actores, algunos tan notables como Rosario Pino, Carmen Díaz, Anita Adamuz, Ana Calderón, Concha Constans, los Garbandellas, Ana Leyba, Pepe Tallaví, José Santiago, Antonio Lagos, Emilio Díaz.

Estos monólogos fueron impresos separadamente y se han venido popularizando no solo por servir de texto en casi todas las Academias de Declamación de España, sino por ser muy propios para recitarlos en veladas benéficas, tertulias y Colegios.

La Casa Editorial Maucci no ha vacilado en hacer una edición de estos monólogos, en dos volúmenes separados e independientes. Uno de ellos, de "Monólogos" para actores y otro para actrices. A éste se han añadido varias obras escénicas del mismo autor fáciles de representar y apropiadas también, para veladas de recreo.

Son libros muy oportunos para regalo a las aficionadas y aficionados al teatro, y dignos de figurar en toda Biblioteca bien organizada.



MARCIA MANNERS

Cinematográficas

ULTIMOS ESTRENOS



Gran Splendid

"Don Juan de Broadway", por Ukelele Ike
"The Locked Door" (en inglés), por Rod la Roque
"De Frente Marchen" (el estreno de la temporada oficial).

Cine Gloria

"La Mal Casada"
"La Canción de la Llama", por Noah Beery
"Cándido y Candilejas"

Talleres Gráficos de David Gurfinkel, Montevideo 421.